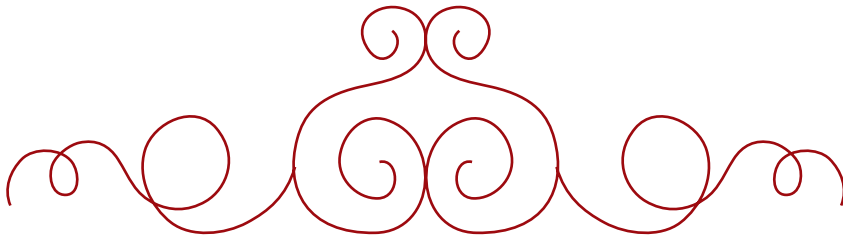


DE SOLEDADES Y RECUERDOS O LAS VICTORIAS DE GUADALUPE

(Novela de una historia no oficial)



Jesús Motilla Martínez



DE SOLEDADES Y RECUERDOS,
O LAS VICTORIAS DE GUADALUPE

(Novela de una historia no oficial)

Jesús Motilla Martínez.

INDICE

Arranque de siglo	5
Madrid, 1816	7
Los inicios como insurgente guerrillero.....	9
Liberales constitucionalistas (1813 – 1819).....	13
Reflexiones desde la caverna (1819).....	17
1820-1821 Contrarrevolución pacífica.....	35
– <i>Debilitamiento virreinal, afanes libertarios</i>	35
– <i>La visión de un protagonista</i>	37
– <i>Cambio de esquema burocrático y de control</i>	37
– <i>Una cruenta guerra civil (1810 –1821)</i>	38
El retorno.....	41
De cómo se consumó la independencia; ¿una contrarrevolución?	47
– <i>Agustín Cosme Damián; ¿quién era?</i>	50
– <i>¿Cómo se consumó la independencia de México?</i>	51
– <i>Un efímero imperio</i>	54
– <i>El destierro</i>	55
– <i>Regreso y muerte</i>	57
– <i>1824 / Padilla, Tamaulipas</i>	57
¡Viva la República!	59
El vuelo del águila negra	61
Construir un país.....	65
Los intereses creados.....	69
Los hombres del presidente, ¿amigos o enemigos?	75
El mundo mira a México...como un botín	81
Mueran los gachupines.....	85
Retiro de la vida pública	89
De nuevo al servicio de la patria.....	91
Epilepsia y amor tardío.....	97
De soledades y recuerdos, o las victorias de Guadalupe.....	103
El adiós.....	113
El humilde <i>Benemérito de la Patria</i>	115
Notas.....	117

ARRANQUE DE SIGLO

Madrid, sí señor; tenía en 1800 menos de 200 mil habitantes. Aquellos representaban mayormente a los más pobres de los pobres y en el extremo: la clase alta, *Los Grandes*, los de apellido de alcurmia. Burgueses, pocos.

Francia, por contra, revolucionada y poderosa; con Napoleón al frente, sumaba 27 millones. España sólo 10, pero eso sí, según el conteo, 180 mil religiosos, clero secular y regular; una verdadera fuerza dueña de conciencias, enemigas éstas de los afrancesados y más allá de la Península, el Nuevo Mundo, la Nueva España, las colonias con sus criollos y sus sueños de libertad.

La casa reinante española en crisis. Donde el rey obedecía, la reina mandaba y a ésta, su favorito don Manuel Godoy, a quien el Motín de Aranjuez, el 17 de marzo de 1808 le quita todo poder y grandeza¹. Dos días después abdica don Carlos IV, a favor del Príncipe de Asturias, su hijo; su malagradecido vástago, don Fernando VII; para mayo, el primero del mes, éste, en Bayona, virtual prisionero de Napoleón, renuncia a la corona de España e Indias.

Goya recreará años después, a través de sus pinturas: el 2 de mayo de 1808, el inicio de la guerra de independencia contra los acantonados ejércitos de Napoleón en España. Se impone el francés y se humilla al pueblo español, dándole por nuevo rey al hermano de Napoleón, a quien se le conocerá como José I, o Pepe Botella. Se respaldará la imposición del nuevo monarca, a través de la promulgación de la Constitución de Bayona².

Se iniciaba – no faltaba más – la moda de las constituciones y por doquier la población, con el pretexto de la afrenta a la familia real española, indignada se levanta contra la aparente y pasiva autoridad, toda vez que en los franceses veían al enemigo. Así, en la Nueva España, don Gabriel de Yermo³, y 300 peninsulares, aprenden al virrey Iturrugaray. El complot fracasa, como otros tantos que bajo la apariencia de defender al joven Fernando VII, veían como signo de los tiempos, la oportunidad de un cambio de gobierno. Todos y en todos lugares se alborotaban. Conspiradores por doquier; intentos de asonadas; se reprime a los revoltosos, pero el deseo de emancipación en la Nueva España poco puede esperar. Así, 1810 es el año del cambio, de los hechos, del enfrentamiento. Lo inician Hidalgo y su original grupo; tiempo

después, el gran Morelos; los López Rayón, Vicente Guerrero y otros más y enfrentados a ellos, Iturbide, Calleja y los virreyes en turno.

En España la lucha no cesa, sobre todo la ideológica. Las logias masónicas y militares enfrentan al enemigo francés. Se lucha cuerpo a cuerpo; también con las ideas. El Puerto de Cádiz destaca; ahí, convocados a cortes, se fragua el nuevo esquema respaldado en una constitución, misma que finalmente es promulgada el 19 de marzo de 1812. España se envalentona y por fin, el 11 de diciembre de 1813 se destrona a José Bonaparte y se entroniza a *El Deseado*, a don Fernando VII.

Mientras tanto, en la Nueva España, realistas contra insurgentes y años por delante de guerra civil; hermanos contra hermanos.

Un joven insurgente duranguense, lejos de su natal tierra, en camino a la gloria, con 27 años y junto al gran Morelos, es protagonista de la toma de Acaapulco; su nombre, un año después y para la posteridad: *Guadalupe Victoria*.

MADRID, 1816

“**E**sta es mi suerte, constitución o muerte...”, se repitió mentalmente, no una, sino varias veces la frase con la que comprometido, había jurado fidelidad a su logia. Tenía frío, exhausto, estaba confundido, pero se daba ánimos y repetía la frase: ...*constitución o muerte*. El lugar: La Plaza de la Cebada.

*La Conspiración del Triángulo*⁴, denunciada, sufría en uno de sus ya no secretos participantes, el valenciano don Vicente Ramón Richart Pérez, como ejemplar castigo, precisamente la pena de muerte, pero ésta cruel, vergonzosa, no digna de un abogado de los Reales Consejos. Con él ajusticiarían a otro denunciado conspirador; anónimamente traicionado, al barbero Baltasar Gutiérrez. Pronto caerían uno a uno mas conjurados – por cierto, algunos de ellos que ni entre sí se conocían – la mayoría militares.

En efecto, dicha conspiración, para algunos sólo intento de secuestro, para otros de asesinato de *El Deseado*, don Fernando VII, era una más de las recurrentes y frustradas asonadas militares comprometidas con el partido de los exaltados liberales; con aquellos que desde el secreto de las logias, buscaban la tan anhelada monarquía constitucional, respaldada desde el 19 de marzo de 1812 por las Cortes de Cádiz.

No obstante la discreción, el secreto jurado, el hecho de que entre sí los conjurados casi no se conocían, espías y traidores a la causa, habían delatado las intenciones del Triángulo. Así, varios nombres de los comprometidos en la conspiración, aparecieron como resultado de las indagaciones de la policía, por cierto obtenido éste a través de la fuerza que el tormento todo logra. Nombres delatados de importantes caballeros reconocidos popularmente, como el mismo Francisco Espoz y Mina⁵, militar navarro; don Luis Lacy; don Juan O’Donojú y otros más, quienes para su fortuna, al no aclararse totalmente la conjura salvaron pellejo y honra, por lo que como sobrevivientes dieron apoyo, (pues fueron no sólo vejados, sino apresados) años después, a don Rafael del Riego⁶, quien finalmente, a través de un levantamiento exitoso, restauraría la Constitución de Cádiz.

Clavada en una pica, en La Plaza de la Cebada, permaneció un buen tiempo la cabeza del ajusticiado, quién antes de sufrir muerte por horca, alcanzó a



repetir: *“Esta es mi suerte...”*; corrió igual nefasto fin, el barbero Gutiérrez. Anochecía y en algún lugar no lejano, cerca de la Puerta de Toledo, en una taberna, un grupo de militares juraron venganza; ¡pobre España!

LOS INICIOS COMO INSURGENTE GUERRILLERO

En 1811, con 25 años, se une a la lucha de independencia el joven Félix Fernández, seguro motivado por su entrañable maestro Juan Nazario Peimbert⁷. En su pasado reciente quedaban recuerdos de estudiante: su grado de bachiller en cánones, las leyes, el derecho, la abogacía. Su futuro: la gloria, el mucho que ganar. Total, la vida es corta.

Fue decisión bien pensada, salir de esa tan singular Ciudad de México; se enlistó para seguir a los grandes caudillos. En 1812 con Morelos⁸, participa en el sitio de Cuautla y recibe su primera herida, en una pierna; su bautizo de fuego. Le tocará convivir con encontradas y singulares personalidades: Hermenegildo Galeana⁹, Matamoros¹⁰, Nicolás Bravo¹¹. Tomarán Oaxaca el 25 de noviembre.

Para 1813 la guerra es de guerrillas. Se combate también vía conspiraciones. Destacan desde el anonimato *Los Guadalupe*¹², amigos de los insurgentes, quienes tratan de ganarse para la causa, al mismo Calleja¹³. Otra forma de lucha, es a través de la palabra escrita y en ello destacan grandes personalidades promotoras de la prensa insurgente: *El Semanario Patriótico Americano*; *El Correo Americano del Sur*, impreso en Oaxaca y antes, *El Ilustrador Nacional*, *El Ilustrador Americano*, *El Pensador*. Calleja será nombrado virrey en lugar de Venegas¹⁴, a quien por cierto éste estimaba poco.

Morelos, mientras tanto, se rodea de excelentes luchadores a quienes da nombramientos y retos singulares. El hombre sabía rodearse de futuros caudillos. Así, nombra a Vicente Guerrero¹⁵ comandante militar de Ometepeç.

Para abril Morelos ataca y toma Acapulco y el 20 de ese mes, por haberse distinguido al derrotar en Tonalá a Manuel Damburini, da al cura Matamoros su ascenso a general.

En el campo realista también hay cambios; Iturbide¹⁶ suple a José de la Cruz en Valladolid y Guanajuato. Así, empieza a destacar *El Dragón de Fierro*, futuro primer emperador de México.

El 14 de septiembre se inauguró el Congreso de Chilpancingo¹⁷. Se dió la pauta para promulgar la Constitución de Apatzingán¹⁸. Se leerán *Los Sentimientos de la Nación*¹⁹. Aires de libertad, pero con respaldo del derecho; la guerrilla continuaba y los realistas no cedían.

1814 fue para Morelos año aciago; fusilaron en Valladolid a Matamoros; el 18 de febrero el Congreso le destituyó de su cargo de generalísimo; en marzo, el 14, se le declaró separado del Poder Ejecutivo. Armijo, realista, le tomó alhajas y dinero. En Puebla fusilaron a Miguel Bravo. Y así, le seguirá el mal tiempo; Calleja decretó pena capital a quien tuviera tratos con los insurgentes. Abad y Queipo²⁰ emitió edicto contra él y lo declaró hereje; le excomulgarán quitándole todo derecho sobre su curato de Cuarcuaro (*por el que tanto había peleado*). Se enfrentó a la actitud del Lic. López Rayón²¹. En fin, mal año para Morelos, pero no para el joven Félix Fernández; éste finalmente logró una posición en Veracruz, al quedar Juan Pablo Anaya como comandante general, pues le nombraron su segundo.

En 1815, Fernández se separó del Lic. Rosains²²; tenía 29 años y fue nombrado teniente general y para julio 24, atacado por el realista Miyares, en Puente del Rey, se adueñó del control. Para entonces, había cambiado su nombre: era simplemente *Guadalupe Victoria*.

Morelos fue capturado el 5 de noviembre; se le fusiló el 22 de diciembre en San Cristóbal Ecatepec, a las 3 de la tarde; días antes, también fusilado, el 1º de diciembre, caía en Ixtlahuaca don Francisco López Rayón. Por ello, a partir de 1815, Guadalupe Victoria actuaba independientemente.

En 1816, en septiembre, la ciudad de Huatusco le nombró lugarteniente; para entonces era general y tendría, como otros tantos insurgentes, la satisfacción de conocer la partida a España de Calleja, quien entregaba el bastón de mando a un nuevo virrey, don Juan Ruíz de Apodaca²³.

El año de 1816 la insurgencia, sin saberlo a ciencia cierta, tendrá en las personas de fray Servando Teresa de Mier²⁴ (*José Guerra*) y de Javier Mina²⁵, un impulso que se concretaría al desembarcar en Soto la Marina ese joven liberal español, junto con su expedición, formada básicamente de extranjeros.

Para el 11 de noviembre de 1817, justo a las 16:00 horas, caerá fusilado Mina. El virrey en turno, Juan Ruíz de Apodaca, recibirá como premio por tan singular captura, el título de *Conde de Venadito*.

Mina al llegar a territorio mexicano, se hacía acompañar de 350 efectivos.

A su derrota, varios de los integrantes de la expedición aceptaron el indulto y a algunos, años después, se les verá en posiciones políticas diversas.

Los insurgentes se debilitaban ante los realistas y por ello, algunos aceptaron el indulto; otros, como Guerrero y Victoria, proseguían en el intento y es entonces cuando el segundo decide autoexiliarse. Tenía, como Cristo, 33 años y era el año de 1819. Huyó a la sierra y nació su leyenda...



LIBERALES CONSTITUCIONALISTAS (1813 – 1819)

La Constitución de Cádiz y la participación de los diputados que intervinieron para su materialización, promulgada el 19 de marzo de 1812, es la base ideológica de la transformación del esquema de gobierno no sólo de España, sino de sus colonias. La tendencia abiertamente liberal para forzar una monarquía constitucional, fue la filosofía adoptada por los diputados que de América fueron enviados a Cádiz, como fue el caso de don José Miguel Güridi Alcocer²⁶, de Tlaxcala; José Miguel Gordo y Barrios, de Zacatecas; José Miguel Ramos Arizpe²⁷, de Coahuila y otros más; todos ellos, por cierto, personas de cultura.

El enfoque para un nuevo esquema fue sin embargo producto de la identificación, y dadas las circunstancias, se propició en los grupos cerrados y secretos de las logias masónicas. Así, la más importante de los americanos en Cádiz, fue la establecida en 1811, la que se denominó Lautaro²⁸. A ella se asociaron, en diversas épocas, no sólo diputados sino otras personalidades como fray Servando Teresa de Mier. Pero también, desde Londres, los grupos, masónicos apoyaron, lo que propició que se iniciaran en dichos grupos quienes al paso del tiempo serían caudillos o ideólogos de los diversos movimientos independentistas de la Hispanoamérica, como Luis López Méndez²⁹, Andrés Bello³⁰, Francisco Fragoza³¹, Miranda³², Bolívar³³ y Blanco White³⁴.

Masones o simpatizantes de ellos por sus creencias liberales, los hubo dentro de las propias filas gobiernistas de la Corona Española, incluso virreyes, como Apodaca, el *Conde de Venadito*, muy comprometido e influenciado por la logia de Veracruz.

También grupos masónicos de militares presionaron la búsqueda de soluciones para el necesario cambio; la corona española debía ceder y permitir que sus colonias se independizaran y para lograrlo, primero era establecer en la propia España un nuevo gobierno que, con respeto a la monarquía, se sujetara a una constitución.

¡Constitución o muerte!, fue el pacto, el compromiso, el grito identificador que sin embargo con sigilo y convertido en consigna, propició actuar por la fuerza (aún a riesgo de ser cruelmente reprimidos por la Corona representada

entonces por Fernando VII), a varios de los militares que le habían apoyado, y ahora estaban decepcionados de su absolutismo.

Así, en 1814 hubo una conspiración en Pamplona, justificada para proclamar el respeto total a la Constitución de Cádiz, evento en el que participó el tío de Francisco Javier Mina, apodado *El Pequeño Rey de Navarra*, don Francisco Espoz y Mina, quien tuvo que huir a Francia al fallar la intentona; años después, en 1816, el mencionado, junto con Vicente Richard, Juan Díaz Porlier, Luis de Lacy y Gautier, Rafael del Riego y otros, se comprometerían en la denominada Conspiración del Triángulo, sociedad secreta de masones que, para obligar a Fernando VII a jurar la *Constitución de Cádiz*, pretendieron secuestrarle, lo que no sucedió, pero lo que tampoco desanimó el intento de forzar, aunque fuera más adelante, el que la Constitución se restableciera. Entre los involucrados estaba O'Donjú, a quien más adelante se verá y en otras circunstancias, como un protagonista de la independencia de México.

Será hasta 1820 cuando don Rafael del Riego, encabezó el reto de proclamar la Constitución de Cádiz, dada su calidad de militar, al aprovechar la circunstancia de tener bajo su control a un cuerpo del ejército, destinado a sofocar la sublevación de las colonias americanas; se alzó y se hizo efectiva la Constitución de Cádiz, aceptada ésta, no faltaba más, por Fernando VII y por segunda vez, forzado por las circunstancias.

Riego dirigióse a los suyos:

“—Es de precisión para que España se salve que el rey nuestro señor jure la ley constitucional de 1812, afirmación legítima y civil de los derechos y deberes de los españoles”.

El monarca absolutista no tuvo de otra, aceptó un nuevo gobierno liberal y progresista, respaldado por la dicha Constitución; y, solemnemente, manifestó:

“—Marchemos francamente, y yo el primero, por la senda constitucional”.

Todos estos eventos sucedidos en España, que dieron fuerza a los grupos liberales resultaron propicios para que en la Nueva España, se considerara la posibilidad de terminar la cruenta guerra civil y a través de una contrarrevolución, se lograra el anhelado objetivo: la independencia de México. Pero mientras ello sucedía y los insurgentes perdían fuerza así como a

sus principales caudillos, los sobrevivientes como Guadalupe Victoria tenían que decidir: rendirse, aceptar el indulto, luchar hasta la muerte o huir, aunque fuera temporalmente.



REFLEXIONES DESDE LA CAVERNA (1819)

Hay decisiones cruciales; esas de las que no puede uno arrepentirse, y cuyo precio es no dar marcha atrás. *¿Fue correcto mi actuar?. ¿Huí como un cobarde?. ¿Debí haber aceptado el indulto?*. Día a día, en la soledad y en la duda, Félix Fernández, el derrotado guerrillero se cuestionaba, se justificaba.

Todo estaba perdido; debilitado el movimiento insurgente, el orgullo se impuso: mejor huido que indultado. No estaba dispuesto a soportar la vergüenza, no sólo de la derrota, sino dejarse convertir en lo que no era, un cobarde.

¿Qué sentido tenía la vida si se traicionaban los ideales? Y así, cada día, en el monólogo se enriquecía con nuevos argumentos, como para justificar aquella decisión de irse al monte y vivir en una cueva.

Vivir en una cueva, en soledad, como un anacoreta que retirado del mundo, se refugia para repasar lo hecho; para arrepentirse, para reconciliarse con ese enemigo que es uno mismo. Con ese a quien no se puede engañar, porque es el dueño de nuestra vida secreta.

Además, a los 33 años, no obstante lo que se haya vivido, todo hombre debe hacer necesaria y obligadamente un alto; enfrentándose con su verdad y Guadalupe, el idolatrado por sus hombres, el dolor de cabeza de virreyes y militares enemigos, no era la excepción. Estaba solo, abandonado, derrotado, reducido a la miseria humana, donde lo único que prevalece es, si no se deja uno vencer, la dignidad. Sí, la dignidad – se repetía Guadalupe – la dignidad. Por ella estaba huido; que no derrotado como a muchos pareciera.

Derrotado, vencido, sobajado. Eso era lo que querían los realistas de su persona. Por ello el precio a su cabeza. Por ello, la persecución en la que docenas se habían empeñado para apresararlo, quizás juzgarlo y matarlo, para convertirlo en un trofeo de guerra y eso, su orgullo y dignidad, no lo permitirían.

Sin embargo, otro día, el monólogo se estructuraba con diversas reflexiones: tenía miedo, se sentía débil; aceptaba que al fin humano, era vulnerable y que, por qué no reconocerlo, había cometido errores, muchos.

Guadalupe Victoria nunca pensó que su decisión de aislarse lo convertiría en una viva leyenda. Durante ese año de 1819, su única preocupación fue

estar escondido. Se trataba de esperar con paciencia mejores tiempos; sin embargo, el precio era alto. Que lo dieran por muerto; que por favor se olvidaran de él.

Empezó a perder peso, la debilidad pronto propició en él alucinaciones; como si viviera un mal sueño, una pesadilla. La sed lo agobiaba, veía o creía ver seres extraños, cuando en realidad se trataba de animales o árboles distorsionados por su vista cansada. Pasaba de la euforia de querer racionalizar lo que le sucedió, a la apatía, al abandono, a incluso querer morirse. Su sucio cuerpo, la barba crecida, sus miserias, todo lo asemejaban a un animal, a una acorralada bestia, cuyo único propósito era la fuerza de la propia naturaleza, traducida en ese instinto de sobrevivir, de vivir sin una ilusión o un por qué.

Pero si su vista le engañaba, el oído, ese receptor de incluso silencios sospechosos, se le afinaba. Lo mismo captaba y distinguía el trino de los pájaros, el sonido de los vientos, el apresurado paso de animales que como él, huían de sus depredadores. El silbido de serpientes, el desfile de las hormigas y comejenes; el cortejo nupcial de todas y cada una de las criaturas salvajes. El inconfundible sonido del miedo, de alerta; el código secreto de los bosques, que sólo pueden entender los habitantes permanentes del mismo y él, Guadalupe, fue convirtiéndose en uno más de ellos. Dormía, mal comía, a veces bebía de los charcos y como depredador; lo que por circunstancia se le atravesara era su sustento: animales, plantas, alguna que otra fruta, pero perdía peso y por ello no sólo se sentía débil, sino ligero; fue incapaz de tener conciencia del tiempo. Su reloj biológico sólo reaccionaba a las necesidades de sus instintos, de sus urgencias.

Severos cambios emocionales empezaron a manifestarse. Se dio cuenta, por ejemplo, que su monólogo no era silencioso, gritaba, defendía, como si lo hiciera ante un gran público, sus razones, sus argumentos. A veces por nada lloraba (él que siempre, se distinguió por ser valiente). A ratos reía y lo hacía hasta quedar extenuado. Luego entraba en estados de apatía, para después manifestarse eufórico. De la alegría sin causa o motivo, pasaba a la depresión. La soledad le pesaba, como cargar piedras, muertos, muchos de los cuales lo eran por haberlos matado él, o mandado matar, a cuchillo, ya por horca o fusilados. Eran esos malos recuerdos los que le pesaban; lo únicos fantasmas que le pedían cuentas, que le reclamaban. Pero también fueron sus compañeros secretos, aquellos amigos que igual suerte tuvieron a manos de los realistas.

El oído fino llegó entonces a captar sonidos de ultratumba y soñaba o imaginaba tiempos idos; personajes que se le aparecían cuando él no los convocaba, no respetando su soledad. A veces era el gran Morelos, o Galeana, o Matamoros; otros, sus soldados, aquellos negros veracruzanos de quien estaba muy orgulloso, pero como tantos, habían pasado al anonimato, al olvido, más no para él, ni para su recuerdo; los revivía para honrarlos, agradecido por lo que por la causa ellos habían entregado. Eran pues, sólo alucinaciones; la batalla de sentimientos encontrados; el querer revivir un pasado o a veces olvidarlo, pero ahí estaban todos esos recuerdos acompañándole en esa su aparente soledad.

Había claro está, momentos de lucidez. El ánimo no estaba exaltado; no había irritabilidad, todo era o quería ser claro, diáfano. Ya no se pensaba o hablaba a gran velocidad, ¿qué prisa había?.

Guadalupe, Félix, o como le llamaran, tomaba conciencia del riesgo de perder la cordura. No quería ni debía enloquecer. Se propuso cuidarse, no descuidar su dignidad y lloró, lloró bastante y sin control cuando reflejado en un claro de agua, cual espejo, lo que percibió fue a un individuo para él desconocido. No era su persona, era otro y eso no podía permitirse, tenía que sobrevivir con decoro, por respeto a su individualidad, y soportar los rigores de la naturaleza que le daba cobijo; debía aguantar esa peligrosa soledad que a veces deja de serlo, cuando se contamina con pesadillas, sentimientos de culpa, auto justificaciones, e incluso, alucinaciones peligrosas.

Ese auto destierro, ese huir de un mundo que se le desmoronaba; ese pagar el precio de su vida al rechazar el indulto, en verdad le dio a Guadalupe Victoria fortalezas. Siguió valiente, aguantador; amante de la libertad, si ésta permite ser auténtico aún encadenado, aún escarnecido. Ello le dio determinación y un deseo, en el momento adecuado, de reintegrarse a la civilización, al darse mejores tiempos y circunstancias. Al menos esos eran sus firmes deseos, cuando la lucidez estaba encima de la natural depresión tan común y socorrida; cuando la soledad y el miedo no agobiaban.

Años después y de ello ha dejado constancia un diplomático inglés, quien se ganó la amistad de don Guadalupe Victoria, se conocería lo que durante casi 30 meses, fue la vida anacoreta de quien sería el primer presidente de México.

En efecto, dejemos hablar a Henry George Ward³⁵, quien en su calidad de enviado de Inglaterra, toda vez que formó parte de una comisión que en

1823 se justificó para investigar al recién independiente país, cuenta lo que pudo apreciar respecto de posibles oportunidades de negocios y, por supuesto, de reconocer al nuevo gobierno que estaba en etapa de consolidación. Ward, con el tiempo estrecharía amistad con don Guadalupe Victoria y en un libro titulado: México en 1827, daría a conocer ese pasaje del auto exilio de este personaje en las montañas de la provincia de Veracruz; se estima que como fuente directa del suceso, tuvo al mismo protagonista.

Habría, sin embargo que precisar, que la leyenda o mito para algunos, del anacoreta Victoria, si bien dada a conocer, no fue lo que del pueblo le ganó simpatías y admiración. En rigor, antes de tomar esa crucial decisión, se había hecho merecedor de una gran fama por su liderazgo, valentía y congruencia. En efecto, del análisis objetivo de los sucesos de la larga para entonces guerra de independencia, se puede apreciar que no obstante el celo de la insurgencia, la debilidad de ésta era un hecho notorio y reconocido, sobretudo a partir de diciembre de 1817.

Para entonces los grandes caudillos del movimiento, así como guerrilleros convertidos en leyendas, habían desaparecido del mundo de los vivos, para sumarse al panteón nacional de los héroes o mártires de la patria. De los pocos que quedaban, destacaba Guerrero en el sur y Victoria, adueñado éste de toda la región veracruzana. Eran ambos el último reducto a combatir y es claro que todo el esfuerzo del virrey en turno, el flamante *Conde de Venadito* y sus principales jefes militares, estaba en el empeño de reducirlos, aniquilarlos; por las buenas o las malas.

El movimiento independentista propició una guerra fratricida, desigual y que además había generado aún dentro de los que se llamaban insurgentes, el nacimiento de intereses particulares, dando pauta al fortalecimiento de algunos caciques, señores de horca y cuchillo, dueños de territorios, vidas y conciencias.

Victoria, atrincherado en su territorio veracruzano se había convertido en una obsesión para el gobierno virreinal, sobretudo por su capacidad de estrategia; por sus grandes golpes que hacían caer en ridículo a militares realistas de carrera, lo que para ellos no sólo era una afrenta, sino el ingrediente para crear un sentimiento de venganza hacía su sagaz enemigo. Pero no sólo se trataba de cuestiones de honor; Victoria igual había pegado a la economía del gobierno realista y a la de los hegemónicos grupos de comerciantes.

Escuchemos al propio Ward: “ *Las proezas de Victoria no se reducían a esta guerra irregular; en 1815 detuvo a un convoy de 6 mil mulas, escoltado por 2 mil hombres, bajo el mando del coronel Águila, en Puente del Rey...*”.

Impedir el paso hacía las costas veracruzanas, dañó en demasía los intereses de las exportaciones e importaciones a y de Europa, y ese inconveniente reforzó la idea de acabar con el control que sobre ese territorio tenía Victoria y sus aguerridos soldados.

Para lograr el propósito y justificando éste con el argumento de defender la economía, el gobierno virreinal decidió reforzar civil y militarmente, no sólo la plaza hoy capital del Estado veracruzano y sus puertos, sino aún las diversas poblaciones de la provincia; rápido se establecieron puestos fortificados y se aumentó el número de elementos militares, que al mando de un oficial de alta graduación, don Fernando Miyares, sumaron casi tres mil soldados, llegados éstos de España; así, poco a poco, la fortaleza de Victoria, respaldada en el control que tenía en Puente de San Juan y en Puente de Rey, se debilitaba, gracias al empuje del español Miyares. Fracasó y perdió, frente a la disciplina de tropas frescas, a sus mejores hombres, veteranos y leales la mayoría de ellos, reemplazándolos con aquellos que por necesidad y aún sin experiencia, le permitieran sobrevivir.

La derrota del recién llegado grupo de Mina, y en general la pérdida de puntos estratégicos, fue la causa que obligó a replegarse al general Victoria; pronto se vio abandonado y las poblaciones que en principio le apoyaban con provisiones le negaban ayuda. Hubo sí, intentos de forzarlo a la rendición; se le ofreció no sólo el indulto, incluso se le tentó con recompensas y reconocimientos, pero taimado y seguro de que aún en la derrota la razón le asistía, prefirió el autoexilio, la desaparición, el refugio en esas montañas que a detalle conocía y que le garantizaban protección.

Victoria, Félix Fernández, tuvo mucho que reflexionar desde la soledad de su retiro; se vio obligado a luchar contra sí mismo; contra su orgullo, miedos y temores. Manifestó con valentía reconocer errores y arrepentirse de lo malo que hizo en contra de sus enemigos políticos.

La leyenda dice que sólo se acompañó de su espada “...y un poco de lino”. Caminó, subió la montaña; dejó atrás no sólo su pasado, también toda una historia compartida, producto de sus afanes. Subió y subió, quería volar; como una libre águila negra.

Después de caminar varias horas, don Guadalupe fue internándose en las montañas, en territorio indígena, sitio de donde sabía provenían varios de sus mejores y fieles soldados: Esa tierra que sentía propia y segura, tan lejos de su natal Durango, pero que le había adoptado y en donde se sentía libre y seguro. La provincia de Veracruz, tan desigual por su altiplanicie, su sierra y sus llanuras, pero sobre todo por su población tan contrastante, especialmente la indígena, le había dado un nuevo hogar y abierto el secreto de sus maravillas, de sus bosques y ríos, de su fauna; de la flora a veces selvosa, a ratos boscosa. De sus habitantes autóctonos; lenguas y dialectos había escuchado como el náhuatl, el totonaca, el huasteco alegre, el popoluca, el dulce otomí, el mazateco y zapotecos, e incluso el maya, entre otros. También repasaba en la memoria, que todo registra cuando hay interés, sus costas, ciudades y poblaciones; sus costumbres. La comida a la que tanto se había aficionado y que su estómago no resentía, y en cambio le deleitaba, no obstante desde siempre ser parco en el comer y aún más en el beber.

Encariñado estaba entonces con esa bendita tierra veracruzana, lugar testigo de algunos de sus más sonados triunfos, como aquél que se concretó en un memorable 12 de junio de 1814, en Tolomé, o el que logró en Puente Nacional y que repetiría en el mismo lugar en 1823; la toma de Nautla o su fortalecimiento durante meses en Puente del Rey. Todo ese territorio conocido para él como la palma de su mano, ahora se convertía en su nuevo hogar; en lo alto, en las montañas ubicadas en la zona de Tizar, de Paso de Ovejas, de Tlapacoyocan y de Cerro Quebrado. Ese era y sería su hogar de errante durante 30 largos y penosos meses, acosado al principio por sus enemigos y siempre por sus recuerdos, desilusiones y encontrados sentimientos.

La zona de la Zongólica era también recurrente recuerdo, memoria de sus estrategias guerrilleras; lugar donde con facilidad burlaba y sorprendía a los realistas. Toda esa cadena de desiguales montañas, como la sierra de Tehuilpango, Tequila, Xochiaca, y los Cerros Caballero Alto, habían sido testigos de su batallar, de sus enfrentamientos, de sus logros, era pues por ello, que en lo alto se sentía seguro, o al menos eso fue lo que le animó al autodesierto.

Los primeros días necesariamente fueron difíciles. No en vano sabía que el ejército realista y muchos traidores, animados por la recompensa de su apresamiento le buscaban atrás de cada roca, atrás de cada árbol. Fue un correr y correr; un esconderse al primer sospechoso ruido; un no dormir; sino sólo lo indispensable.

Al principio hubo signos de solidaridad de parte de algunas comunidades de indios, ubicadas en los lugares por donde pasaba, pero poco tiempo después, amenazadas éstas por el virrey Apodaca y sus militares y ante el temor fundado de ver sus casas quemadas, como así sucedió en ciertos lugares, el abastecimiento disminuyó y con ello se dió la soledad, cada vez más pesada de soportar.

Más de seis meses, dice la leyenda, Victoria cual si fuera salvaje bestia, fue asediado por sus perseguidores que tenían la consigna de cazarlo. Pero, ante lo difícil de su captura, poco se documentó a través de los partes militares, toda vez que lo único que pudiera haber sido consignado, era el fracaso y la vergüenza de no poder aprehenderlo.

Victoria corrió, burló, nadó en caudalosas aguas para despistar al enemigo y fue así como, el pretexto de su no captura, propició la idea y luego la convicción, de que había muerto.

Las vicisitudes fueron varias; el peligro de caer y lastimarse, deshidratarse, pero sobre todo el no comer; el no probar bocado durante días; el no escuchar una voz o sonido humano. El estar en monólogo continuo y cierto que ese errar sin destino, si se descuidaba, lo volvería loco. El hombre sufrió y de esa tremenda experiencia quedaron huellas que años después tuvieron secuela.

Ward, en su crónica citada, recrea el tiempo cuando por vez primera contactó a don Guadalupe Victoria en 1823, precisamente en Veracruz: *“Cuando conocí al general...no podía comer más que una sola vez cada veinticuatro horas, e inclusive cada treinta y seis; y aún ahora, a pesar de que se rige por las horas usuales de sus compatriotas, con respecto a los alimentos es uno de los hombres más parcos”*.

Ese frío amanecer le recordó a Victoria su natal Tamazula. Reconstruyó en la memoria a los suyos, a sus cuatro hermanos, principalmente a Francisco y Gertrudis, así como la protección que a ellos siempre les brindó su tío, el cura don Agustín. También le llegó a la memoria ese deseo de hacer algo diferente y cómo se obsesionó por aprender; por salir de esa rutina que poco ofrecía a un joven que como él, no quería conformarse y hacer huesos viejos en esa población que era su hogar; pero parecía una prisión sin barrotes, donde los días eran aburridos y las noches largas, como para tener sueños de liberación.

Quería aprender, conocer otros lugares, instruirse, pues sentíase diferente, con deseos de superación, con ganas de pagar el precio que fuera, dado que mucho podía ganar y poco lo que perdiera. Quería compañía, pero una que fuera su aliciente y no como la de aquéllas hembras, cuya única aspiración era la seguridad, a cambio de dar sólo hijos a su hombre. Deseaba tanto y poco ofrecía su entorno, salvándole a veces de la rutina, la lectura que nuevos mundos e ideas, venían a animarle a un urgente cambio de vida. Tenía pues que salir de Tamazula. Huir de lo que no le convenía; buscar horizontes nuevos, construir otra vida por la que mereciera arriesgarse. Tenía entonces 19 años.

Días o semanas después – había perdido la cuenta – su despertar fue distinto, de angustia. Seguro porque recién se desprendía de una pesadilla, de un mal sueño. La piel estaba sensible, sudaba frío, como si tuviera fiebre. Dolíanle los dientes. Tenía en todo el cuerpo y alma, esa sensación que produce la adrenalina ante el peligro, como le sucediera antes de cada batalla. Como cuando participó junto a don Hermenegildo Galeana en esos enfrentamientos, en los que por vez primera vivió la brutal experiencia de dar término a vidas humanas; como cuando en Cuautla combatió a ese odiado, pero al tiempo respetado enemigo Calleja; aquél que venía acompañado de gran fama militar, así como de crueldad sin límite para con sus contrincantes. Recordó cómo, igual que él, muchos de sus superiores sufrían previo a una batalla, a un enfrentamiento, la angustia de ahí morir y ello les ponía la piel como de gallina.

Decidió don Guadalupe para huir de esos pensamientos y recuerdos, abandonarse en el sueño que indudablemente es reparador, aunque también producto de una debilidad corporal que cada día aumentaba y le impedía tener la movilidad a la que estaba acostumbrado, dada su autodisciplina y así, dejándose caer en brazos de Morfeo soñó; con su niñez, con los suyos, con los que en verdad le querían.

Tiempo después don Guadalupe tuvo una serie de alucinaciones. Pareciera que a sus racionales monólogos, para fortalecer sus convicciones, su subconsciente le ayudara forzándole a repasar episodios; a enfrentarse con amigos y enemigos en debates imaginarios, para justificar y justificarse, con ello lo bueno y malo que como insurgente había realizado.

Años después recordaría las siguientes alucinaciones:

Un ruido, como de viento fuerte entre las hojas lo alertó. Casi dejó de respirar, para apreciar mejor el motivo o causa de esa llamada de atención

y fue a su derecha, escondida, que se le presentó, una figura humana entre los árboles, misma que pudo apreciar de mejor manera. Apretó la espada, aquella noble compañera de la que nunca se separaba, para de ser necesario defenderse del intruso. Éste, al ser sorprendido, le miró fijamente y sin dar tiempo a reacción alguna, habló:

— Félix Fernández, mi dilecto alumno, no te alteres, disipa tu miedo, los temores. Estoy aquí porque me has convocado. ¿Te arrepientes de ello?.

Don Guadalupe no daba crédito a lo que veía. De hecho, habían pasado poco más de ocho años que por última vez saludó a don Juan Nazario Peimbert, su buen maestro; memoria hizo y recordó que desde entonces poco o nada había pensado en él. Entonces, cómo era, si aquello era una aparente realidad, que lo hubiera convocado; cómo era que contra todas las leyes, de la naturaleza y la lógica, que así, de pronto y sin mayor razón o explicación, se le apareciera y además tan real, ese maestro que le había formado; aquél que había influido en los conceptos que tenía respecto a la patria y a su independencia. Aquél liberal de ideas tan avanzadas, respetado por sus alumnos y ciertamente criticado por los retrógrados conservadores. Cómo, se preguntaba, estaba ahí, ahí con él y en ese momento.

— Es usted una alucinación maestro; desaparezca por favor.

El viejo abogado caminó hacia él y con pausada voz le dijo:

— Mejor Félix, platiquemos. Lo necesitas.

— ¿Platicar?, perdón maestro, ¿de qué platicaremos?

— Desaparezca, es usted y perdone, sólo una ilusión, una alucinación, un sueño.

El viejo se manifestó: - La vida toda es una ilusión; que qué perdía y que además, si estaba allí era por haber sido convocado por su estimado alumno, el que, entre paréntesis, había honrado en los hechos sus consejos y enseñanzas. Es más, le afirmó – estoy orgulloso de ti Félix, aunque creo que ahora te llaman Guadalupe Victoria. Enhorabuena, aprovechemos la ocasión.

Victoria entonces, como presentar un examen, no le dio cuenta de su incursión como insurgente; tampoco le presumió sus triunfos, más bien y un tanto avergonzado por la situación en la que se encontraba, sucio, barbón y casi desnudo, si los harapos no cuentan, le manifestó a su maestro la angustia de perder su dignidad, de volverse loco, en fin, como una charla o confesión de esas que pretenden dejar satisfecho al penitente, le planteó a su viejo

maestro, lo que pensaba sucedía respecto a la lucha insurgente y sobre todo, a ese deseo de liberación y de independencia que tanto le animaba. Le afirmó sin embargo, que estaba confundido; que a veces había dudado. Que igual se había sentido atrapado en las circunstancias y que, casi avergonzado, tenía serias dudas respecto a si el movimiento insurgente valía la pena, o sólo era una etapa histórica en la que, unos frente a otros, se defendían y atacaban sin sentido alguno.

Don Juan Nazario le dejó hablar todo lo que quiso y cuando éste, su exalumno, terminó su largo monólogo, mirándole fijamente le indicó:

— Guadalupe Victoria, no te aflijas. Tu vida tiene un sentido y pagas con este auto exilio el precio de lo que la Patria te ha confiado, toda vez que ahora, desde esta soledad en la que te encuentras, debes recapacitar que la lucha fue y es necesaria. Por desgracia, es inevitable pelear, por eso la tierra debe ser regada y en el caso, de sangre; la lucha insurgente es el medio, no el fin. Es el futuro de una patria libre lo que queremos. Tú, al fin joven impetuoso, como todos los de tu edad, dejaste todo y te entregaste a un ideal que sentías como propio, pero que no entendías. Después de la lucha, debe venir la paz, pero lo más importante, la decisión de establecer muchos esquemas y es en ello en lo que te debes aplicar, de ahora en adelante.

— A ver, ¿qué pasaría si se logra vencer a los realistas? o, en su caso, ¿qué sucederá si ellos ganan la final batalla?, la que por cierto te aseguro aún no se ha dado. ¿Qué pasará?.

El viejo maestro no esperó respuestas, sólo le dijo:

— Guadalupe Victoria – casi, por el tono de su voz, lo retó, - Guadalupe Victoria, te aconsejo reflexiones en lo que en su momento preocupó a López Rayón, a Morelos, a todos aquéllos que no sólo en nuestra tierra, sino en la España les ha preocupado: una nueva forma de gobierno, una nueva lucha, pero ahora, ideológica. Debe como todo, terminarse esta guerra, que lo único que ha logrado es sembrar de cadáveres el territorio; ya se ha regado bastante la tierra de sangre inocente. Debe y empezará la gran batalla, la guerra final de la liberación y ésta pronto llegará; no desespere.

Guadalupe se dijo – Esto es una alucinación y tan fue así, que don Juan Nazario desapareció.

Pero las alucinaciones regresaron. La siguiente fue la aparición del gran Morelos; éste discutía, pero sin elevar el tono de su voz, con el Lic. López Rayón.

En ésta, Guadalupe, como en una obra de teatro, sólo fue espectador:

RAYÓN: Mi general, sinceramente lamento su muerte. Poco tiempo tuvimos de discutir. Sé que mucho dejó de aclararse y no obstante nuestras diferencias, debo confesar que le estoy agradecido y reconozco su visión patriota de haber aceptado el establecimiento de un gobierno. Se trataba de evitar, o al menos intentar, no más esfuerzos dispersos de todos aquellos que se decían insurgentes, entre los que por desgracia también había advenedizos. Se trataba de fortalecer el movimiento pero con respaldo del derecho. La intención – y creo que así usted lo percibió – fue siempre establecer un centro de autoridad; propiciar un primer ensayo de gobierno nacional americano. Ello justificaba establecer una junta suprema, un congreso, un gobierno y, por supuesto, una constitución.

MORELOS: Licenciado sé que está preso. El buen amigo Victoria, sin proponérselo, me ha convocado y la fuerza de sus angustias ha sido tan poderosa, que hasta usted se presenta en esta alucinación, pero en fin, de lo que se trata es de aclarar; de precisar qué fue y es lo que debe motivar y justificar nuestro movimiento insurgente y yo, con el derecho que tiene todo muerto, veo en esta circunstancia la oportunidad para manifestar mi enfoque, que no para reivindicarme.

RAYÓN: Desde mi mazmorra, cargado de grilletes, y en espera de todas las gestiones para mi liberación, he tenido tiempo suficiente para reflexionar. Me duele no sólo la prisión; total, ésta sólo retiene mi libertad corporal, no la espiritual. Me angustia la situación de mi familia; me frustra no haber logrado el propósito de fortalecer nuestro movimiento. Me apena haber dividido, e incluso haberle a usted criticado.

MORELOS: Los humanos eso somos, entes contradictorios. Pero no se preocupe licenciado, usted hizo lo que tenía que hacer. Obraba en usted la buena fe, pero los tiempos no fueron propicios. Yo, por mi parte debo confesar, en adición a lo que manifesté antes de ser fusilado, que también perdí peso moral; fui soberbio; no siempre objetivo en mis decisiones, que acepto y de ello me arrepiento, Dios me perdone, la pasión me cegó y me autojustifiqué, cuando mandaba pasar por las armas a los enemigos, como represalia de lo que igualmente ellos le hacían a nuestra gente, pero y es el momento de decirlo, fui siempre bien intencionado; sin embargo, de carne y hueso, no podía ser perfecto.

RAYÓN: Fue usted directo y mostró congruencia; finalmente fue usted un guerrero, un estratega, no un político; mas sin embargo debo reconocerle su visión y honestidad, cuando sus propios compañeros le quitamos mando y le separamos del grupo ejecutivo.

MORELOS: Humilde no fui, de eso esté usted seguro. Más bien mi intención fue no estorbar. Pasaba entonces por un tiempo de crisis, de autocuestionamiento. Estaba cansado de tanta guerra, de tantas muertes, de discrepancias entre los que nos decíamos aliados. Estaba triste por la pérdida de mis mejores hombres, por las derrotas sufridas, por mis inseguridades, mis frustraciones, en fin, pareciera que presentía que el tiempo se me acababa. Ojalá licenciado que la historia al juzgarnos, no nos convierta en mitos, leyendas, caricaturas que justifiquen enfoques políticos.

RAYÓN: usted descansa, quién sabe qué seguirá para los que aún estamos vivos...

Victoria de esa alucinación grabó algunas ideas, mensajes, reflexiones; días después llegó a su recuerdo aquel joven español, don Xavier Mina, con quien le hubiera gustado tener la oportunidad de platicar. También y como la mente es poderosa, se le concedió otra gran alucinación, misma en la que como espectador pudo apreciar lo siguiente:

Era el gran Morelos, quien previo a su fusilamiento decía: *“Señor, si he hecho bien, tú lo sabes, si he hecho mal, a tu infinita misericordia encomiendo mi alma”*.

Después el escenario era otro, veíase Victoria a sí mismo como perdido, e igual que él, caminaban sin rumbo y entre tinieblas, Bravo, Rayón, Guerrero, Terán³⁶. Era, como fue en realidad, una especie de desbandada que bien aprovechó el ejército realista para dominarles. Llegaban tropas españolas a reforzar a los realistas y cada momento era difícil de resistir.

Vio también, o imaginó a Guerrero, seguro en la Sierra Madre. Recreó a Rayón quien luchaba desde Tlapujahua, hasta caer prisionero. Bravo, de aquí para allá; sin rumbo.

A Albino García³⁷, lo imaginó como siempre, rebelde hasta perderse y finalmente morir fusilado con su hermano. Al padre Torres, abusador, embriagado

de poder y él, Victoria, también se vió asimismo rumbo a las montañas. Terán, el bravo militar, finalmente caía rendido. Muchos, lo sabía, aceptaron el indulto; otros más fueron muertos y, no pocos, apresados, ingresaron en prisiones. Todo era sombrío, pero se daba una luz, ésta aparecía a lo lejos, y era la persona de un joven español, don Xavier Mina, quien convocado a la alucinación personal de Victoria, se le presentó para contarle su intento.

Mina se mostró como llegó, con uniforme de gala y en un monólogo muy al estilo español, le compartió a Victoria lo siguiente:

— Mi general Victoria, finalmente se me concede – lo que no sucedió en vida, como hubiera sido mi deseo – contactarle personalmente. Cosas del destino, dificultades del momento. Pero permítame, porque esta es la ocasión, para contarle mi periplo; compartir con usted la causa de no sólo mi simpatía por el movimiento insurgente mexicano y consecuentemente, mi convicción sobre el establecimiento de un gobierno independiente, pero soportado por el referente de una constitución, porque mi estimado señor; mi convicción, lo que en todo momento le dio justificación a mi vida toda y razón de ser; como liberal convencido que siempre fui, fue la lucha por una constitución, producto del sentir del pueblo y para él mismo.

Nací navarro, mi nombre completo de pila y agua bendita fue Martín Xavier. En mi pueblo Otano de nombre, los Mina estábamos asentados desde tiempo atrás. Siempre – lo aseguraban mis familiares y amigos – fuí inquieto. Todo el tiempo me movía de lado a lado, fuí impulsivo, mas no atolondrado, lo que obligó a mi padre, a quien Dios guarde, enviarme a Pamplona con algunos buenos parientes. A los 18 años, edad importante por ser la que se presta para la selección de vida, estaba convencido sobre la necesidad de cambios sociales. Llevaba en las venas ese deseo rebelde de luchar, si era preciso, por lo que creía era la verdad. ¡Años mozos!.

Hombres mayores a quienes admiraba, me enseñaron lo que en los estudios formales no podía aprender. Recibí consejos y pronto me convertí en liberal, en un convencido de la necesidad de cambios radicales.

La invasión napoleónica, que momentáneamente unió a todos los españoles, fue la pauta que me encaminó al compromiso de mis convicciones. Así me hice guerrillero y en ello influyó bastante un querido tío, don Francisco Espoz y Mina. Abandoné los estudios, no había marcha atrás.

Para 1808, previo a mi decisión de comprometerme totalmente en la lucha contra el invasor, fui testigo de todos los esfuerzos por derrotar a los franceses.

Al principio, recibí modestas misiones y según probaba mi lealdad, poco a poco me gané no sólo el respeto, sino el derecho a nuevas y graves responsabilidades. Esas experiencias, crudas por cierto, me enfrentaron a la muerte. Tuve miedo, ¿quién de carne y hueso no flaquea?, pero pareciera que la batalla y sobretodo el hacer bajas al enemigo, más me exacerbaba. Dirigí voluntarios, tarea ingrata pero de gran reto, misma que al lograrse me dio grandes satisfacciones y un conocimiento a cabalidad de eso que se llama la naturaleza humana, muestra de todo lo contrastante en los individuos, como el patriotismo, el odio, el miedo, la convivencia y hasta la traición. Pero no todo era lucha, asonada, manejo de hombres; había atrás de todo, convicciones y éstas provenían de hombres de conocimiento, de personas que desde el secreto de las logias, porque no había de otra, conspiraban para lograr finalmente un nuevo orden. Entre ellos, mi citado tío, hombre muy comprometido. Me hice, o al menos esa era la voz popular, famoso. Mi nombre, que más bien mi apellido y mi corta edad, andaba por los veinte años, era reconocido; era admirado, como un referente y modelo a imitar. Sentíame pavo real. Pero no todo permanece y menos el éxito; éste es fugaz, momentáneo. Tiempo después, como todo lo que sube, se inició mi caída, mi primer descenso; mis golpes guerrilleros fracasaban y mis enemigos, conocedores de la situación, redoblaron su empuje que resentí. Todo Aragón fue testigo de mis afanes, así como de las crueldades de los enemigos que no respetaban a la población civil. Tuve que huir, esconderme; sentía los pasos del enemigo muy cercanos y finalmente caí prisionero. Ese fue mi destino; de nada sirvió cubrir la retirada. Dicen que entonces nació mi leyenda; lo dudo, más bien creo que se cerró un círculo, para abrirse otro y diferente.

Mi prisión implicó vejaciones, interrogatorios, amenazas. Resistí. Creo finalmente que me salvé de la muerte asistida – la horca o el fusilamiento – porque el Dios de mis padres, o el destino, tenían para mí otros planes. Perdí la batalla; no la guerra. Fui trasladado, cual preso político a Francia, desde Bayona. Era, lo recuerdo, 3 de abril de 1810. Humillado, fatigado y lejos de mi terruño, inicié ese nuevo ciclo que nunca imaginé a dónde me llevaría; me despojaron de mi patria. Mi padre que me vió partir al destierro se desmejoró, pero al tiempo, eso espero, debió estar orgulloso de mi persona. Y así pasó el inexorable desfile de horas sumadas en días y éstos en semanas y meses. Se me permitió interactuar con otras personas y seguí, desde las

mazmorras, un nuevo aprendizaje: el de la sobrevivencia; fortalecí mi espíritu, ya maduro y convencido de lo que debía ser mi nueva vida. Aprendí el idioma de los gabachos y cuenta me dí de que no todo ciudadano francés era malo; con algunos compañeros del mismo dolor, me hermané, pues también por sus ideas, estaban recludos.

Dos años de prisión, de cierta soledad, mi general Victoria, son experiencias difíciles y eso usted bien que lo sabe, cuando libremente decidió autoexiliarse; cuando viéndose perdido, mas no en su honor, prefirió subir al monte. Eso no fue huir; fue una retirada.

Tuvieron que pasar otros dos años mi buen amigo, 24 largos meses adicionales de reclusión y finalmente llegó la tan ansiada liberación, gracias al triunfo de los rusos. El zar Alejandro, dentro de algunas de las medidas que ordenó, fue excarcelar presos políticos y así, el 16 de abril de 1814 recobré mi libertad y con ello se cerraba otro círculo, para encadenarme a un nuevo destino.

El regreso a la patria, presumiblemente razón de alegría, al poco tiempo me dio, un nuevo y complicado panorama. El rey Fernando VII, por el que tanto habían luchado los guerrilleros, ahora afianzado, nada o poco hacía por minimizar las pugnas entre los partidos que representaban al absolutismo y al que hacía gala de verdadero patriotismo: el de los liberales; éstos últimos, fortalecidos por militares entre los que sobresalían mis amigos y compañeros.

¡Cuánto odié señor Victoria, a Fernando VIII, se dedicó a hostilizarnos; atacó a quienes como mi tío Espoz, se habían jugado el pellejo por él y lo hacía, pegando donde más nos dolía; en efecto, ninguneaba a la Constitución de Cádiz.

“Esta es mi suerte, constitución o muerte”; ese fue nuestro credo, y lo que tenía que ser sucedió, una orden real le quitó a mi tío Espoz, el mando de la de la División de Navarra. Ello propició la defensa a los ideales, y de militares leales nos convertimos, que conste por necesidad, en conspiradores, apoyados por las logias.

Tuvimos, qué ironía, pedir asilo a Francia. No quiero, general, aburrirle con tantos antecedentes. Más tarde y ante el temor de ser extraditados huí a Inglaterra donde fui bien recibido, protegido y tuve, para fortuna, el conocimiento y gentil apoyo de grandes personajes afines a mis inquietudes. Uno de ellos, fray Servando Teresa de Mier. Él fue el que me convenció de venir a esta bendita tierra mexicana, que hoy cubre mis huesos.

Hubo gracias a los hermanos liberales, contactos y apoyo económico; se logró en poco tiempo llevar el pensamiento a la acción y armamos una expedición para apoyar a los insurgentes mexicanos. Me dirigí a América y ésto o parte de ello lo conoce usted, pero permítame recrearlo.

Fue el 5 de mayo de 1816 que nos embarcamos de la Gran Bretaña hacía América. Tuve para fortuna, la suerte, en Norteamérica, de rodearme de militares de diversas nacionalidades, afines en experiencia e ideales. Hom- bres todos disciplinados. Los recursos económicos que fluyeron de diversas fuentes, hicieron posible la adquisición del transporte marítimo, toda vez que la intención era llegar a México por mar; a encontrarle a usted precisa- mente, mi general.

Compramos una fragata, "*La Caledonia*", puesta bajo la responsiva de un conde alemán, el coronel Ruuth. También una goleta, la que quedó al mando del teniente coronel Myers y así, desde la costa de Virginia, el rumbo fue hacía Santo Domingo; era, lo recuerdo, 1º de septiembre de 1816.

El fray Mier con otra goleta, intentó el contacto con ustedes; para entonces bajo su mando se controlaba Boquilla de Piedras, puerto estratégico en el Golfo de México para nuestros propósitos.

De Baltimore y con mi estado mayor, el 27 del mes indicado, salí hacía Haití, donde el presidente, general Petión, nos auxilió y atendió nuestras necesi- dades. Ahí formé, al mando del coronel Young, una compañía de efectivos que no hablaban castellano, pero lo que no fue causa para dejar de afiliarse a la misma. Le nombramos "*Guardia de Honor del Congreso Mexicano*", pero no pudimos llegar a usted; había perdido su posición de Boquilla de Piedras, dirigiéndose a Nautla, donde según me enteré no le fue muy bien.

Teníamos barcos, el "*Cleopatra*" y otro que igualmente rebautizamos como "*Congreso Mexicano*", ambos adquiridos en Nueva Orleans. Los planes cam- biaron y llegamos el 22 de abril de 1817, a Soto la Marina. Lo demás, mi general Victoria, lo sabe usted.

Perdone mi abuso; de lo que siguió prefiero no recordar y menos mi muer- te. No descanso aún.

Esta alucinación, sumada a las anteriores, divertían a don Guadalupe Victoria, pero más bien eran pretextos para reflexionar lo que siguiera: establecer un orden y en ello, o por ello, se dieron nuevas cavilaciones.

1820 – 1821 CONTRAREVOLUCIÓN PACÍFICA

Agustín de Iturbide es visualizado a partir de sus acciones contra los insurgentes y, por su avidez de poder; fue un personaje ambicioso y aparentemente desubicado y superficial, cuyo egocentrismo quedó materializado al hacerse de un trono, de un efímero imperio. ¿Ese fue Iturbide?.

Bajo otro enfoque fue *El libertador*; protagonista, ni más ni menos, de la consumación de la Independencia, sin más sangre, ni inútiles muertes, que sí fueron fenómeno recurrente de una guerra civil que con sus altibajos duró poco más de 10 años (1810 – 1821).

La autoevaluación del actuar de Iturbide puede apreciarse en su diario militar y también, en su denominado: *Testamento Político*; desde Liorna, Italia (27 Sept. 1823).

Se le puede apreciar a través de cronistas de su época; algunos, sus partidarios o simpatizantes; otros, acérrimos enemigos.

Iturbide, dinámico; el de épocas distintas, el de carne y hueso, es el reto de un replanteamiento, considerándole como el protagonista que culminó lo que actualmente se conoce como la *contrarrevolución*, la que propició el gran paso de transición hacia el México independiente, pero también constructor de un nuevo esquema de gobierno, en el que como descalificado personaje, tuvo que soportar el precio de la emancipación y cuya gestión efímera y por cierto muy accidentada, fortaleció el republicanismo que hasta ahora identifica al pueblo mexicano.

Debilitamiento virreinal, afanes libertarios.

La joya de la Corona: la Nueva España, fue dominada desde la Conquista y durante tres siglos como una colonia; lo mexicano se sustentaba en una población asimétrica, con mayoría indígena y un sistema de castas, donde el poder formal e informal era monopolizado por una burocracia peninsular; por una creciente participación decisoria de criollos; por la inclusión de mestizos; por la acotada presencia de extranjeros y por la cruda diferencia de libres y esclavos.

La formal estructura del poder, clasificábase bajo esquemas de burocracia civil y la fuerte presencia de grupos privilegiados con propios fueros, como la milicia y la Iglesia.

El poder informal: las oligarquías en las ciudades y en el campo; también los gremios, los consulados, cofradías y propietarios mineros; todo ese conglomerado en plena actividad; por otra parte la educación, apenas elemental para la minoría, pues era aún más selecta, tratándose de enseñanza superior; en la que siempre juegan papel preponderante el concurso de diversas congregaciones religiosas, entre las que destaca la orden de los jesuitas.

El control centralizado propició, por necesidad burocratismo, mismo que anquilosado se cuestionó por la misma autoridad real. Ensayáronse esquemas diversos de control gubernamental; virreyes, audiencias, sistemas de alcaldías, poder compartido. Se militarizó la seguridad territorial e incluso, se subastaban al mejor postor actividades de autoridad.

La Inquisición en ese tiempo se fortalece y un esquema de pesos y contrapesos, así como nuevos aires reflexivos a finales del siglo XVIII propician, al darse cambios dinásticos en la monarquía española, un movimiento de nuevas estrategias, en el ánimo de fortalecer controles y no perder posiciones. La llegada de los borbones y asesores, son causa de una evolución forzada para *modernizar* el control de las colonias, mismo que con la espada desenvainada, entre otras no menos agresivas acciones, provoca la expulsión primera de jesuitas, no obstante el rechazo a la medida, por cierto cruelmente castigado.

La invasión napoleónica e ideas heredadas de la *Ilustración Francesa*, de igualdad básicamente, son ingredientes de renovación e incluso crítica al actuar tibio de los monarcas; el cambio generacional toma riendas en el asunto y tendencias liberales son caldo de cultivo para afanes libertarios e independentistas, no sólo en la España misma, sino lo preocupante, en sus colonias. Así, la historia consigna también en la Nueva España infinidad de conspiraciones, en las que juegan papel importante grupos secretos de intelectuales, militares descontentos, criollos con ánimo de autosuficiencia y, no faltaba más, arribistas.

El fenómeno no sólo se da en las colonias españolas; los Estados Unidos de Norteamérica viven su propio afán libertario y son paladines a imitar sus

personajes independentistas, situación en la que poco ausentes están otras potencias extranjeras, cuyos intereses económicos se verían beneficiados, de apoyar a esos movimientos insurgentes.

La visión de un protagonista.

Lorenzo de Zavala³⁸, yucateco y personaje mal calificado por la historiografía nacionalista, lo que no le resta méritos de historiador reflexivo, escribe en su obra: *Ensayo Histórico de las Revoluciones de México*, desde 1808 hasta 1830, lo siguiente, texto que por sí sólo es elocuente y explicativo:

“La revolución de Nueva España...principió en 1808, cuando por efecto de la invasión hecha en España... quedó aquella nación acéfala y entregada a los gobiernos populares que se establecieron...bajo la dirección de jefes que no tenían otra misión que las inspiraciones de un patriotismo ciego y tumultoso. Las autoridades de las américas, no se creyeron bastante legítimas para continuar por sí solas en los gobiernos que habían obtenido de un monarca que había desaparecido...la incertidumbre de lo que sucedía en la Península les obligaba a ocurrir a la verdadera fuente de toda sociedad, a la voluntad del pueblo representado entonces por los ayuntamientos y otras autoridades”.

Cambio de esquema burocrático y de control.

“Desde 1714 empezó a tomar fuerza la tesis de una transformación administrativa para la Nueva España, misma que dio pie a las denominadas grandes *reformas políticas del siglo XVIII*; en efecto, la gran y poderosa burocracia española se cuestionó...ante los problemas económicos derivados, entre otras causas,...al pobre control de los ingresos públicos. Esta idea, compartida por una generación de políticos de carrera, fue apoyada por la familia Borbón, la que finalmente da su nombre a la reforma, entre cuyos líderes y prácticos destacó José de Gálvez³⁹, visitador de la Nueva España”.

Lo manifestado se concretó en el esquema de intendencias, que propició una reorganización territorial y un reforzamiento del poder central. Así, fueron en la Nueva España 12 intendencias, a saber: Arizpe, Durango, Guadalajara, Guanajuato, Mérida, México, Puebla, Oaxaca, San Luis Potosí, Valladolid,

Veracruz y Zacatecas. Esta figura de administración pública comenzó a funcionar en 1787.

Iniciado el siglo XIX, no obstante la implementación de las intendencias, el debilitamiento del esquema virreinal era evidente y motivo de preocupación; los síntomas de ello fueron básicamente los siguientes:

- a).- *No continuidad del poder central.*
- b).- *Algunos conflictos jurisdiccionales.*
- c).- *Debilitamiento de la figura del intendente.*
- d).- *Fortalecimiento de grupos (oligárquicos).*
- e).- *Crecimiento demográfico.*
- f).- *Crisis económica (desabasto, epidemias, secas, préstamos forzados, etc.).*
- g).- *Nuevas ideologías (tendencias liberales; manifiestas o cerradas).*
- h).- *Intentos independentistas (rebeliones, conspiraciones).*
- i).- *Apreciación de la crisis en España.*
- j).- *Fractura de la democracia monolítica.*

Una cruenta guerra civil (1810 – 1821).

El movimiento iniciado por Hidalgo y frente a él, la rápida respuesta del ejército realista, convulsionaron a las autoridades virreinales; se inició un sistemático proyecto de aniquilación al movimiento insurgente. Así, los primeros implicados en lo que sería el inicio de una guerra civil, en singulares campos de batalla se enfrentaron; sin embargo, los insurgentes, no obstante que entre sus filas había algunos militares de carrera, como ejército tenían debilidades, destacaban entre ellas, la anarquía y falta de disciplina, a lo que se sumaron las discrepancias de criterio en los altos mandos. La gesta de Hidalgo poco duró; se le hizo prisionero a poco más de 10 meses de iniciado su movimiento; se instauró juicio en contra de él y otros más. Sentenciados fueron pasados por las armas y como escarmiento y advertencia, las cabezas de esos caudillos fueron puestas, durante meses, a la vista del pueblo. Sin embargo, lo que parecía la terminación de una rebelión, fue el inicio de toda una revuelta, en la que muchas vidas se perdieron y bastantes protagonistas aparecieron como carismáticos representantes de los bandos contrarios.

Mucho en verdad se ha publicitado, sobre todo en la historia oficial mexicana, la figura de los insurgentes, elevados la mayoría de ellos a rango de mitos. Verdaderamente y en honor a la verdad, algunos de los próceres tuvieron el mérito de la congruencia, la valentía, el patriotismo, mas no todos, habida cuenta que como conglomerado, si bien es cierto que se les identificaba como insurgentes por el hecho de guerrear contra los realistas, entre ellos había no sólo caudillos, sino personas que a río revuelto aprovecharon las circunstancias.

Esa guerra civil, hoy identificada como secuela de guerrillas y emboscadas, forjó, al paso de los años, una cultura militar que generó disciplina y altos mandos. Así, la estafeta fue tomada por el insigne Morelos, quien rodeado por estrategias naturales como Matamoros y los Galeana, poco a poco consolidaron un ejército más estructurado, lo que apreciado por las autoridades realistas, implicó el que también éstas se fortalecieran con personas preparadas, muchas de las cuales, años después, se les vería como protagonistas de la política del México emancipado, como fue el caso del mismo Iturbide, Santa Anna⁴⁰, Bustamante⁴¹, Celestino Negrete⁴² y otros más.

Así, durante casi una década, México fue escenario de una lucha fratricida en la que generalmente la insurgencia era debilitada y fue así, porque en ella misma hubo discrepancias, aunque algo digno de mención fue la búsqueda de la justificación y legitimidad del propio movimiento insurgente, apoyado abierta o clandestinamente por grupos como *los Guadalupe*. Hubo incluso una muy eficaz prensa insurgente, respaldada por la pluma y el ingenio de personas visionarias, sin dejar de mencionar la simpatía que desde el exterior se tenía por esta causa, cual fue la incursión de Mina, apoyado por la ideología de fray Servando Teresa de Mier.

Hubo indultos ofrecidos por los virreyes Calleja, Venegas y Apodaca y tiempos aciagos para los insurgentes, sobre todo a partir de 1818. Guadalupe Victoria y Guerrero resisten; sin embargo, algo tenía que suceder para alcanzar el objetivo y ello se dio, a partir de una contrarrevolución pacífica, por cierto más política.



EL RETORNO

El triunfo de los liberales defensores de la Constitución de Cádiz, políticos y militares provocó, era de esperarse, nuevos acomodos, tanto en la administración pública en la Península, como en sus colonias; éstas la mayoría para ser precisos, vivían tiempos de guerras civiles que desgastaron a los habitantes así como a sus economías. Por supuesto, atrás de toda la situación, se observaba el trabajo de los diversos talleres masónicos, preocupados por colocar a sus hombres en puestos claves.

De igual manera se observaba, pero ahora con el respaldo de la legitimidad, el debilitamiento de instituciones que con su actuar habían agravado los intereses de los liberales; cesaron, por ejemplo, las funciones de la Santa Inquisición y de igual forma las del Tribunal de la Acordada.

Las logias militares también obtuvieron para las personas de algunos de sus participantes, nombramientos y canonjías; aparecieron como nuevas autoridades, individuos que incluso en el pasado inmediato habían sido perseguidos, reprimidos o incluso encarcelados; personas, algunas, que habían hecho el juramento aquel de: *“Esta es mi suerte, constitución o muerte”*.

Y aunque la Corona Española – institución respetada – ahora tenía a la fuerza que plegarse a un nuevo modo de gobierno, como monarquía constitucional, se apreciaban facciones de radicales que oponiéndose a la aparente avasalladora fuerza de los liberales, evitaban o estorbaban algunas decisiones tomadas desde las Cortes, o desde algunas logias.

El control en las colonias justificaba cambio de estafetas y se abandonaron nombramientos y títulos, para inventar otros; éstos más acordes al nuevo sistema político que se intentaba establecer. Así, el representante del rey, dejaba de llamarse virrey, para convertirse en *jefe político superior y capitán general*, nombramiento que en su oportunidad recibiría don Juan O'Donjú⁴³.

Por supuesto que tarea obligada, al obtenerse el triunfo desde el levantamiento militar de Riego, fue liberar de la cárcel, tanto en España, como en la América, a todos los presos políticos; en efecto, se beneficiaron entre otros y en México, antiguos insurgentes caídos en desgracia, como el Lic. Ignacio López Rayón, don José Sixto Verduzco⁴⁴ y don Nicolás Bravo; éste último muy comprometido con las logias masónicas denominadas de escoceses.

Algunos más, insurgentes que se habían acogido a los indultos ofrecidos por las autoridades realistas, se paseaban para dejarse ver; intentaban retomar algunas posiciones, o deseaban ser reconocidos.

En ese pantanoso acontecer, la *contrarrevolución* en México era un hecho y de las juntas secretas de La Profesa, salían indicaciones para procurar un acercamiento con aquellos pocos, pero poderosos jefes insurgentes que como Guerrero, aún estaban no sólo en pie de lucha, sino incluso fortalecidos por sus simpatizantes y por ese carisma casi de héroes, que también sus enemigos respetaban.

Otro golpe de las Cortes de Cádiz, el 17 de agosto de 1820, fue la orden para suprimir a la Compañía de Jesús. Este poderoso grupo religioso fundado por Ignacio de Loyola – militar por cierto – tuvo dorada época en México, de 1700 a 1767, año éste último de su primera expulsión de territorios españoles y sus colonias.

El Papa Pío VII, la había reestablecido el 7 de agosto de 1814 y esta segunda expulsión implicó igualmente la confiscación de sus propiedades, que no eran pocas y sí muy valiosas.

Todo este movimiento ideológico daba la pauta, bajo el control de don Agustín de Iturbide, para iniciar una singular estrategia política, cuyo objetivo fue neutralizar cualquier movimiento armado, que buscara conciliar a todos aquellos que, enemigos en el pasado reciente, ahora podrían aliarse, como así sucedió. Poco a poco hubo acercamientos entre realistas e insurgentes y fue entonces cuando se dió el singular retorno a la vida pública, de aquel que muchos daban por muerto: don Guadalupe Victoria.

En efecto, el *hombre leyenda*, el mito vivo, regresó como triunfador.

De cómo fue su retorno, hay versiones, pero la más socorrida, porque infundía en el imaginario popular las esperanzas, era aquella que buscado en las montañas por algunos indígenas que le eran fieles, fue rescatado; que se le convenció regresara a la civilización; que era él, el caudillo esperado que podría dar brillo, ahora en la búsqueda de la paz, al anhelado objetivo de la independencia y formación del nuevo país; por ello don Guadalupe Victoria dejó de ser anacoreta; dejó de convocar mentalmente personajes, para justificar su pasado y fortalecer convicciones; dejó de malvivir, y abandonó

su cubil o como lo recreó un escritor; salió a la luz pública: “Después de 30 meses de estar tan desnudo como Adán, solo, enfermo, botado en el suelo sin más alimento que yerbas y raíces de árboles”.

Don Guadalupe, con 35 años y un carisma evidente, tuvo por circunstancia que ser aprovechado por quienes vieron en él una oportunidad política; se capitalizó su leyenda, sus convicciones, la aclamación popular de ser el modelo de insurgente no corrupto, su sacrificio; en fin, era y podía ser el hombre que la nueva nación requería, de concretarse proyectos como el respaldado por *El Plan de Iguala*, del que Iturbide se decía defensor.

Pero si Guerrero para el exrealista don Agustín representaba un reto, don Guadalupe Victoria – *El Resucitado* - era un peligro por su popularidad, que crecía día a día y que por lo tanto, podía estorbar o eclipsarle.

Don Guadalupe fue al reaparecer, recibido con grandes muestras de cariño; Santa Anna, le dio una forzada bienvenida. No tuvo más remedio que darle su lugar; le cedió el mando, pero aquél, conocedor de por dónde éste su antiguo enemigo jugaba su plan, pidió entrevistarse con el hombre clave, con don Agustín de Iturbide, aquél que igual le persiguió.

Sorprendió a don Guadalupe Victoria el nuevo panorama; los que ayer se mataban entre sí, ahora eran amigos; al fin militares, se dieron cuenta que juntos serían el nuevo poder. La desaparición oficial de un ejército realista y del grupo disperso de insurgentes, para fusionados convertirse en un ejército trigarante era la novedad, el medio, el aparente comportamiento futuro. Pero también apareció ese grupo de políticos, en algunos casos advenedizos, que se valieron de la coyuntura; buscaron acomodo y a río revuelto, ganancia de pescadores. ¡Qué mundo!

Enfrentado a otra realidad, don Guadalupe pronto se vió rodeado de los que se decían amigos, admiradores; aquellos que veían en él a la persona adecuada, al que había que seguir para obtener algo.

Antes de entrevistarse con Iturbide, debió Victoria entender el alcance de ese tan mentado documento, que parecía el nuevo respaldo en materia política: *El Plan de Iguala*.

Leía mucho y entre otros documentos, también repasó la primera versión de la memoria de Mier; aquel farragoso, pero no por ello interesante ensayo

de gran título, propio de la época, denominado: “*Memoria Política Instructiva Enviada Desde Filadelfia a los Jefes Independientes del Anahuac, Llamada por los Españoles Nueva España*”, material que defendía la posibilidad de un gobierno a establecer, bajo la modalidad de república federal.

Pero retomemos el tema del regreso de don Guadalupe; don Vicente Rocafuerte, irónico escritor de la época, recrea ese pasaje que se convierte en histórico.

“...Lo recibe el pueblo con el mayor entusiasmo, con aquel entusiasmo noble que inspira el verdadero mérito y el acendrado patriotismo, no con la algaraba de gritos y vívas comparados a la plebe más ruin, por un vil interés. El comandante de aquella provincia – puesto por Iturbide – le ofrece el mando, en atención a sus méritos y a la graduación de teniente general que le había dado la Nación Mexicana... Toda la Provincia le pide por jefe; pero él que sólo aspira a la felicidad de la patria, nada admite; examina las bases en que se funda su libertad; medita atentamente los artículos del Plan de Iguala, y ve que nada hay más opuesto a ella que su contenido. Parte al punto de Córdoba, con una pequeña escolta, que más bien podía considerarse una compañía de amigos, y se dirige a San Juan del Río en donde supo se hallaba Iturbide. Se le presenta, lo felicita y le agradece a nombre de la Nación el empeño que manifiesta de querer hacerlo libre; pero le hace ver con energía, que su plan está enteramente errado, lleno de mil defectos que podían ocasionar infinitos males a la patria; le pide que los corrija y con este objeto le presenta algunos apuntes en que proponía un sistema de monarquía moderada... Iturbide le escucha, no encuentra razones con que desvanecer las suyas y apela al ordinario recurso del engaño...que todo lo que hacía era provisional.”

Así, Iturbide, con un fino y político movimiento de ajedrez, hizo a un lado a don Guadalupe y se ocupó de otro reto, dar seguimiento a la correspondencia con Guerrero, toda vez que éste no aceptaba el indulto ofrecido, mas sin embargo deseaba colaborar; si en verdad se trataba de lograr la independencia.

La historia consigna lo que siguió: el famoso *abrazo de Acatempan* el 10 de febrero de 1821; cesaron así, oficialmente, las hostilidades entre realistas e insurgentes.

DE CÓMO SE CONSUMÓ LA INDEPENDENCIA: ¿UNA CONTRARREVOLUCIÓN?

Cuando Fernando VII claudica y acepta el triunfo constitucional y en consecuencia la validez y obligatoriedad de la Constitución de Cádiz, en las colonias americanas prende ante la oportunidad, una conjura más específica: independizarse y llamar a un príncipe de la familia reinante en España.

Los sentimientos en México son encontrados, aparecían grupos liberales y antiliberales; entre los segundos destacará el trabajo de algunos individuos, cuyos frutos fueron entre otros, las reuniones de *La Profesa* que buscaban debilitar la Constitución, a través de una contrarrevolución pacifista, pero eficaz.

El plan consistía en dar legitimidad y para ello se necesitaba de la figura de un personaje; un criollo carismático que propuesto al virrey Ruíz de Apodaca, fue Iturbide. Éste aceptó; se le nombró *Comandante del Sur* y su misión primera, fue abatir al general Guerrero, uno de los últimos caudillos insurgentes o, de ser posible, que éste aceptara el indulto.

Iturbide, con plenos poderes, recibe la oportunidad y no la desaprovecha; deja a un lado su militarismo e inicia el camino político: necesitaba un proyecto que fuera suyo o al menos atribuible a él; el resultado como se ha indicado, fue el *Plan de Iguala*.

Iturbide contactó vía comunicación epistolar a Guerrero; éste, *sí no podía ganar la Independencia por las armas*, tenía otra posibilidad y se la ofrecía, que paradoja, un realista, Iturbide.

El Plan se proclamó el 24 de febrero de 1821 y consistía en lo siguiente:

- “1.- *La religión católica apostólica romana, sin tolerancia de otra alguna.*
- 2.- *La absoluta independencia de este reino.*
- 3.- *Gobierno monárquico, templado por una constitución análoga al país.*

- 4.- *Fernando VII y en su caso los de su dinastía o de otra reinante, serán los emperadores, para hallarnos con un monarca hecho y precaver los atentados de la ambición.*
- 5.- *Habrá una junta, ínterin se reúnen Cortes que hagan efectivo este plan.*
- 6.- *Ésta se nombrará gubernativa, y se compondrá de los vocales ya propuestos al señor virrey.*
- 7.- *Gobernará en virtud del juramento que tiene prestado al Rey, ínterin, éste se presenta en México y lo protesta, entonces se suspenderán todas ulteriores ordenes.*
- 8.- *Si Fernando VII no se resolviera a venir a México, la Junta de la Regencia mandaría a nombre de la Nación, mientras se resuelva la testa que debe coronarse.*
- 9.- *Será sostenido este gobierno por el ejército de las Tres Garantías.*
- 10.- *Las Cortes resolverán si ha de continuar esta junta o sustituirse por una regencia, mientras llega el Emperador .*
- 11.- *Trabajarán luego que se unan, la Constitución del Imperio Mexicano.*
- 12.- *Todos los habitantes de él, sin otra distinción que su mérito y virtudes, son ciudadanos idóneos para optar cualquier empleo.*
- 13.- *Sus personas y propiedades, serán respetadas y protegidas.*
- 14.- *El clero secular y regular, conservado en todos sus fueros y propiedades.*
- 15.- *Todos los ramos del Estado, y empleados públicos, subsistirán, como en el día, y sólo serán removidos los que se opongan a este Plan, y substituidos por los que más se distinguan en su adhesión, virtud y mérito.*
- 16.- *Se formará un ejército protector, que se denominará de las Tres Garantías, y que se sacrificará del primero al último de sus individuos, ante la más ligera infracción de ellas.*

- 17.- *Este ejército observará a la letra la Ordenanza, y sus jefes y oficialidad continúan en el pié en que están con la expectativa no obstante, a los empleos vacantes y a los que se estimen de necesidad o conveniencia.*
- 18.- *Las tropas de que se componga se considerarán como de línea y los paisanos que quieran alistarse, se mirarán como milicia nacional, y el arreglo y forma de todas, lo dictarán las Cortes.*
- 19.- *Los empleos se darán en virtud de informes de los respectivos jefes, y a nombre de la Nación provisionalmente.*
- 20.- *Ínterin se reúnen las Cortes, se procederá en los delitos con todo arreglo a la constitución española.*
- 21.- *En el de conspiración contra la independencia se procederá a prisión, sin pasar a otra cosa hasta que las Cortes dicten la pena correspondiente al mayor de los delitos, después del de lesa majestad divina.*
- 22.- *Se vigilará sobre los que intenten sembrar la división y se reputarán como conspiradores contra la independencia.*
- 23.- *Como las Cortes que se han de formar son constituyentes, deben ser elegidos los diputados bajo este concepto. La Junta determinará las reglas y el tiempo necesario para el efecto”.*

Iturbide respaldó no sólo su legitimidad con el texto del *Plan de Iguala*, sino su proyecto para tomar el control del país, consumada la independencia. Hizo los amarres necesarios y su preocupación fue instaurar un nuevo esquema de gobierno.

Dadas las circunstancias, el gobierno virreinal tendría que ser debilitado y ello se logró, cuando se reconfirmó – con un simil de golpe militar – y se reestructuró un nuevo ejército, paladín de las tres garantías *religión, independencia y unión*, con las que con todos se quedó bien.

Pero Iturbide tenía que obtener otro logro, consistente éste en allegarse para su causa, la simpatía y compromiso de los sobrevivientes de ser posible, caudillos insurgentes y, en especial, el respaldo de Vicente Guerrero y otros, como Guadalupe Victoria.

Iturbide tenía que formar alianzas para su propósito, y su fortalecimiento se consolidó con la renuncia del virrey Apodaca y la salida del país de algunos militares realistas, que no vieron con buenos ojos el poder que adquiría, día a día, el conspirador de La Profesa.

Agustín Cosme Damián: ¿Quién era?

Nació en Valladolid, actualmente Morelia, el 27 de septiembre de 1783; su padre, español, de nombre José Joaquín, se casó con una criolla, María Josefa Arámburu.

Biógrafos dan cuenta de su niñez, la que transcurrió sin mayores noticias, pero que coinciden: era un niño inquieto, a quien sus sirvientes apodaban *El Dragón de Fierro*. En 1800, con 17 años de edad, fue nombrado alférez y 5 años después, el 27 de febrero de 1805, se casó con una bella criolla de familia prominente, Ana María Huarte⁴⁵.

Fue contactado por Hidalgo; se le ofreció se uniera al movimiento insurgente que buscaba por las armas, la Independencia. El se negó y por el contrario, combatió desde entonces a los insurgentes. Ya en acciones de guerra, llevó un diario y su capacidad lo distinguió, al tiempo que su carrera militar se consolidaba. Así obtuvo, después de la batalla de Salvatierra, rango de coronel; tiempo después logró la captura del insurgente Albino García, lo que le valió ser ascendido a teniente coronel.

Después de los sucesos de Oaxaca, Morelos estaba al frente del movimiento insurgente y con tropa más experimentada. A Iturbide se le nombró teniente general; para esas fechas, *El Siervo de la Nación*, era la carta fuerte de los insurgentes; Iturbide, la de los realistas.

Vencerá a Morelos, y se le premia con el nombramiento de Comandante General del Bajío.

Durante su controvertida carrera militar, Iturbide será acusado de abuso de poder en provecho propio; sin embargo, para 1816 su situación económica era difícil y de ese año a 1820, su actividad militar no trasciende; se dedica a sus particulares asuntos. En 1820 Armijo, otra carta fuerte de los realistas, renunció y su lugar fue ocupado por Iturbide, con la responsabilidad



de hacerse cargo de la Comandancia del Sur. Apodaca le dió el mando y a partir de esa fecha, no fue militar, sino político y figura carismática.

Iturbide, el *Pigmalión de América*, como fue apodado por algunos de sus enemigos, logró sin derramamiento de sangre, pero con paso firme, establecer convenios; en primer término agrupó a su alrededor ideólogos, los que propiciaron con sus contactos, la formación de un equipo de personajes que se dedicaron a convencer a los oligarcas, de la conveniencia de apoyar el movimiento; así, milicia, comerciantes, mineros, grandes propietarios y hasta figuras del clero se sumaron, en un ambiente nacionalista a la algarabía de sentirse libres y esperanzados a mejores tiempos. El pueblo igualmente se entusiasmó y las clases bajas y medias, igualmente se sumaron, sobre todo cuando antiguos y reconocidos insurgentes apoyaron a Iturbide.

Iturbide recibió noticias de que ante la renuncia de Apodaca, O'Donoju fue nombrado Jefe Político Superior para la Nueva España; con él, precisamente con ese liberal reconocido, buscaría concretar su plan, para así formalizar el anhelado sueño: la consumación de la independencia de México.

¿Cómo se consumó la independencia de México?.

O'Donojú era un liberal, masón comprometido, que si llegó a figurar como personaje de la independencia mexicana, fue por el apoyo que recibió de aquellos que en España lograron fortalecer la monarquía constitucional. En efecto, varios diputados mexicanos a Cortes en España, vieron en O'Donojú al hombre que se necesitaba para fortalecer y concretar la *contrarrevolución* generada en México. De hecho, el Plan de Iguala respaldado de Iturbide, se gestó en el secreto de las logias, como también es conocido que los insurgentes reconocidos como los caudillos con los que se tenía que pactar y que fueron Guerrero y Guadalupe Victoria, entre otros, también se iniciaron en logias masónicas diversas.

El 6 de agosto de 1821 O'Donojú escribe a Iturbide; éste le contesta el día 11 y se propone el encuentro en Córdoba, Veracruz; el 24 de agosto firman los tratados en los que se proclama y reconoce la independencia de México.

Tiempo después, Iturbide, triunfante entra a la Ciudad de México, al frente del denominado *Ejército Triguarante* y, en apego a lo establecido en el Plan

de Iguala, se instala la Junta Provisional Gubernativa. El 28 de septiembre se firma la llamada Acta de Independencia.

Para el 3 de octubre, la Capitanía General de Guatemala (*formada por Chiapas, Guatemala, San Salvador, Nicaragua, Costa Rica y Honduras*), declara a su vez su independencia y su incorporación al Imperio de México.

Lograda la pacificación – no más lucha contra los insurgentes –, la separación y liberación de la Madre Patria, así como la estructuración de un respaldo militar fuerte, que dio origen al nuevo ejército del que Iturbide era la superioridad, se buscó más legitimidad para la nación liberada, a través de un gobierno definitivo, razón que urgía hacer desaparecer *la Junta Provisional* y mientras se tuviera a un monarca o emperador; establecer una autoridad con suficiente fuerza moral y legal, situación que justificó la *Regencia del Imperio*, integrada por el propio Iturbide, O'Donojú, Manuel de la Bárcena, José Isidro Yañez y Manuel Vázquez de León.

Esa Regencia, apenas iniciadas sus labores, se vió afectada por la repentina muerte de O'Donojú (*muere de apoplejía*).

Por supuesto, para auxiliar a la Regencia, se nombraron ministros y éstos fueron:

José Manuel Herrera, en Relaciones Exteriores; José Domínguez, en Justicia y Negocios Eclesiásticos; Antonio Medina, en Guerra y Marina y Rafael Pérez Maldonado, en Hacienda.

Los funerales de O'Donojú se celebraron con grandes honores, los mismos que se tributaban a los virreyes. Fue sepultado, no obstante su anticlericalismo, en la Catedral de México y a su viuda se le apoyó con una pensión, habida cuenta su precaria situación económica. En la Regencia le sustituyó el obispo de Puebla, Antonio Joaquín Pérez.

Todo lo narrado fueron los sucesos relevantes; sin embargo, emanciparse de España propició otros problemas; el principal, balancear las opiniones de cómo estructurar el poder para la nación liberada. La economía mexicana estaba débil; los grupos políticos que en principio se sumaron a la consumación de la Independencia, eran sin embargo antagónicos y ello se hizo evidente al estar representados en un Congreso Constituyente, recién formado que tendría la difícil tarea de diseñar una Carta Magna y fue con los

diputados del mismo, cuando Iturbide empezó a tener problemas, los que se agravaron con *la Conspiración de los Americanos* Ilustrados. En efecto, ese grupo presionó a Iturbide, para que dejara al pueblo en entera libertad; y como contaban esos individuos con tropas comprometidas; aquello fue el equivalente a un mini golpe de Estado. Entre los inconformes, que fueron denunciados, varios antiguos insurgentes, Victoria entre ellos; aunque a decir verdad, éste no había tenido parte directa en la conspiración, mientras que otros, incluso ex – militares insurgentes y realistas, sí se habían comprometido, cual fue el caso de Bravo, Barragán y otros. Iturbide, conocedor de este movimiento en su contra, ordenó fueran arrestados los conspiradores, pero al tener éstos tropas a su mando, se dificultó la orden. Victoria fue encerrado, para tiempo después fugarse.

En abril de 1822, desde el Congreso y a través de algunos personajes liberales, se insiste sobre la situación de Guadalupe Victoria, diputado que había sido electo por su estado Durango y que no se había incorporado a los trabajos legislativos, por estar huído y procesado.

Polarizada la figura de Iturbide, pesa más su carisma y en el ánimo de la gente pensante, la preocupación es el reto mayúsculo de, para evitar la anarquía, estructurar y organizar un gobierno. Las opciones eran la monarquía y preferentemente constitucional, pero también, por qué no, una república.

Sin embargo, tiempo antes, habían empezado a circular panfletos a favor de Iturbide, a quien se le bautizó como *Inmortal Libertador*, *Nuevo Moisés*, *Protector de la Iglesia*, *Grande Varón de Dios*, *Victorioso David*, etc. El culto popular a su personalidad crecía día a día y militares, diputados, políticos, así como periodistas, como un Fernández de Lizardi y el entonces joven Gómez Farías, sugirieron que él, Iturbide, debía estar al frente. No bastaba que fuera presidente de la Regencia, ni comandante superior del *Ejército Trigarante*, incluso que se le nombrara *Alteza Serenísima* y que fuera público que económicamente había sido premiado con tierras en Texas y un salario anual, superior al que antaño recibían los virreyes. Era *El libertador*; tenía que reconocersele al frente de la Nación como la máxima y única autoridad.

Un efímero Imperio

No obstante que en octubre de 1821 Iturbide emitió un manifiesto, y de manera formal declaró no tener aspiraciones al trono y que incluso su vida

política era de transición, para posteriormente y arreglado el asunto retirarse a la vida privada, lo cierto es que había muchos intereses para proclamarle emperador; así como reacciones adversas a él, pero en la balanza de la opinión pública, minimizadas.

Los más altos comandantes del ejército querían que Iturbide fuera emperador y ello así sucedía, dado el respaldo que éste les daba. Iturbide quería un ejército más grande, mejor dotado. Así, la noche del 18 de mayo de 1822, una manifestación de militares, a la que se sumó el pueblo, llegó hasta su residencia para pedir, e incluso demandarle, aceptara el trono del Imperio Mexicano.

El 19 de mayo, el Congreso fue presionado por los militares; 62 del más alto rango urgían a la legislatura considerara el asunto de la elección de Iturbide. El Congreso cedió.

El *diputado Valentín Gómez Farías*⁴⁶ [posteriormente masón prominente durante muchos años y defensor de la República como forma de gobierno] presentó una propuesta para proclamar emperador a Iturbide.

El Congreso decretó, en junio, que la monarquía era hereditaria; otorgó títulos de príncipes a los hijos de Iturbide, al padre y a la hermana de éste y señaló fecha para la coronación, la que tuvo que ser cambiada por enfermedad del elegido. Se creó un Consejo y se autorizó la *Orden Imperial de Guadalupe*, con su ceremonial.

Con gran pompa el 21 de julio de 1822, - duró poco más de 5 horas – se celebró la coronación de Iturbide y de su esposa, como emperadores.

Se formó una *Corte Imperial* de 134 personas con rangos distintos. Se gastó mucho dinero y ese imperio fue efímero, sólo duró 10 meses, pues si bien es cierto que Iturbide no fue derrocado, sino que abdicó, su reinado fue tiempo de crisis y disputas militares, así como de enfrentamientos políticos que dividieron a los prohombres en iturbidistas y antiturbidistas.

Los militares que se volvieron contra él, fueron también casi todos integrantes de logias masónicas; destacaban Negrete, Echavarrí, Vivanco, Cortazar, Lobato, Bravo, Guerrero y Victoria.

Hubo conspiraciones y enfrentamientos. Se proclamó el *Plan de Veracruz* y Guadalupe Victoria que andaba huido lanzó una proclama para buscar, en lugar del imperio, una república federal. Hubo levantamientos sofocados o atemperados y la puntilla fue el *Plan de Casa Mata*, en febrero de 1823.

Se arrestó a un grupo de diputados; hubo deserciones de militares. Iturbide entonces decidió disolver el Congreso y justificó tal decisión por escrito (declaración titulada: *Indicación del Origen de los Extravíos del Congreso Mexicano, que han motivado su disolución*) y en su lugar se proclamó una *Junta Nacional Instituyente*, a la que los enemigos de Iturbide no le concedieron legitimidad, pero que se instaló el 2 de noviembre.

El carisma del emperador Iturbide se debilitaba y pronto se vio abandonado por algunos de sus amigos.

Santa Anna se sumó a los enemigos del emperador; y ante el descontento generalizado se buscó restaurar el Congreso; bajo esa presión política Iturbide aceptó reinstalarlo. *El Plan de Casa Mata* fue la presión militar contra el Imperio; pronto se dio la abdicación.

El 7 de marzo de 1823 se reinstaló el Congreso y el 19, Iturbide presentó el documento de su abdicación.

El 31 de marzo el Congreso nombró un triunvirato para manejo provisional del Ejecutivo: Bravo, Victoria y Negrete.

El destierro

Como consecuencia de la abdicación presentada, Iturbide consideró prudente abandonar el país, en el ánimo de evitar una guerra civil, dado que su presencia podría servir de pretexto para ello; sólo pedía tiempo para arreglar asuntos personales.

El ejército, dividido y mayormente formado por quienes dieron la espalda al emperador, ahora denominado Ejército Libertador, se puso al servicio del Congreso y esta situación desanimó aún más a Iturbide; Se convenció que su renuncia, más que por causas que pudieran considerarse como una derrota, propiciada por sus enemigos y sobre todo por aquellos que se identificaban con el *Plan de Casa Mata*, se justificaba por razones políticas y sobre todo,

para evitar nuevas fracturas que debilitaran el arranque de un país como nación independiente.

Así, la abdicación obligaba el destierro de Iturbide, pero al tiempo propició la negación del *Plan de Iguala* y de todo nuevo intento de buscar una forma de gobierno que se asemejara a un imperio, situación que fortaleció el anhelo de los liberales, simpatizantes de un esquema republicano.

El Congreso para ser congruente con la imagen que de sí deseaba fortalecer, al ser avisado de la abdicación, decidió que tanto el *Plan de Iguala*, como el *Tratado de Córdoba* eran nulos; consecuentemente la elección de Iturbide como emperador tenía vicios de origen; sin embargo, propició y casi forzó la salida del emperador del país, obligándole violentara su destierro.

Se ordenó al general Bravo escoltar a Iturbide y familia hacia la costa y así fue, aunque resultó que en el camino hubo que cambiar la ruta, para evitar muestras de simpatía hacia los expatriados.

El padre y la hermana del emperador⁴⁷, se decidió, siempre no les acompañarían al exilio; con apresuradas negociaciones se contrató por el gobierno, un barco mercante, el *Rawling*, para que transportara a los ex-emperadores y familia, con algunos pocos amigos, desde el Puerto de La Antigua, Veracruz, hacía Italia.

El 11 de mayo zarpó el barco, iniciándose así el obligado destierro de los Iturbide, quienes con otras personas de su confianza, sumaban 28.

Llegados a su destino (Liorna), después de penoso viaje, tuvieron que permanecer en cuarentena, antes de desembarcar. Espiado en sus movimientos por los mexicanos Francisco Borja, Migoni y José María Marchena, el ex-emperador tuvo que enfrentarse al rechazo de intereses políticos, principalmente de los países que conformaban la Santa Alianza. Se contactó con simpatizantes, algunos de ellos británicos, y afrontó penurias económicas, solventadas con la venta forzosa de algunos bienes y préstamos; se dirigió a Inglaterra, después de viajar por Suiza, Alemania y Bélgica. Sus hijos mayores, fue lo prudente, quedaron internos en escuelas; el 9 de marzo de 1824 saldría para Bath, para tiempo después embarcarse en la isla de Wight rumbo a México, lo que sucedió el 11 de mayo en el bergatín *Spring*.

Regreso y muerte

A bordo del *Spring*, cerca de playas mexicanas, el ex – emperador dictó su testamento. Una cierta premonición le había dispuesto a ordenar su vida pública, privada y secreta.

Desde Liorna, en el amargo exilio, habíase dado cuenta de la importancia de aclarar para la posteridad sus acciones.

Su regreso a México era voluntario y su esposa, embarazada, le acompañaba con los pequeños Salvador y Felipe. Hacíase asesorar por don Carlos Beneski de Beaufort⁴⁸, militar polaco de sus confianzas y por otros individuos. Tenía una pequeña imprenta para publicitar las razones de su regreso.

El lugar de desembarco, Soto la Marina.

1824/Padilla, Tamaulipas

A continuación se transcriben algunos párrafos de un documento oficial que inicia con la siguiente fórmula:

“El Congreso Constituyente del Estado libre de las Tamaulipas, a sus habitantes: ...A las 9 del día 13 de este mes se recibió parte oficial en que con fecha 17 del mismo comunica el ciudadano Felipe de la Garza, general de las armas de este Estado; que el 14 arribó a la boca de la barra del Puerto Soto la Marina el bergantín inglés Spring, procedente de Londres con sesenta y cuatro días de navegación conduciendo al extranjero Carlos Veneski (sic), y un compañero suyo; que traían las miras de tratar con el Gobierno de la Federación Mejicana (sic) sobre colonizar en el territorio, a cuyo efecto traían poderes de tres capitalistas irlandeses...a la una del día 16 supo el general Garza⁴⁹...fue Veneski (sic)marchaba al pueblo con un compañero, que por venir disfrazado no se conocía...de luego conoció al disfrazado, que era don Agustín de Yturbide (sic), el que dirigiendo la palabra al general Garza le significó que venía con su esposa y dos hijos, los menores, habiendo dejado la demás familia en Londres...que éste (Garza) hizo conducir a Yturbide preso al pueblo de Soto la Marina, y que allí lo traía a presentar a este Congreso...Entró en discusiones este Congreso y teniendo a la vista el decreto de 28 de abril último...se resolvió...y se libró la orden al gobernador del Estado para que hiciese fusilar a Yturbide...

El día 19 a las 8 de la mañana entró Yturbide en esta villa...a la una del día se le comunicó la resolución tomada...Yturbide pedía se difiriera la ejecución... y a las seis de la tarde...fue pasado por las armas.

...La Nación se libró de un hijo desnaturalizado...

Ciudadanos: he aquí una lección para los que quieren romper las barreras, que ponen la ley y las obligaciones...

Padilla, Julio 22, de 1824."

¡VIVA LA REPÚBLICA!

El 8 de enero de 1823, el general Guadalupe Victoria entra a la moda política de compartir sus personales puntos de vista, a través de la palabra escrita. Es el caso que animado a comprometerse públicamente, da a conocer un documento que la historia registra como la *Proclama a las Provincias de Oriente y Occidente*. En ella manifiesta sus razones de por qué tomó las armas contra Iturbide. Hace una defensa y da los porqués que justifican proclamar una república. Indica que respaldado por su efímera popularidad, Iturbide presionó al Congreso para que le apoyara y que el colmo fue haber ordenado, a través de funcionarios de su gabinete, apresar a diputados que se oponían a sus ideas, acusándoles de conspiradores y que él, Victoria, a ello no había escapado, aunque sí de la cárcel.

En efecto, Iturbide había cometido el craso error de atentar contra algunos diputados, pues los mandó apresar sin justificación; entre otros, a fray Servando Teresa de Mier, al brigadier Herrera, a don Carlos Bustamante, a Fagoaga, a don José Valle, a Echenique, Zabadúa y a Carrasco, a quienes se acusaba de conspirar; éstos perdieron su libertad entre la noche del 26 de agosto y el 27.

Por supuesto, en un gesto de solidaridad y molestia, el Congreso se preguntaba si existía, de parte del gobierno, facultad suficiente para arrestarles. Que en todo caso, se entregaran al propio Congreso a los arrestados, para valorar de lo que se les acusaba.

La reacción ante la negativa del ministro de Relaciones de acceder a lo pedido, implicó un segundo agravio: se dejó entrever la amenaza de que el Congreso se disolvería.

— Se ha violado el Artículo 172 por el ministro de Relaciones, se atreven algunos diputados a denunciar:

Victoria capitalizaba, ahora que Iturbide había caído en desgracia, infinidad de argumentos para soportar la opción de instaurar una república, pero no era él en realidad el promotor de la idea; era todo un grupo que, sin embargo, difería respecto de los detalles.

Se necesitaba de un líder; de un carismático personaje y desde diciembre de 1822, don Guadalupe había sido seleccionado por un nutrido grupo de militares y diputados, como El Hombre. Por lo pronto se le reconoció como jefe supremo del movimiento opositor a Iturbide.

Don Vicente Guerrero y Bravo, ni tardos, ni perezosos le secundaron y nuevamente el poder militar y las componendas políticas se combinaron, para dar un nuevo rumbo al país.

El *Plan de Casa Mata*, en Veracruz fue, como se ha manifestado, la puntilla. A él se adhirieron personajes como Michelena⁵⁰, Ramos Arizpe y de manera destacada, el joven ambicioso Santa Anna. Se creó incluso, una *Junta General de Guerra de Generales*. Así fue como Iturbide quedó abandonado, por los que meses antes, lo habían elevado a un efímero trono.

El lunes de Pascua, 31 de marzo de 1823, se dio en el Congreso la elección de los individuos que participarían en el Poder Ejecutivo y en él, destacaban, claro está, don Guadalupe, el general Bravo, así como el general Negrete; todos éstos, militares.

Pero para don Guadalupe no todo estaba ganado; de hecho, una facción promovida por don José María Fagoaga⁵¹ intentó excluirle de ese triunvirato y en su lugar, proponían al conde de Casa de Heras, o al Lic. don Benito Guerra.

Iturbide se fue al exilio y se da un fugaz encuentro entre él y don Guadalupe, precisamente frente al río La Antigua, previo al embarque, en el Rawlins, de los expulsados.

— General Iturbide, le dice don Guadalupe, reciba usted como muestra de respeto un modesto regalo. Este pañuelo de colores de seda china, que quitándose del cuello le entrega. Iturbide sorprendido le recibe y conservará, como una muestra de respeto de quien fue su enemigo.

Tiempo después, no obstante formar parte del Ejecutivo, Victoria sigue desempeñándose como militar.

EL VUELO DEL ÁGUILA NEGRA

— **M**i general estoy a sus ordenes y deberemos hacer todo cuanto sea necesario para fortalecer su posición. Así se dirigía a don Guadalupe Victoria, el fraile betlemita Simón de Chávez. Este individuo, cubano de nacimiento y avecinado en territorio veracruzano, habíase ganado la amistad y confianza del insurgente más respetado por militares y políticos, que habían propiciado la caída de Iturbide y que junto con Santa Anna, suscribieron el *Plan de Casa Mata*.

Don Guadalupe Victoria, con un pié en el poder oficial, pero con otro comprometido con las instrucciones que el Soberano Congreso le había encomendado, estaba más distraído en sus quehaceres militares, que en las tentaciones políticas. No dudaba que algo tenía que hacerse y a ratos, ante el peso de las responsabilidades cívicas, añoraba los tiempos idos de la lucha contra los realistas, e incluso su tan comentado autodesierto en las montañas.

— Don Simón, ¿qué propone hacer?, ¿cuándo y por qué?. Así, preguntaba a quemarropa y comprometía, porque el general era de pocas palabras, y por ello esquinó al fraile.

— Bueno, yo pensaba que debe usted rodearse de fieles seguidores y...

— Como usted don Simón, dijo el general

— Sí, como yo; aunque a decir verdad, quién soy que pueda dar a usted el respaldo que merece, pues como por todos es conocido, sólo soy un pobre fraile.

— Don Simón, señaló don Guadalupe, no se menosprecie. Si a mi ha venido a inquietarme, tome al toro por los cuernos.

El cura tragó saliva, pero insistió sobre la importancia de estructurar una estrategia; un respaldo, un plan de grandes alcances, toda vez que derrotado el incipiente y fracasado imperio de Iturbide, había tomado fuerza la idea de una república. Por otra parte y como masones iniciados y consecuentemente hermanos, conocían de las ventajas de estar identificados; sin embargo, el fraile no era tonto y bien sabía que a las logias habían llegado toda clase de oportunistas. Por otra parte, eran momentos difíciles, de grandes enfrentamientos dónde sólo los más fuertes sobrevivirían.

— Don Guadalupe, creo que no puede esperar a ver qué pasa. Debemos actuar..

— ¿Debemos?. ¿Cómo don Simón? Déme usted la receta, y así dejó don Guadalupe a su interlocutor en busca de la misma, para señalar:

— Creo, que es insuficiente esperar el apoyo de los militares y muchos menos el de los diputados. Pareciera que aprovechan la coyuntura, pues todos quieren cobrar sus facturas.

Todos deseaban disfrutar cuotas de poder y era cierto lo que manifestaba don Guadalupe; ello era una verdad, una gran y triste verdad.

El general pensó en Iturbide. Todos al principio le apoyaron y al poco tiempo le dieron la espalda. Ahora, él, por circunstancia, formaba parte de un triunvirato político, pero sin funciones y utilizado en aisladas operaciones; en misiones que tenía que concretar, pero moviéndose como pieza de ajedrez, de un jugador anónimo, pero poderoso.

— Tiene razón don Simón, hay que hacer algo y ese algo es no deber favores, sino que me los deban.

El cura no pudo ocultar su satisfacción, había logrado cimbrar al general. Apostaba y por fin ganó; don Guadalupe era la pieza clave que con su carisma podía apropiarse del poder y llegar a ser el gran jefe de la naciente República y por qué no, el paladín de otras independencias, como la de su natal Cuba, tan explotada por los españoles, como el resto de las colonias en la América católica.

— Propongo, se atrevió a decir al fraile, pero con seguridad, formar un grupo político del que usted sea fundador; sin que ello lo enfrente a quienes en su persona ven al hombre que el país necesita.

— ¿Un grupo político?, preguntó el general - ¿qué tan político?, insistió, ¿cómo el de los escoceses al que pertenecemos?; ¿cómo uno formado por militares?, ¿qué clase de grupo? Explíquese.

Y el fraile empezó a explayarse, porque la idea que quería vender era un producto muy estudiado y soportado, además, por ciertos personajes no



sólo nacionales, sino incluso extranjeros, como aquél que siempre había admirado, el protomédico Enrique Magui, avecindado en Londres.

El plan existía y se basaba en algunas ideas que el propio Guadalupe Victoria había externado; respaldarse en un sentido nacionalista. Por ello públicamente había rechazado el *Plan de Iguala*, al que consideraba más de lo mismo, cuando de lo que se trataba era de evadir el yugo de los españoles. Por ello estaba distanciado de los borbonistas y se había alejado del Congreso, además de estar huido, no obstante su nombramiento de diputado, cargo que nunca desarrolló pues prefirió seguir como un simple soldado de la Patria. Él había defendido la idea de un sistema de república para la Nación y hasta había propuesto, para dignificar a la joven nación, a un jefe de gobierno casado con una indígena, quizás traicionado su pensamiento por aquella joven nativa de las montañas veracruzanas, que a ratos le había aliviado la soledad.

Fray Simón de Chávez, conocedor de algunas ideas de don Guadalupe, quien por cierto, como buen militar y guerrillero era parco y desconfiado, las capitalizaba y así vendió el concepto de una sociedad original, fuerte como una legión romana; identificada con la filosofía política de quien no se consideraba sino sólo un instrumento contra el despotismo; una sociedad fuerte, pero dadas las circunstancias, semejante, más no igual, a una poderosa logia masónica; es decir, libre como un águila, como aquella águila negra que de vez en vez y desde su caverna, veía con nostalgia el autodesterrado Victoria.

En efecto, se trataba de una sociedad, legión o grupo político, deslindado de masones, comuneros o carbonarios. Sin filosofía esotérica; sí con grados y claves, dada su circunstancia secreta y a la que todos aquellos con ambiciones políticas podrían afiliarse. Una gran legión tan mexicana, que por lo mismo rechazara a los extranjeros que trataran de inmiscuirse en asuntos de la política mexicana, ahora tendiente al republicanismo. Que luchara y estuviera alerta contra todo tipo de despotismo y que combatiera, por supuesto, a los españoles residentes en el país, a través de su legal expulsión. En otras palabras, se trataba y ese era el objetivo, de fundar un poderoso partido político no público, pero selecto, que sirviera de plataforma a don Guadalupe Victoria en su reciente carrera hacía la presidencia, lo que significaba, que igual debían buscarse los medios para debilitar a posibles contrincantes. Tan nacionalista debía ser la *Gran Legión*, que había que identificarla con una

poderosa águila negra; ave simbólica y modelo de libertad. Había a través de esa sociedad tan singular, que exaltar el pasado indígena; que sus miembros adoptaran, para identificarse, nombres autóctonos. La estructura, estatutos y objetivos de la denominada *Gran Legión del Águila Negra*, debía documentarse y esa tarea, que fue realizada por un selecto grupo de simpatizantes, se concretó el 30 de mayo de 1823, domiciliándose el lugar de su expedición, en *Puente de la República*. Esa, su acta fundacional, establecía las reglas, entre las que destacaban las siguientes: Se admitirían sólo a hombres y no menores de 20 años, sin antecedentes penales ni vicios, como la costumbre de embriagarse o hablar mucho; es decir, discretos. Originalmente no habría grados, ni distinciones, pero los elegidos según sus méritos prosperaría en responsabilidades. Se comunicarían a través de ciertas claves y la Legión no manejaría recursos económicos, lo que significaba que no tendrían puntos de reunión propiedad de la Gran Legión. Entre los afiliados se socorrerían y utilizarían para ello y otras actividades, ciertas señales y palabras sagradas. Se consideró prudente un esquema de gobierno interno, donde la máxima autoridad serían un *Barón Fuerte*, en el caso, don Guadalupe Victoria y un *Gran Barón*, don Enrique Magui; además, existirían socios de primera clase y otros denominados claveros y miembros de grados diferentes. Tendrían sellos especiales y patentes; en fin, sin ser masones pero con la flexibilidad de que éstos se afiliaran a la sociedad o Legión, su forma de trabajo tendría, en lo formal, cierta semejanza con la manera de trabajar y sesionar de las logias.

Tiempo después la estructura de *La Gran Legión del Águila Negra* se consolidó; el objetivo de fray Simón de Chávez se había logrado y lo urgente era darle a don Guadalupe Victoria, el respaldo para asegurar su candidatura y nombramiento como el primer Presidente de la República Mexicana.

El camino que seguía se apreciaba difícil, lleno de escollos; empezaba la lucha estratégica por ganar, ahora, una gran batalla política.

CONSTRUIR UN PAÍS

El *Plan de Casa Mata* puntilla política que debilitó el imperio de Iturbide, secundado por militares levantados en armas, al que se adhirieron después, entre otros, don Guadalupe Victoria, así como diputados agraviados por la política imperial, como Michelena y Ramos Arizpe, se sustentaba en la convocatoria para un nuevo Congreso Constituyente, que respaldara la idea de establecer un gobierno para la república federal anhelada.

Logrado el objetivo y recibida la abdicación de Iturbide, había que construir el nuevo esquema y así, el lunes de Pascua, 31 de marzo de 1823, se realizó en el Congreso reinstalado el día 7 del mismo mes, la elección de los individuos que formaría provisionalmente un Poder Ejecutivo.

Fray Servando Teresa de Mier, para entonces reivindicado propuso:

— Que sea un triunvirato; uno de los que lo integren, el general Negrete.

El propuesto quiso declinar, pero la presión fue total, sobre todo porque su negativa agraviaba a quien en él se había fijado.

Surgieron otros nombres y entre ellos, los de Bravo y Victoria.

Don José María Fagoaga tenía otros candidatos y manifestó:

— La facción que represento se pronuncia (excluía a Victoria), por el conde de Casa de Heras y/o por el Lic. D. Benito Guerra.

Otras voces se escucharon.

— Don Guadalupe no puede ser nominado; es diputado y otros, preocupados por perder la oportunidad de respaldarle, señalaban:

— Aún como diputado electo, nunca pudo estar en funciones; además escapó de la prisión a la que injustamente le había condenado Iturbide. Siempre ha trabajado por defender la idea de un gobierno republicano, luego entonces ello le da méritos suficientes para que quede integrado al Poder Ejecutivo.

Otros replicaban:

— Apoyaría más como militar, que buena falta nos hace.

Otros, forzaron la elección y finalmente Victoria, aunque ausente, como fue el caso de Bravo, fue con éste y Negrete, proclamado integrante del Poder Ejecutivo. Los suplentes fueron, Guerrero, José Mariano Michelena y José Miguel Domínguez; éstos dos últimos entraron a cubrir la ausencia de Victoria y Bravo, toda vez que el general Guerrero tenía actividad militar que cuidar fuera de la Ciudad de México.

Y en efecto, el cambio de régimen tenía que ser soportado y cuidado por la fuerza militar, para evitar cualquier retroceso.

Bravo, Guerrero y Victoria tenían que privilegiar la defensa, antes de actuar como gobernantes.

D. Lucas Alemán⁵², que para entonces se incorporó a la nueva administración pública, había dado instrucciones el 14 de mayo a don Guadalupe, para que le apoyara en las negociaciones de un tratado, en el que, eso se esperaba, España reconociera la Independencia de México. No sospechaba que el 28 del mismo mes, se formalizaría por el Congreso, el nombramiento de Victoria como integrante del Ejecutivo.

Pero se trataba de reconstruir el país y después de la lucha, los vencedores tenían otro reto; que México fuera reconocido por la comunidad internacional.

El 28 de mayo se iniciaron pláticas formales con el brigadier Lemaur, comisionado español y en ellas Victoria dio muestras de prudencia, más propias de un político, lo que sorprendió a don Lucas Alamán quien tenía sus serias dudas, respecto de la capacidad que pudiera comprobar aquel insurgente de 37 años, que convertido en leyenda, día a día se ganaba el respeto político de militantes y sobre todo a diputados.

Es importante señalar que Victoria para entonces tenía grupo y éste se había formado y fortalecido, a partir del ingreso de don Guadalupe a la masonería.

El Congreso – como era su función – trabajaba lo político y preocupábase de conformar o reconformar el país. Se acepta y vota que el 17 de junio

se publiquen las bases para las elecciones de un nuevo Congreso Constituyente, El mapa del país, sufre entonces transformaciones; en efecto, el 21 de junio un decreto determina la separación de las provincias de Sinaloa y Sonora. El 23 de junio igualmente, vía decreto, aunque provisionalmente, se establece la planta del Tribunal Superior de Justicia.

Victoria, monitoreado por Alamán, tiene pláticas en Jalapa, con el Dr. P. Mackie, entonces observador británico, a propósito de asuntos comerciales y sobre todo, respecto de la posibilidad del reconocimiento inglés al México independiente.

En fin, es un año de planes, acciones diversas y de visionarias decisiones, como la de formar científicamente un ejército, lo que justificó la fundación del Colegio Militar, el 11 de octubre.

Meses antes, el 22 de agosto se constituía el Archivo General de la Nación, para resguardar la documentada historia existente y la posterior; no faltaba más.

Con broche de oro se cierra el año 1823; el 7 de noviembre se instala formalmente, el segundo Congreso Constituyente del México independiente.



LOS INTERESES CREADOS

El país sobrevivía y un testigo de la época, en sus memorias escribió lo siguiente:

Termina el año de 1824, y para que se instruyan con nuestras ocurrencias, porque no nos alivia en nada, quedarnos callados, sino al contrario, nos sana compartir con quienes como lectores soporten esta crónica que es de mis memorias, por el especial afecto que profeso a mi atribulada patria, tan sojuzgada por militares, políticos y toda clase de fauna, ninguno más devoto que yo, dejo constancia de lo que viví durante esta anualidad.

Así lo palpé, 1824 desde mi enfoque, fue año propicio para don Guadalupe Victoria. En efecto, lo militar no se le quitaba, pero había sido picado por ese alacrán que inculca el ansia política y muchos eran los intereses creados.

Disciplinado el hombre, no obstante su investidura compartida, acataba las instrucciones del Congreso, mismo que dividido, a la par de hacer frente a los graves asuntos de prioridad, entablaba un debate en el que el pretexto era actuar a favor o en contra de los españoles, de quienes nos habíamos independizado. Pero el debate trascendía y encendía pareceres. En efecto, el brigadier Lobato, sublevado, provocó una revuelta contra los intereses españoles. Se trataba de atacar a la población hispana, por cierto parte de ella de interesantes posibilidades económicas, para controlar y apropiarse de sus caudales, sus inmuebles, de sus negocios; por la fuerza, si ello fuera necesario. Era la anarquía.

El Congreso estaba dominado por liberales; éstos, la mayoría antihispanos, toman cada día y seguro así consta en el Diario de sus debates, decisiones cruciales. La primera, a mi juicio de importancia y ello sucedió el 3 de febrero, votar el acta por la cual se estableció como forma de gobierno la República Federal. Michelena, Güridi Alcocer, Tomás Vargas⁵³, Ramos Arizpe, Carlos María de Bustamante, De la Llave, Zavala, Gómez Farías, Manuel Crescencio Rejón⁵⁴ y fray Servando Teresa de Mier, entre otros, y éste último como uno de los más grandes animadores del nuevo esquema y fustigador del denostado Iturbide, trabajaron sin descanso en sesiones públicas, secretas y a veces en las logias a las que pertenecían, para consensar lo que siguiera.

El 3 de abril y sirva de ejemplo, en sesión casi secreta, se discutió sobre la inconveniencia de que militares gobernarán; se tocó el tema de la pensión de Iturbide. Se dió a conocer el trabajo de una comisión de diputados que analizaron y concluyeron, que había que emitir un decreto para declarar traidor a Iturbide, si pisaba suelo mexicano. Del árbol caído, hacer leña y fray Servando, a cada oportunidad y abusando de su fina ironía y dones de excelente orador, era el que más fustigaba la imagen del caído emperador.

Éste, el ex emperador, había enviado un comunicado – ingenuo en sus alcances – en el que ofrecía al Congreso sus incondicionales servicios, para enfrentar cualquier tentación de naciones extranjeras, de tomar como botín a la naciente República. Por supuesto ello dio pauta para que desde el foro se le acusara de contradictorio y por ello, sin asomo de culpa, sino más bien autojustificación, el grupo más duro propuso y ganó, vía votación, lo que palabras más, palabras menos, se convertiría en una sentencia fatal:

“Se declara traidor a D. Agustín de Iturbide, siempre que se presente bajo cualquier título en alguna parte del territorio mexicano. En este caso queda declarado por el mismo hecho enemigo del estado y cualquiera puede darle muerte”.

D. Guadalupe Victoria, mientras tanto, conseguía salir bien librado en lo político, con no poca extrañeza de algunos. Y mientras se erigían estados como el de Puebla (18 de marzo), el de San Luis Potosí (26 de marzo), y el de Nuevo León (7 de mayo), que se sumaban a los que el 31 de enero lo habían hecho como entidades federales, a saber: Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Tamaulipas y Veracruz, *El Hombre Mito*, desarrollaba nuevas habilidades políticas, desde la trinchera castrense en Veracruz primero, así como sofocando un movimiento antihispanista en Oaxaca, entidad que por cierto se erigiría como estado, el 1º de junio.

Don Guadalupe, el día indicado, envió a la Ciudad de México un informe; en él manifestaba que arribado había un buque de guerra francés, bajo el fuego cruzado de Mocambo y que asegurado estaba que la Francia, según se lo habían confirmado las autoridades de esa embarcación, no prestarían auxilio alguno a la España para su reconquista de la patria independizada y que como tal la reconocerían.

Los intereses creados veían entonces en el trabajo de don Guadalupe, al candidato ideal para presidir por vez primera, la primera magistratura cuya

responsabilidad era guiar al país, en apego a la Constitución Federal que en el Congreso se había trabajado.

El 1º de junio también informa el general Victoria, al Congreso, que al amarradero de Sacrificios, había llegado un buque francés, con un enviado oficial de esa Nación y con la consigna, al parecer, de formalizar un esquema de relaciones mercantiles. Así, para el mejor acierto en todo, Victoria era mito, caudillo, guerrillero, militar, administrador público y hasta negociador internacional, vena diplomática que parecía tener en su persona gran potencial, pues lo mismo y en los hechos lo había demostrado, interactuaba sin dificultad alguna con extranjeros, si éstos prometían coincidencia de objetivos. Españoles, norteamericanos, franceses y con el tiempo, ingleses.

Y así, el grupo afecto a Victoria hacía pública la frase que aseguraban de él escuchaban, refiriéndose a ellos: *“Sin vosotros serán inútiles nuestros desvelos”* y a Victoria le decían: *“Se pronunciará vuestro nombre, con admiración y respeto”*.

Por supuesto, empieza don Guadalupe a dejarse ver, lo que alguno de sus enemigos capitaliza para criticarle.

Beruete⁵⁵, el irónico; el de la pluma irreverente consigna en una de sus obras: *“Del 15 al 20 de junio Guadalupe Victoria se presenta en todas partes vestido de paisano, pero lleva un sombrero montado con unas brillantes plumas blancas que hacen contrapeso a la sencillez de su traje”*.

Y cierto era, un día antes, don Guadalupe se dejaba querer; en el caso, por sus amigos ingleses de la legación, los que le dieron un convite, recibíéndole también en la casa del comerciante Velasco con coronas de laurel y otros obsequios; pero es el 16 de junio cuando se hace más patente la fuerza del candidato, al presentarse en el Congreso, como integrante que era del Supremo Poder Ejecutivo.

El presidente de la legislatura tomó la palabra y dijo:

— *“La República mexicana goza de la satisfacción de ver su Supremo Poder Ejecutivo en manos de individuos a quienes ha apreciado por sus distinguidos servicios y que con celo y prudencia han desempeñado sus obligaciones...”*.

Victoria, por su parte y para responder el halago con humildad, hizo uso de la voz:

“— Señor, en el santuario de las leyes, no debe haber otro lenguaje que el de la verdad y el de un patriotismo puro.

Muy sobre mi mérito me colocó V. Soberanía, en el número de los patriotas en quienes depositó el ejército del Supremo Poder Ejecutivo; más resuelto siempre a obedecer y nunca a mandar...” y continuó:

“— Siempre he manifestado a la Nación y al mundo entero que no mido los sacrificios cuando éstos ceden en beneficio de la patria... Réstame sólo, señor, suplicar respetuosamente a V. Soberanía reciba con agrado la más cordial expresión de mi gratitud por tan señaladas distinciones... Sin que quede a mi deseo otro hueco, que el que V. Soberanía crea que puedo retirarme y me conceda por término de su bondad la gracia de quedar reducido a la vida privada, para que sean cumplidas las protestas que tengo hechas ante Dios, a los hombres y a la patria”.

Se retiró y se levantó la sesión.

Las señales se empezaron a dar. El lenguaje político, a veces confundido con la obligación de los elogios mutuos y un decir *“No quiero, pero en realidad me interesa”*, era lo que don Guadalupe a cada oportunidad traducía.

En la calle, los pasquines: *“Sin Bravo ni Guerrero no hay Victoria”*.

Del 5 al 9 de julio habrá sesiones secretas en el Congreso.

“— Señores, conviene depositar el Poder Ejecutivo en un solo individuo”.

Victoria, conocedor de la idea, se interesa pero percibía que el partido estaba inclinado por Bravo; al fin éste era el gran líder de los masones escoceses. - Habrá que hacer algo, dicen que decía.

No hubo de otra, el 9 de julio don Guadalupe Victoria publicó un manifiesto en el que daba a conocer su política, sus ideas...

Por otra parte y conocida en el Congreso la noticia del fusilamiento, en Padilla, Tamaulipas, de Iturbide, nada se dice ni señala en la sesión del 22 de julio;

la discusión fue, qué lugar seleccionar para que en él residan los poderes federales. ¿Querétaro?

Bravo pide una licencia que se le niega y Victoria, con una división de dos mil hombres, es enviado el 1º de agosto a Oaxaca, pero le falta dinero y por ello, el día del mismo mes reclama 368 pesos. Esto así lo dice Beruete:

“Que dice le deben por el tiempo que estuvo escondido en una cueva (*por eso le llaman El General Cueva*). Esteva le pagó (era recién nombrado ministro de Hacienda); Arrillaga reconvino y reprimió al general y a Esteva. Con este motivo se ha sabido, que el escondite del general Guadalupe Victoria tan exagerado, consistía en que se hallaba abarreganado con una india”.

¡Claro! Se trataba, con cualquier pretexto de echar tierra a don Guadalupe; se buscaba desacreditarlo. Pero la verdad sea dicha, esos infundios, a mi manera de pensar, - decía quien le defendía - más que dañarle le fortalecían ante la opinión pública.

Los intereses creados trabajan. – Echen también tierra a Bravo; él protege a los gachupines. La intriga de los operadores políticos de don Guadalupe: Ramos Arizpe y Gómez Farías, apoyados por los recursos económicos de la casa Velazco, azucarero, logra simpatías.

En contra y con argumentos legaloides se dice:

— Don Guadalupe no tiene 35 años; no puede ser presidente; en efecto, no los tenía, su edad era de 37.

— Este es nuestro voto; ésta nuestra solicitud. Victoria presidente y así, por mayoría de votos, el 10 de octubre es declarado primer Presidente de la República Mexicana. Días antes se habían erigido estados: Durango, la tierra de Victoria; México, Querétaro, Tabasco, Yucatán y Zacatecas. El nuevo mapa de México tenía autoridad ejecutiva individualizada.

Ahora el reto era formar el equipo de trabajo y con ello, pagar las facturas a simpatizantes y a quienes le respaldaron económicamente, como la Casa de Velazco.



Entre los españoles hay temores; muchos de los colaboradores de Victoria, se sabe, son antihispanos, sobre todo algunos masones exaltados. Ello provocó que muchos gachupines se iniciaran en el rito escocés de Bravo, para buscar protección y para conocer el qué sigue...

LOS HOMBRES DEL PRESIDENTE, ¿AMIGOS O ENEMIGOS?

— Nunca, se dijo Guadalupe, olvidaré tan singular fecha: 10 de octubre de 1824. Algún día escribiré mi versión de los hechos; no la crónica oficial de mi elevación y toma de protesta como el primer Presidente Constitucional del México independiente. Ya se pensará y tratará con madurez el análisis de mi gestión. Que la historia sea la encargada de juzgarme. Mientras tanto, debo acordar decisiones cruciales y otras providencias de importancia, como es el caso de la formalización de un gabinete plural. La carga es pesada, debo distribuirla.

Don Guadalupe que antes de dictar a su escribano, gustaba de redactar el proyecto de su correspondencia, tomó la pluma para escribir una de tantas oficiales cartas que su investidura le obligaba atender. Este comunicado era un acuse de recibo a la felicitación que el gobernador de Zacatecas le había enviado.

— Estamos a 16 de octubre. ¿Qué le manifiesto?; bueno intentemos el texto y escribió, ahora como político toda vez que tenía que guardar las formas.

“Exmo señor:

La generosa y magnánime Nación Mexicana, elevándose sobre mis cortos merecimientos, quiso elevarme al alto cargo de presidente de los Estados. Mi corazón apenas ha bastado para reconocer tamaño beneficio. La más absoluta dedicación a la felicidad de la patria, y el mismo sacrificio de mi vida es poco, es nada para los compromisos que he contraído ante Dios y los hombres.

Admita V. E. los testimonios de mi consideración y de las confianzas con la que cuenta con la cooperación de sus luces y de sus esfuerzos para llevar la carga impuesta por la ley sobre mis hombros.

Dios y libertad...”.

Dejó la pluma y su pensamiento lo reubicó en la vigente necesidad de conformar su gabinete.

— Cuántos compromisos!; analizó la documentación que daba cuenta del perfil de candidatos y se cuestionó, - ¿Qué haré?

Don Guadalupe repasó y repasó nombres, hombres y tendencias. Los que ayer eran enemigos, hoy son amigos; en algunos casos, viceversa.

— Debo, se dijo, balancear posturas. Necesito inteligencia, aunque ésta sea propiedad de personajes de diversa filosofía. Debo congratularme con conservadores, militares, exaltados liberales. Debo tejer una red de alianzas y lealdades.

Tomó otro papel y garabateó los nombres de aquellos, que recién había comprometido incluir en su equipo.

El primero y para una cartera difícil, don Lucas Alamán, conservador inteligente e intolerante, se dijo, pero al fin, pieza clave para el manejo de las relaciones interiores y exteriores. Es hombre de muchas lenguas, habla idiomas con la facilidad y dominio de quien nace con ese talento. Tiene visión, ha viajado por el mundo. Es culto y conoce de ciencia. Es industrioso y trabajador.

Otro, se dijo, don Pablo De la Llave⁵⁶. En justicia. Es hermano, es liberal, estuvo incluso en las Cortes españolas de Cádiz.

Otro más, don José Ignacio Esteva⁵⁷. Qué contrariedad, antiguo insurgente, compañero de armas y aquél que se burló de mí, cuando tomé el nombre de Guadalupe Victoria. Con ironía recuerdo que él a su vez, también había decidido tomar un nombre: "*Américo Triunfo*", pero en fin, qué se le va a hacer. Es hombre de trabajo y muy comprometido, además es un hermano respetado en las logias.

Habría que preocuparse por dar puestos claves a mis amigos militares; ellos me respaldarán y no puedo fallarles. Miguel Barragán⁵⁸, ese potosino que promete. Sí, le nombraré gobernador y comandante de Veracruz. Deberá provocar la caída del último reducto hispano: San Juan de Ulúa. Ya en diciembre veré se formalice la designación.

Mientras tanto, en el Congreso los trabajos seguían. Asuntos de toda clase eran discutidos y si había legislatura y un titular del Poder Ejecutivo en la persona de don Guadalupe, lo que seguía era estructurar definitivamente la

primera Corte Suprema de Justicia. Había que consensar los nombres de los nominados y en breve el presidente tuvo noticias sobre el particular.

El 23 de diciembre salió el decreto que formalizó la elección de los ministros. Don Miguel Domínguez quedó presidente y como vicepresidente de la Corte, don Juan Ignacio Godoy. Ministros, otras personalidades, hombres respetados y de comprobada inteligencia jurídica: don José Isidro Yáñez, don Manuel de la Peña, don Juan José Flores Alatorre, don Pedro Vélez, don Juan Gómez Navarrete, don Francisco Antonio Toranzo, don José Joaquín Arizpe y Quiroz, don Antonio Méndez, don Juan Rodríguez y Guzmán. Como fiscal, don Juan Bautista Morales; equipo todo que era garantía.

Pero no todo era hojuelas sobre miel. No se podía quedar bien con todos y los arribistas y recomendados hacían grandes líneas de espera; buscaban por todos los medios audiencias. Pronto Alamán se contrapone y renunciará, para ser sustituido por don Juan Guzmán.

Como siempre sucede, se dan los primeros altercados y hay división en las logias.

— ¡Qué bueno – se dice don Guadalupe – que contamos con la Gran Legión del Águila Negra!.

Bravo se fortalece como buen escocés, pero hay que controlarle, hay que controlarle.

Así, a pretexto de providencias de precaución, hay que dar secretas ordenes y buscar segundas manos; substitutos se decía don Guadalupe, relevos para la urgencia, cada vez que la paciencia perdía. ¡Qué difícil es ser presidente!, a ratos pensaba.

— Me gustaría huir a la sierra, a la caverna, al olvido, pero pronto, recapacitaba y tomaba conciencia de su alta investidura para olvidar lo pesado y tupido de la carga, frente a lo que desde su entender debía cumplir a cabalidad.

— Habrá que llamar de nuevo, qué remedio, a Alamán.

Mientras tanto, aquel grupo formado para contrarrestar la fuerza del general Bravo desde las logias escocesas, hacía planes y formalizaba compromisos.

Al frente, Ramos Arizpe, quien capitalizaba su rencor hacía todo lo español y quedaba identificado públicamente como uno de los líderes de la logia del Águila Negra. Victoria presidía ésta y algunos de sus ministros a ella se habían afiliado: La Llave, Gómez Pedroza y Esteva, el bueno de *Américo Triunfo*. Por supuesto, no admitían españoles; que ellos se cobijarán con Bravo. Había que hacer crecer la fuerza de la Gran Legión en todos los estados y así creció de manera vertiginosa el poder de esa logia.

Pero si dificultades nunca faltaban, hubo logros. El 10 de marzo, Inglaterra reconoció oficialmente como país independiente a la Nación Mexicana; Victoria, halagado, considero ello como un logro personal y para el país, un gran triunfo.

Se supo, a principios de mayo de 1825, a través de papeles subversivos, que habían salido dos asesinos para acabar con Victoria. Éste ni se inmutó, pero su seguridad se reforzó, lo que obstaculizó el manejo de su agenda. Como fuera, se daba una buena racha y poco a poco la comunidad internacional dió muestras de respeto al México independiente.

El 12 de julio llegó Joel R. Poinsett⁵⁹, en calidad de ministro plenipotenciario de los E.E. U.U., fecha aciaga, e inicio de una mala influencia para don Guadalupe.

Los ingleses no pudieron ocultar su disgusto; creían tener en sus manos al presidente mexicano y lo sentían perder ante la presencia del para ellos, tan funesto personaje... y no estaban equivocados.

Ramos Arizpe, el que por razones desconocidas odiaba a los españoles, promovía desde el Congreso, en las logias y en donde pudiera, la expulsión de todo español. Era exacerbado, intolerante y la llegada de Poinsett le fortalecía.

Se trataba de controlar a Victoria y éste, en junio, enfermó de disentería y en plena recuperación, no alcanzaba a asimilar los intereses creados.

Corría un pasquín que aseguraba: *"El plan de los infames De la Llave, Ramos Arizpe y otros, parece que es perpetuar a Victoria, centralizar y derribar a Bravo y a su partido"*.

Por su parte, Zavala y Alpuche⁶⁰, amigos de Ramos Arizpe, entran en pláticas secretas con Poinsett. El resultado, la fundación de un nuevo rito masónico: las logias yorkinas.

Así, dos grupos masónicos, casi verdaderos partidos políticos, dividieron a los liberales y ello complicó para el presidente Victoria el manejo del gobierno. Tuvo que decidir y se afilió a los yorkinos, de los que era gran maestro don José Ignacio Esteva, el bueno de Américo Triunfo; Michelena y Ramos Arizpe le apuestan a la República Central y la política mexicana tuvo varios frentes: El Congreso, el Ejecutivo y las nuevas logias que tomaron nombres muy singulares: *"Tolerancia Religiosa"*, *"Federalista"*, *"Rosa Mexicana"*, *"Luz Mexicana"*, *"Independencia Mexicana"*. Los escoceses con Bravo al frente, contraatacaron y pronto fueron los periódicos masones, los que trataron de ganar el favor del público: *"El Sol"* (escoceses); *"El Águila Mexicana"* (yorkino). Todos los debates en el Congreso fueron documentados por esa prensa.

Pero los yorkinos ganaban terreno y la expulsión de los españoles era inminente. Poinsett, a decir de don Carlos María de Bustamante, influenciaba al presidente Victoria; lo tenía en sus manos.

Los hombres del presidente, ¿eran sus amigos o enemigos?.



EL MUNDO MIRA A MÉXICO... COMO UN BOTÍN.

Construir o reconstruir un país es colosal tarea, así escribió un inglés desde México a su amigo. Éste, tiempo atrás, interesado por los acontecimientos recientes en lo que fue la Nueva España, habíale pedido le informara sobre oportunidades de negocios. De hecho también, de vez en vez, recibía noticia de don Lucas Alamán, a quien conoció en 1822, cuando coincidieron en algunas capitales europeas y de él tuvo información respecto a las posibilidades de invertir en el negocio de minería.

— Mi buen amigo, no se equivoca usted cuando ha puesto su interés en México. Las condiciones están dadas y de buena fuente, decía el inglés; sé que se pueden conseguir negocios mineros con potencial, que por el momento están abandonados por sus dueños que son españoles y que no son vistos con buenos ojos, no obstante la defensa que de ellos hacen algunas logias escocesas, toda vez que grupos antagónicos como los denominados de la Legión del Águila Negra, buscan incluso su expulsión del país.

El inversionista inglés, que tenía información oficial del gobierno británico respecto a México, se congratuló aún más, cuando supo que regresaba por tercera vez al ministerio de Relaciones Exteriores, don Lucas Alamán.

Después de que Inglaterra reconoció la Independencia de México, otros países maduraban la idea de entablar relaciones formales con el nuevo país.

Y en verdad, el inicio de una república, como todo lo que empieza fue difícil; sobre todo para su primer presidente.

Don Guadalupe Victoria, trataba de hacer su mejor trabajo, pero su equipo, conformado por antagónicos personajes más que ayuda, se convertía en carga pesada; fenómeno recurrente al momento de las decisiones cruciales, pues era difícil que como gabinete se pusieran de acuerdo.

La logia *El Águila Negra*, representaba lo antihispánico y por el contrario, el general Bravo, al mando de los escoceses, buscaba posiciones en el Congreso, en el Ejecutivo, e incluso dentro de la milicia, donde abundaban los espíritus independientes poco acostumbrados a la disciplina política.

En Mayo de 1825, se detectan papeles subversivos, de los que se infería un complot de dos asesinos, cuya misión era acabar con don Guadalupe Victoria. Pero guerra anunciada, guerra perdida y la noticia conocida por el presidente no le quitó el sueño, más bien el motivo de sus desvelos era consolidar la República y se felicitaba por la creación del Supremo Tribunal de Justicia.

Día por supuesto de regocijo, fue el 23 de mayo, fecha memorable, pues presentó sus credenciales el enviado inglés, entablándose entonces y de manera formal las relaciones entre las dos naciones: *El León Británico y la Oveja Mexicana*.

Pero los norteamericanos lejos de dormirse en sus laureles, hacían lo propio. Su ambición expansionista veía en el territorio mexicano, una apetitosa tajada. Su plenipotenciario Poinsett traía encargo específico y su habilidad conocida rindió frutos, pues en poco tiempo tenía en la bolsa, no sólo a don Guadalupe Victoria, sino a otros no menores personajes como Ramón Arizpe, La Llave y Esteva. Sin embargo, igual tenía en contra a don Lucas Alamán, quien desconfió siempre del norteamericano, dada su cercanía a los ingleses y simpatía a los españoles, enemigos éstos de aquél.

Por supuesto don Lucas fue atacado y fue Arizpe el que de ello se encargó, a través de la palabra escrita, desacreditándole por medio del periódico *El Águila*. Así, se recrudecía una batalla política dentro del propio gabinete del presidente, lo que dio pauta a que las potencias extranjeras buscaran un acercamiento comercial, pues en México veían oportunidades de negocios, pero no en términos de razonabilidad, sino de aprovechamiento.

Claro está que había futurismo y fue ello tentación de quienes estaban cerca del presidente, a quien buscaban siguiera en el poder, aún frente al imperativo que el timón del Poder Ejecutivo era y debía ser temporal.

Los enemigos entonces a vencer eran Bravo y su grupo masónico de escoceses; había que acabar con los españoles, hacer alianzas y parecía que lo más conveniente era lograr una con el vecino país del norte. En Sonora, la tribu de los yaquis se había levantado. San Juan de Ulúa pronto caería y con la toma de ese último baluarte español, finalmente conquistado por el potosino Barragán, México se ofrecía al mundo como un joven país de

oportunidades, pero más para los extranjeros, si se toma en cuenta que la interna debilidad económica del país era evidente.

No se equivocaba ese inglés, cuando a su amigo le afirmaba que reconstruir al país, era tarea colosal de titanes.

La política exterior del presidente Victoria, fue de apertura, pero selectiva; por ello se acusaba a sus colaboradores, que no a todos, de que se vinculaban con los norteamericanos y que el plan era dar facilidades a ese afán expansionista, pues Texas y Monclova eran territorios apetitosos para algunos políticos norteamericanos.

Para 1826, el Congreso está dominado por la facción yorkina, influenciada, sin duda, por Poinsett y de ello se quejaban incluso antiguos insurgentes, como don Carlos María Bustamante, quien sin pelos en la lengua y de pluma claridosa escribiría respecto de la influencia del plenipotenciario norteamericano en el presidente, lo siguiente:

“...Mandaba a Victoria como a un pilhuanejo (infeliz, pobre diablo) y éste no quería oír más voz que la de Poinsett” y en efecto, algo que muchos achacarían como debilidad presidencial, fue su beneplácito para entregar al norteamericano Porter, el mando de nuestra incipiente escuadra marina.

Y la verdad sea dicha, el interés norteamericano por el joven país vecino, venía desde la más alta esfera; desde su primera magistratura en la persona de Henry Clay⁶¹, quien era el que instruía a Poinsett las estrategias expansionistas.

Alamán, habrá que reconocerlo, receloso, se opuso al embajador norteamericano, forzándole a que ambos países ratificaran los límites de sus fronteras; que se respetara, era su argumento, como referente, el tratado que en 1819 el gobierno de Washington formalizó con España. Además, propuso la firma de uno de comercio, que por cierto el ministro de hacienda mexicano, el Sr. Esteva, avaló y en el que se precisaba que a los norteamericanos no se les daría un trato preferente, sino similar al que se les daba a otros países, como era el caso de la Gran Bretaña.

Todas estas situaciones enfrentaban a todos contra todos, tanto en lo interno, como en lo externo y por supuesto, a los contrincantes locales: escoceses

y yorkinos. Victoria debe entonces tomar partido y presionado, no tiene más remedio que hacerle honor a su reciente afiliación yorquina y al respeto que le merecía el grupo que fundó, La Gran Legión del Águila Negra.

Bravo se revelará. Los españoles avecindados en México ante el inminente peligro, buscaron soluciones y todo ello fue caldo de cultivo para nuevas conspiraciones, como la que tiempo después dirigiría fray Joaquín Arenas⁶², la que brutalmente reprimida fortalecerá al grupo de los antihispanos.

Para obtener la concordia y lograr la reconstrucción del país, el presidente Victoria no cesará en sus esfuerzos integradores; impulsó la educación apoyado por la Sociedad Lancasteriana; respaldó proyectos que realizados, implicaron fundaciones como la del Museo Nacional y el Instituto de Ciencias y Artes. Propició las relaciones exteriores, dando juego a los objetivos de don Lucas Alamán y así, firmáronse tratados de navegación, de amistad y de comercio. Es, dada una incipiente libertad de prensa, atacado por periodistas como don Joaquín Fernández de Lizardi y para fines de año, se cristaliza el pronunciamiento del coronel Montaña, en Otumba. El vicepresidente Nicolás Bravo, comprometido con los alzados, se verá prisionero y ello le valdrá poco después, el destierro junto con don Miguel Barragán, para entonces gobernador de Veracruz. Es en ese evento que Santa Anna, en apoyo a Vicente Guerrero, quien fue el brazo ejecutor de Victoria para batir la rebelión, se introduce de nuevo a la política, obteniendo para sí el ser nombrado jefe absoluto de Veracruz.

México fue mirado entonces por el mundo, pero como un posible y a corto plazo, interesante botín.

MUERAN LOS GACHUPINES

El primero de enero de 1827, un nuevo Congreso tomó posesión. La Cámara de Senadores, dominada por los escoceses; la de diputados, por los yorkinos y el resultado, lo que sería la primera expulsión de españoles.

Mueran los gachupines...fuera de México.

A éstos se les prohibió el ejercicio de cargos públicos, militares y civiles.

En cada estado de la República, sus respectivos congresos locales debían decidir sobre la expulsión de españoles.

Se inició otra batalla interna: antihispanos vs. proespañoles. Así, el diario yorkino *"El Amigo del Pueblo"*, dirigido por Bocanegra y Tornel, estaba por la inmediata expulsión, la que debía quedar legalizada; por contra, el diario escocés *"El Observador de la República Mexicana"*, editado por el Dr. Mora⁶³ y algunos senadores, defendían o buscaban atemperar ese odio a lo español. Pero el golpe estaba dado y en la mayoría de los estados de la República, la tendencia fue francamente antihispana.

A los escoceses se les acusaba de pretender centralizar la Nación; un panfleto sobre el tema señalaba:

"Avergonzados los escoceses de la inutilidad de sus intentonas, despechados y rabiosos al notar que no son tan prontos en urdir la trama cuando ya están descubiertos sus hilos, meditaron en la soledad de sus misterios el ingenioso arbitrio que los restituyera a su florido período. Con este objeto celebraron sus tenidas y los hh. comprendidos desde el primer grado, hasta la edad de siete años masónicos escoceses..."

Por su parte los escoceses, que tenían la urgencia de defenderse, también lanzaban a la opinión pública sus incendiarios panfletos; atacaron feroz, abierta y a veces veladamente a los yorkinos, a quienes acusaban de anti – católicos, para así ganarse la simpatía de los lectores. Uno de esos panfletos se titulaba: *"Infamia de los yorkinos presentados a la Patria"* y comenzaba de la siguiente manera:

“Si el hombre es libre, él debe gobernarse. Y si hay tiranos, destronarlos debe/ epitafio de Voltaire/Éste es el principio de todo amante de la libertad; más oh desgracia!. Esta sentencia grabada por los franceses sobre los restos del hombre grande, del sabio y filósofo, lo desmienten y aún siguen su sentido contrario algunos famélicos escritores, en quienes la folleto-manía ha hecho tales efectos, que hollando el pudor, insultando la dulzura y el candor de los mexicanos se han soltado en estos días con más euforia que nunca: dejo los innumerables que atacan la moral, las costumbres, el nombre y fama de los hijos más predilectos de la Patria, los que tienden a destruir la angosta religión de nuestros padres... Lo dejo sí, porque hay plumas más bien cortadas que la mía que los combatan, porque son acreedores al más alto desprecio, y porque veo que los buenos; sí, lo digo con placer, los buenos, la porción escogida... esos nos salvarán...”

Crecía la deuda pública; enfrentamientos políticos se ventilaban en el Congreso, las tabernas, los cuarteles, aún en las logias. El fantasma que no a muchos asustaba de fortalecer lo hispánico, como fue el intento del padre Arenas, propició la creación de un nuevo grupo: *Los Novenarios*. ¡Más de lo mismo!.

El grupo afín al presidente trabajaba en público, en la tribuna del Congreso, en los despachos del Ejecutivo, a través de la prensa y de los folletos, pero también en secreto. En octubre del año anterior, 1825, se fundó en la casa de Poinsett, una logia muy selecta. Se decía que los cofrades eran, entre otros Ramos Arizpe, el clérigo Carrera y los más importantes personajes de *La Gran Legión del Águila Negra*. Su objetivo, exterminar a los españoles – y debilitar a los escoceses – para formar un gobierno centralista y perpetuar a Victoria. Pero aún entre algunos de los afiliados, lo último no convencía. El presidente debía terminar su período y era tiempo de preparar la sucesión presidencial. Más que por la fuerza, buscar legitimidad a lo que siguiera.

El *Plan de Montaña* se hizo público; su justificación era abolir todo tipo de sociedades secretas; en el fondo era un ataque – según algunos lo afirman – de escoceses contra yorkinos. Que se expulsara a Poinsett y se creara un nuevo grupo, como sucedió, con los indicados *Novenarios*, también denominados *Hombres de Bien*. El plan fracasó y perjudicó a los que se identificaron con el mismo, como fue el caso del general Barragán y de don Gabriel Armijo.

Los españoles fueron expulsados. En las calles las gentes del pueblo gritaban: *mueran los gachupines* y ese evento propició reflexiones encontradas. El Dr. Mora, liberal, analizaba que la medida alejaba las garantías individuales; el

comercio extranjero, conformado por franceses, alemanes e ingleses, señalaba que en lo indirecto también se veía afectado, al no poder cobrar sus facturas a los comerciantes españoles expulsados.

Para otros – como suele suceder – la expulsión de los españoles fue pingüe negocio, pues se hicieron a precios ridículos de inmuebles y mercancía, que por necesidad tuvieron que rematar aquellos que del país fueron corridos. La mayoría huyó hacia Nueva Orleans y, hay que afirmarlo, hubo en esa expulsión, más que legitimidad, expolio oficializado.

A *río revuelto ganancia de pescadores* y la inversión que podía haberse dedicado a enfrentar la bancarrota del Estado, se canalizó al atesoramiento de lo que a los españoles se les quitaba. El ¡mueran los gachupines! se convirtió, junto con las leyes de expulsión que les afectaba, en una mala señal para los inversionistas extranjeros. El déficit del país era alto y los diversos ministros de Hacienda que desfilaron por el gabinete del presidente Victoria, poco o nada pudieron hacer para revertir la situación.

El debate en el Congreso derivado de las posiciones a ratos antagónicas, para reconstruir un país que de colonia se había convertido en efímero imperio y pugnaba por consolidarse como república, perdió el 3 de diciembre de 1827, a fray Servando Teresa de Mier, ideólogo singular, pintoresco para varios y enigma para otros.

Guadalupe Victoria sin embargo, trataba en la buena intención dar rumbo fijo como timonel al país que se le había confiado, y que realmente como reto era tan complejo, como lo puede ser mezclar agua con aceite.

Era urgente una cirugía mayor; urgentemente el país necesitaba todo tipo de arreglos: abatir el déficit económico, vía esquema impositivo que igualmente resultó difícil de implementar. Había además que calmar las ansias de grupos antagónicos que en lo político buscaban encumbrarse. Se trataba de propiciar una cultura nacionalista, pero al pueblo se le debían dar servicios, educación, seguridad. Había que enfrentar con mano izquierda los caudillismos, pues cada jefe militar, gobernador o alcalde, tendían a querer controlar independientemente sus territorios. Victoria debía y de ello estaba cierto, propiciar que el pacto federal no se debilitara y contra viento y marea casi lo logró. Sin embargo, el mueran los gachupines y en los hechos su expulsión, dio al grupo de liberales y yorkinos gran poder, mismo que

sirvió para respaldar la candidatura de Guerrero, contra las intenciones de otros aspirantes, como el que apoyaba el grupo de Bravo, don Manuel Gómez Pedraza⁶⁴.

La lucha por la sucesión se recrudece. De Guerrero se exalta su glorioso pasado insurgente. Se le apoda "*El Padre de los Pueblos*". De Gómez Pedraza, su disciplina militar y el apoyo de quien como vicepresidente fue propuesto; de don Anastasio Bustamante, ser hombre de reconocidas credenciales.

Ganadores Gómez Pedraza y Bustamante, pero por poco tiempo. Santa Anna se rebela y desconoce la legitimidad de esas elecciones. El *Plan de Perote* es la plataforma desde donde se ataca la elección. Se saquea el mercado del Parí y don Guadalupe Victoria, espectador, poco puede hacer. Ha dejado de tener ese poder, que como Ejecutivo suele debilitarse durante los últimos meses de su gestión.

El Congreso califica la elección y con impunidad la descalifica. Gómez Pedraza sale del país y don Guadalupe tiene, para calmar los ánimos y reconciliarse con los yorkinos, toda vez que apoyaba a quien supuestamente había ganado, que pactar con don Lorenzo Zavala, ese rechoncho yucateco, de aparente fino trato, pero muy diablo, que al hablar impresionaba, pero al escribir aniquilaba. Don Lorenzo, protector con Santa Anna, de don Vicente Guerrero, hermanos de logia.

Por ahí, las lenguas largas le achacan a don Guadalupe Victoria una hija, pero el chisme queda en el olvido, frente a su inminente salida.

RETIRO DE LA VIDA PÚBLICA

Terminado su período presidencial, don Guadalupe se retira y lo hace humildemente, sin alardes; como un simple ciudadano cuyo futuro se vinculará a la vida campirana que *El Jobo*, su hacienda, le podía procurar.

Guerrero es ungido el 1° de marzo de 1829, pero hereda un país por el que mucho se tenía que trabajar. Aquél legendario insurgente que pactó con Iturbide, tenía ahora las riendas del gobierno y la tarea era difícil. Su vicepresidente – conservador por cierto – el Sr. Bustamante, esperará vísperas y la vida continuó.

En un intento de reconquista, desembarca cerca de Veracruz, don Isidro Barradas, con 3,000 soldados; buscaban para España la recuperación de la que fue su colonia. En efecto, en la Habana se había formado un cuerpo expedicionario cuya intención era llegar a un punto denominado Cabo Rojo – frente a la Isla de Lobos – 60 leguas aproximadamente del noroeste de Veracruz y ello, casi 12 días antes del evento, fue conocido vía los espías que nunca faltan, por los mexicanos, pero otras eran las condiciones y Santa Anna derrotó al ejército de Barradas y se firma la capitulación, en la que mérito también tuvo don Manuel Mier y Terán. *El Convenio de Pueblo Viejo* pone fin a la intentona y ganancioso queda Santa Anna, a quien se califica de *Benemérito de la Patria, héroe de Cempoala*.

Se decreta la expulsión total de españoles, no faltaba más y, para curarse en salud y no propiciar debates no necesarios, se restringe la libertad de prensa.

Pero no todo fue miel, Guerrero, el también hombre de buena fe no pudo dar gusto a todos y pronto las enemistades se presentaron. Incluso, a un año de iniciado su mandato, la situación fue crítica, el *Plan de Jalapa* le desconoció y tiempo después, el propio Congreso lo declaró inepto para detentar la responsabilidad del Poder Ejecutivo. La estrella de Guerrero declinaba y peor le iba, pues ni a don Guadalupe se le había golpeado tanto.

Guerrero, nadie lo ha dudado, era un bien intencionado y como Victoria hizo lo que pudo; terminó injustamente perseguido y hasta traicionado, para encontrar tiempo después; el mes de febrero de 1831, en Cuilapa, la muerte y convertirse en un personaje consentido de la historia oficialista.

En desgracia el grupo de Guerrero se había debilitado desde finales de 1830, y algunos de sus fieles fueron fusilados, cual fue el caso de Márquez, Gárate, el Lic. Rosains, aquél que tantos dolores de cabeza le dió a don Guadalupe y, cosas de la vida, también fue ejecutado el hermano del ex-presidente, don Francisco, que entonces era teniente coronel.

Tenía don Guadalupe Victoria 44 años y de política por el momento poco quería saber y menos, cuando se enteró, que después de un juicio sumario, don Vicente Guerrero había sido fusilado.

Santa Anna, mientras tanto, con un perfil bajo de 1830 a 1832, se dedica en un aparente retiro a atender sus haciendas y negocios, sin descuidar sus peleas de gallos, ni sus afanes donjuanescos.

Sin embargo poco durará el retiro de don Guadalupe Victoria en la vida privada, toda vez que en 1832 es llamado por la autoridad, para que con su participación auxilie a desvanecer el descontento de diversos jefes militares, que sublevados pedían la cabeza de Bustamante.

Hoy estás arriba, mañana en el suelo...Esto de la política, es actividad ingrata, pero es también vicio el no querer desprenderse de ella.

DE NUEVO AL SERVICIO DE LA PATRIA

—1833 fue un año difícil. La epidemia de cólera morbus solamente en julio, acabó con la vida de 12,000 habitantes de Zacatecas y cifras similares en otros estados y por otra parte tuvimos al frente del gobierno, como vicepresidente, a don Valentín Gómez Farías, toda vez que descansaba en su hacienda Manga de Clavo, el flamante presidente Santa Anna; pero por si fueran pocas las desgracias y perdón por el comentario, Texas pidió su separación de Coahuila.

De todos esos eventos se quejaba don Sebastián Camacho Castilla⁶⁵, al tiempo que compartía con un amigo y discreto confidente, sus enfoques sobre lo que en el país sucedía.

Era don Sebastián hombre reconocido y respetado, muy querido por sus paisanos veracruzanos, quienes le consideraban honrado e inteligente. Abogado de profesión, destacaba como orador y el manejo de la pluma era otra de sus virtudes; en Jalapa escribió para *El Oriente* y con valentía, siempre defendió sus puntos de vista. Su línea de pensamiento era congruente con su actuar; tenía sus argumentos muy bien estructurados no era para menos, don Sebastián lo que afirmaba probaba, porque tenía conocimiento de causa, cuando se trataba de política. En efecto, igual había destacado en el gabinete de don Guadalupe Victoria de quien era amigo, pero también honrado y claridoso crítico, apoyándole entonces – decía – en el ingrato pero interesante trabajo, al frente de la Secretaría del Estado y del Despacho de Relaciones, para posteriormente y convencido de que se tenía que asegurar el reconocimiento internacional de la República de México, aceptara ser nombrado ministro plenipotenciario en la Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos.

— Y dígame don Sebastián, ¿regresaría usted a la política?, le preguntó con cierto candor su amigo.

Don Sebastián, al fin diplomático contestó – Míre usted mi buen amigo, de la política uno nunca se separa. Podrá uno estar en receso, pero debe uno, desde cualquier trinchera, estar al servicio de la patria. Fui colaborador de los insurgentes, o al menos simpatizante, y diputado, como usted recordará, en 1825. Me han tocado vivir momentos muy singulares, pero por lo mismo debo ser fiel a mi línea de pensamiento y poco me gustó el actuar de don

Valentín Gómez Farías con sus afanes reformistas, pues atacó instituciones como a la Iglesia a través de la ley; afectó figuras como *El Patronato*, y también menospreció a las ordenes religiosas, y para colmo, justificó la incautación de bienes eclesiásticos y propuso, con poco tino, arrebatarse la educación a quienes la controlaban, suspendiendo incluso con su política, las actividades de la Universidad.

Su interlocutor intervino. - Cierta don Sebastián, el Sr. Gómez Farías pegó donde no debía y por ello mi general Santa Anna lo minimizó; don Sebastián que no tenía pelos en la boca le corrigió – Le destituyó; lo corrió, lo hizo a un lado para evitarse más problemas con los que serían finalmente sus aliados, la iglesia y la milicia.

— Don Sebastián, le pregunto, ¿fue mala idea de don Valentín, minimizar o debilitar al ejército, al buscar sustituirle con la formación de milicias cívicas?.

— Por supuesto, don Sebastián afirmó y con gala de polemista, describió algunas situaciones, que desde su punto de vista eran malas para un joven país.

— Míre mi buen amigo, cuando en 1827 regresé a México, para hacerme cargo de la cartera de Relaciones Exteriores, quedé muy decepcionado de la fuerza que adquiría la masonería, dividida entonces entre yorkinos y escoceses. Ese enfoque y la búsqueda de mi congruencia, me obligaron a renunciarle a don Guadalupe, quien creo me entendió, e incluso aceptó con respeto mi dimisión; poco pudo hacer por retenerme, habida cuenta que él estaba muy comprometido como yorkino y seguro involucrado con La Gran Legión del Águila Negra. Perdió a un colaborador, no a un amigo.

El interlocutor preguntó de nuevo - ¿Qué opinión le merece don Guadalupe Victoria?.

Don Sebastián no lo dudó, – Don Guadalupe es hombre honrado, humilde y gran patriota, pero rehén de su grupo político. Ahora, usted le ve, ha regresado al foro político, pero es respetuoso y para nada hace valer la investidura histórica que tuvo como el primer presidente de este nuestro gran país. De hecho, es discreto y poco manifiesta, si es que no se trata de exaltar al republicanismo, del que es convencido defensor.

— Don Sebastián y ¿qué sabe usted de él?, de don Guadalupe.

— Bueno, con frecuencia le contacto, aunque de política poco hablamos; más bien y a veces, me pide consejo de negocios, como la compra que hizo de unas fincas, que entiendo eran de los misioneros de Filipinas, asunto por cierto que se le complicó, pues se enfrentó a la dificultad de tomar posesión física de ellas. A veces, nuestras pláticas son referentes a asuntos del campo. Su hacienda El Jobo, no es que digamos muy productiva. También y ello es del dominio público, en 1834 oficialmente solicitó a la Tesorería del Estado, le entregaran sus pagos atrasados y mucho le dolió, ser derrotado en su candidatura como presidente del Senado. Difícil su situación; guerrillero, estadista, hombre de negocios, patriota bien intencionado, humilde, pero a veces hasta ingenuo y para colmo, soltero y enfermo, lo que desmerece cuando uno tiene que enfrentar nuevas responsabilidades.

— ¿Como cuando lo designaron comandante general y gobernador del estado de Puebla?

Don Sebastián sólo asintió con la cabeza.

México vivía en 1835 situaciones propias de un país recién independizado, que en el legítimo deseo de buscar y seguir su rumbo, daba tumbos políticos en ese afán de lograr el modelo perfecto para gobernarse. Así, la tendencia centralista para la joven república, logró fuerza el 1° de enero de ese año, cuando Santa Anna tomó al toro por los cuernos y demostró ser hábil político al propiciar la disolución de las Cámaras de la Unión; hizo, además un movimiento que le ganó la simpatía de muchos: la expulsión de don Valentín Gómez Farías, aquel jalisciense, médico dedicado a la política, que educado, serio y gran federalista, era anticlerical declarado, y hombre de una sola posición.

Por otra parte también es el año en el que se reivindicaron a don Lucas Alamán, a don José Espinosa y a don José Antonio Facio, acusados de haber instigado la muerte de don Vicente Guerrero. En efecto, se dictó contra ellos sentencia absolutoria, por la Tercera Sala de la Corte Superior de Justicia y de esa manera dejaron de ser chivos expiatorios del odio de los yorkinos, a quienes mucho había dolido el fusilamiento, no sólo de un presidente de la República, sino del insurgente que con un realista, Iturbide, había concretado la consumación de la Independencia; ¡qué ironía!, los artífices de la independencia de México, habían sucumbido a través de asesinatos disfrazados de legalidad.

Don Vicente Guerrero sucumbió víctima de la traición y otros insurgentes como él, apenas sobrevivían en la arena política del país, cual el caso de don Guadalupe Victoria, quien al dejar Puebla, regresó a la Ciudad de México, ahora como senador por su estado natal, Durango. Ahí logro brillar al defender con ardiente seguridad y a través de un voto particular, la Constitución del 24, aquella que como presidente, en una ceremonia que nunca olvidaría, le entregó el potosino Tomás Vargas.

1836 fue también un año difícil; no podía ser de otra manera. El 23 de febrero, con ese afán que siempre le caracterizó de ser el elegido, Santa Anna dejó al potosino Miguel Barragán como presidente sustituto, más bien interino, y salió - según él y quienes confiaron en su estrategia - con 6,000 hombres, a San Antonio de Bejar, población texana. ¿A qué?, se preguntaban los que en él no creían. ¿Evitar la independencia de Texas?.

El 2 de marzo, los texanos firman su independencia y se constituyen en República; Samuel Houston⁶⁶ es declarado presidente y don Lorenzo Zavala, vicepresidente (para los mexicanos, traidor). Santa Anna es sorprendido por Houston en San Jacinto y “obligado” a capitular; pero además a firmar un tratado que reconocía la independencia de los texanos.

La pérdida del territorio nacional, fue causa de gran dolor para algunos, como don Sebastián Camacho, don Guadalupe Victoria y quien fuera secretario de éste, cuando fue presidente, don José María Tornel y Mendivil, entre otros.

Santa Anna regresa, pero nadie le pide explicaciones y pareciera que el año fue malo, salvo que el 28 de diciembre, se reconoce oficialmente por España, la independencia de México, al firmarse *El Tratado Santa María – Calatrava*. De esto último se congratula don Guadalupe Victoria, quien estaba en su hacienda *El Jobo*.

El 19 de abril de 1837, don Anastasio Bustamante asume la presidencia del país y sin pena, ni gloria, pero a ratos enfermo, don Guadalupe se dedica a sus particulares asuntos.

En 1838 don Guadalupe vuelve a interactuar. Tenía 52 años y su salud se debilitaba. Presenta un cuadro de ataques de epilepsia y se siente solo, pero le anima trabajar por la Patria.

Su amigo don Sebastián Camacho, identificado con el gobierno de don Anastasio Bustamante le aconseja hacer lo que le gusta: servir a la Patria... desde cualquier trinchera.

Se reencuentra con don Lucas Alamán, y con don Manuel E. de Gorostiza, comisionados los tres, para resolver diplomáticamente, vía negociaciones, con Carlos Baudin, contraalmirante francés, la amenaza de éste al Puerto de Veracruz. Pero poco se logra. Santa Anna aparece como el salvador y don Guadalupe le secunda con otros más, frente al asedio de los extranjeros. Sigue enfermo, pero no abandona el puesto.

El 16 de abril se rompen las hostilidades: hay guerra contra la inmortal Francia y el espíritu nacionalista de los mexicanos se exagera.

Por noticia de periódico, don Guadalupe se entera que desde Padilla, Tamaulipas, se trasladan a la Catedral de México, los restos de Iturbide; por cierto, con gran solemnidad. ¿Dónde?, se pregunta, ¿dónde habrá quedado el pañuelo de seda que a Iturbide regalé?, yo aún conservo el reloj que él me dió.

El 27 de noviembre, el puerto de Veracruz es bombardeado por la escuadra francesa. El fuerte de San Juan de Ulúa capitula y ello causa escozor entre políticos, militares y población en general. Se pide, se suplica, se le solicita a Santa Anna, defienda el orgullo nacional y el 5 de diciembre, el militar veracruzano ex-presidente, ataca a los franceses; gana y se convierte en héroe, pero paga como alto precio, la pérdida de su pierna derecha.

Ahí va el *Quince uñas*; ahí va, *El Salvador*; ahí va, el que más adelante, a ratos patriota, a ratos traidor, daría mucho de que hablar.

Más tarde y como premio, firmado el 9 de marzo de 1839 el tratado de paz entre México y la no tan inmortal Francia, se da fin a la llamada *Guerra de los pasteles*; el 20 de mayo Santa Anna, ahora héroe y lisiado, es nombrado nuevamente presidente interino; por supuesto se ausenta de nuevo, como era su costumbre, y deja como a su suplente al general don Nicolás Bravo. ¡Qué vueltas de la política!, o mejor dicho, ¡qué vueltas dan los políticos!



EPILEPSIA Y AMOR TARDÍO

Ese día como sucedió algunas veces el año anterior – don Guadalupe percibió olores desconocidos. Pareciera que su olfato sensible en extremo, excitado por la fuerza de esos aromas, le anunciara algo, un evento singular. La sensación era extraña, novedosa, de inseguridad. Por su mente desfilaron recuerdos que entretejidos formaron como un sueño; se sintió etéreo. El cuerpo no le respondía y una placidez acompañada, como sentimiento encontrado, de un miedo a lo desconocido le hizo reflexionar - *¿Me moriré?*; luego y fueron segundos, ese estado de ánimo desapareció en la nada.

El ataque se concretó en una súbita pérdida de la conciencia, seguida de convulsiones, crisis que aparentemente eterna para algunas personas que en el momento estaban con él, duró algunos minutos.

Don Guadalupe, como costal derribado sufrió otro ataque de epilepsia; se golpeó fuerte al caer, y de la nariz y frente brotó una hemorragia un tanto escandalosa, que sin embargo no impresionó tanto como los movimientos de algunos músculos del cuerpo de aquel estimado señor, entonces reducido en sus miserias humanas a ser objeto de lástima y consideración.

Pasada la crisis abrió los ojos y le apenó su estado; una cierta vergüenza le embargó, al percibir que sus pantalones estaban húmedos; trató con dificultad levantarse, lo que no se le permitió por quienes le acompañaban.

Para ese momento, uno de sus hombres de confianza, fiel compañero, le suplicó no se moviera y con respeto le dijo:

— *Don Guadalupe, debe ir al médico. No se preocupe, usted está bien, al tiempo que le acercaba un pañuelo para contener la hemorragia.*

En verdad ese episodio fue impresionante y lo que siguió fue trasladar a don Guadalupe a sus habitaciones, en el ánimo de obligarle a descansar, lo que no fue difícil, toda vez que se sentía adormilado, cansado y muy confuso.

— *¿Me desmayé, verdad?, le decía a su fiel acompañante. - ¿Me desmayé?.* Días después se reintegró don Guadalupe a sus actividades; sentíase a gusto en el puerto de Veracruz, sirviendo – se decía – a la Patria y muy contento

de saber que en pocos días, como había sido anunciado, llegarían el primer embajador ministro plenipotenciario de España, don Ángel Calderón de la Barca⁶⁷, con su distinguida consorte y en efecto, éstos arribaron al Puerto el 18 de diciembre de 1839.

Don Ángel era hombre fornido; de aproximadamente 50 años bien experimentados, pues de él se sabía que sus inicios fueron en la milicia y que cuando había combatido la invasión napoleónica en España, tuvo la mala suerte de caer prisionero, para sufrir en el destierro que se concretó en mazmorras francesas. Su habilidad para los idiomas le daría ventajas competitivas para sobrevivir y lo logró al ser, en 1836, nombrado plenipotenciario español en Washington. Además y era la fama que le precedía, destacaba como traductor; primero por necesidad y luego por gusto, al verter al castellano obras de historia, lo que le llevó a conocer, en Boston, al buscar traducir la obra de William H. Prescott, sobre los reyes católicos, a quien sería pronto su esposa, la no tan joven señorita Francés Erskine Inglis, quien cuando llegó con su marido en misión diplomática a México, contaba con 35 años.

Singular pareja, se dijo don Guadalupe Victoria, a quien le tocaba recibirles, como primer contacto y a nombre de la República Mexicana.

La ciudad del puerto de Veracruz, la verdad sea dicha y en esa época del año, no era atractiva; mostrábase sobre todo a los extranjeros que por ahí llegaban como punto de entrada al país, desolada, fea, hasta tétrica, impresión adversa que al menos se aceptaba, al interactuar los fuereños con la población, ésta, alegre y campechana por naturaleza. En sí el puerto, custodiado por el castillo o fortaleza de San Juan de Ulúa, dejaba adivinar que había tenido mejores tiempos, toda vez que contaba, aunque descuidadas, con construcciones públicas y privadas de buen gusto arquitectónico que destacaban respecto de infinidad de viviendas modestas, muy comunes de ver aún en puertos de otros países y así era, porque el puerto de Veracruz que era la entrada al país de los que venían, entre otras partes, desde la Habana, había sido durante la Colonia y dominación española, asiento del control del comercio, pues importaciones y exportaciones eran controladas por el poderoso Consulado, dominado por una oligarquía de peninsulares. Pero la guerra civil que buscó la Independencia, en mucho afectó al Puerto, que pronto se convirtió en un punto militar y ahí, en ese lugar, era donde don Guadalupe Victoria se sentía tranquilo y a sus anchas, pues era territorio que bien conocía y con población que mucho estimaba.



Pero, como se manifestó, el Puerto era feo y más desmerecía por el descuido del aseo público, dejado al parecer, bajo el cuidado de bandas de zopilotes, aves grandes y poco agraciadas, carroñeras que revoloteaban por doquier.

La impresión primera que la señora de Calderón de la Barca⁶⁸ tuvo – quien de todo lo que le llamara la atención tomaba nota, para después compartir sus experiencias a través de cartas – fue la de un puerto muy controlado; poco agraciado, un tanto gris, melancólico (si de un lugar puede decirse que lo es) y, hasta a ratos, tenebroso. Además, como lo compartiera posteriormente a alguno de sus conocidos, al añorar el tiempo en que estuvo en México, la recepción popular a su marido y a ella, a quienes trataban de *excelencias*, fue multitudinaria, cordial, sonora, estrepitosa, muy a la veracruzana y a ratos, como suele suceder, cuando el pueblo, guiado por la curiosidad se entrega y simpatiza con las personas, se justificó tanto alboroto, recibimiento que fue, el no oficial, toda vez que hasta que llegó a recibirles un individuo que representaba al general Victoria, pudiera decirse que la bienvenida, se hacía formal.

Las crónicas señalan (todas coinciden), que el embajador y su esposa fueron objeto de grandes atenciones; fueron hospedados antes de tener el primer contacto con don Guadalupe Victoria, en la casa de uno de los más ricos comerciantes del pueblo, de ascendencia española y ex – cónsul de la llamada Madre Patria, el Sr. Velasco.

Don Guadalupe Victoria envió una guardia de honor que pasó a invitarles; el embajador Calderón y su esposa, repuestos del viaje y aclimatados a la fuerza, hicieron la consabida visita de cortesía al general, quien les recibió en forma oficial y se puso a sus ordenes, animándose a dar algunos consejos para que su viaje al interior del país fuera placentero.

Tiempo después la Sra. Calderón, a propósito de la impresión que le causó el ex-presidente de México, el primero que tuvo la Nación como República, escribió:

“Es un honrado y sencillo ciudadano, melancólico, cojo y de alta estatura, de limitada conversación, aparentemente amable y de buen natural, pero ciertamente no cortesano ni orador...que nunca ha procedido por ambición o motivos interesados. Se dice que sus defectos eran la indolencia, la falta de resolución y la

excesiva confianza en sus propios conocimientos...el general no es casado, pero parece que se halla más que deseoso de entrar al "Estado Unido".

Mientras tanto y en viaje del Puerto rumbo a Perote, a tratar algunos asuntos personales, don Guadalupe se dijo – Debo casarme; debo hacerlo...y es que a los 55 años, después de haber vivido tanto, con experiencias singulares y contrastantes, siempre hay una búsqueda de compañía, pero permanente. La idea le emocionó, pero también pensó en esa hija de poco más de 13 años; aquella chiquilla por la que debía preocuparse y a la que como padre, tenía un tanto abandonada.

Ser comandante general en el puerto de Veracruz era, hasta cierto punto, desempeñar un puesto de mediana categoría; sin embargo, el general – que así le gustaba le llamaran – aún como ex-presidente, se sentía cómodo, lejos de la Ciudad de México y de todo ese ambiente político de intrigas y traiciones. Gustaba hacer grandes paseos y platicar con la gente del pueblo con la que mucho se identificaba; no obstante de personalidad reservada, orgullo le daba seguir en el desempeño de trabajos para la Patria como un soldado más, y aunque fastidiado de misiones políticas; sin embargo, disciplinado, nunca se negaba a seguir algún mandato que de la autoridad en turno recibiera. Era muy institucional y por ello, de vez en vez, reconocidas sus virtudes, le llegaban comisiones a veces delicadas, justificadas en el ánimo de capitalizar su personalidad, e incluso por el hecho de que había sido presidente; el primero.

La instrucción llegó. Se le ordenaba recibir y entrar en diálogo con el comisariado de Texas, Mr. Barnard Bee. El motivo: la independencia de esa región.

Don Guadalupe, más afín a los europeos, no obstante la amistad que tuvo con Poinsett, nunca gustó que el país se desmembrara. No obstante entendía que la naciente República Mexicana, tendiente hacía el centralismo debía consolidarse y que si bien más territorio era deseable, debía respetarse el sentir de las comunidades y Texas, como territorio colonizado por sajones, como así se permitió que lo hiciera el padre de Samuel Houston, tenía mayormente población con idioma diferente, e incluso religión protestante y era el caso que se habían defendido ante la reacción del gobierno mexicano, situación que los había no sólo envalentonado, sino fortalecido.

El tema lo había discutido don Guadalupe con don Lorenzo Zavala y entendía el por qué de la defensa que ése, el que fue su amigo, hacía respecto de

la conveniencia de que Texas se independizara, no obstante que tiempo después se enteró que Zavala tenía grandes extensiones de tierra en ese lugar.

Don Lorenzo, había que aceptarlo, para entonces considerado traidor; era un hombre de inteligencia superior, de mundo, quizás hasta adelantado a su época. Entendía de idiomas; exseminarista y luego renegado, sabía filosofía; además era un gran polemista. Ferviente federalista, había sufrido cárcel y destierro y como buen yucateco, era inquieto, tozudo. Sabía de economía y gustaba del dinero, de las propiedades. Era líder innato y poco se le dificultaba convencer al que se le pusiera enfrente. Periodista y en las logias yorkinas muy respetado, tenía ascendencia con diputados y militares. Experiencia diplomática no le faltó, pues en 1834 había sido ministro plenipotenciario en Francia, pero su fijación por la cultura sajona era total; percibíase más identificado con los Estados Unidos y ello era evidente. De plano sentíase texano.

Don Guadalupe mucho platicó con Mr. Bee y su percepción fue que ese territorio nunca volvería a ser mexicano, aunque de paisanos se llenara y no se equivocaba, pues ese mismo año de 1840 se tuvieron que pagar poco más de dos millones de pesos para indemnizar los daños derivados de la guerra con Texas. Año difícil. Se sentía cansado; lo único que le animaba era contraer nupcias con esa bella y tímida señorita María Antonia Bretón⁶⁹; Toñita, en la intimidad.

Tiempo después se le concedió licencia para contraer matrimonio y aquél generalote, hombre de guerra y de paz, como un adolescente entusiasmado se entregó a cambio de tener compañía. Un sentimiento nunca experimentado nacía en su interior; el de un amor no necesariamente producto de la pasión, sino algo más sublime. Una compañera a la que en realidad poco conocía, pero que representaba – o al menos esa era su convicción – el ideal de mujer que siempre había anhelado y, aunque las comparaciones son odiosas, en su interior; en ese baúl de los recuerdos, donde la vida secreta se guarda, don Guadalupe recobró la imagen de todas aquellas mujeres por las que tuvo alguna predilección y a las que temporalmente se unió, y en el ocaso de su vida, pues muy enfermo se sentía, se convenció que ella, su Toñita, era finalmente su tabla de salvación.

Toñita por su parte había accedido; no en balde esa unión convenía, cuando don Guadalupe era buen partido, un caballero con ella, un enigma lleno de

sorpresas, carismática persona que le necesitaba y que le daría la oportunidad de derrochar en él y para él, ese instinto protector; más, pasadas las primeras semanas, cuando el tálamo nupcial se convirtió en común lugar de descanso y hasta tedioso, la realidad se hizo patente. Don Guadalupe seguía enfermo, el clima no le favorecía. Se había retirado del quehacer público y sus negocios fallaban. Tenían con frecuencia que trasladarse desde Veracruz a Puebla y de regreso. La diferencia de edades, común entre parejas de esa época, hacía de tan singular matrimonio, una unión a ratos forzada, sobre todo ante la poca expectativa de tener hijos.

Don Guadalupe agradecido con su Toñita, hombre decente y de gran corazón, se daba cuenta de la carga que le imponía a su esposa y con todo el dolor del alma, le convenció pasara algunos días con los parientes de ella; que se quedara en Puebla; que se encargara de varios asuntos mientras él regresaba a Veracruz y así, poco a poco, ese matrimonio se fue distanciando. María Antonia Bretón no se opuso, agradeció el gesto y mucho rezaba por él, sobretodo desde aquella ocasión en que una repetida crisis de epilepsia de su amado esposo, la dejó más que impresionada.

Siguieron las dolencias y el estado de salud de don Guadalupe se complicaba; lo que siguió fue un fuerte ataque de apoplejía.

Sueños placenteros o pesadillas se desarrollaban en la caverna a donde se había autodesterrado y siempre en el cielo de esas ensoñaciones, aparecía una águila negra, libre, la que volaba alto, muy alto.

DE SOLEDADES Y RECUERDOS. O LAS VICTORIAS DE GUADALUPE

— Nunca, nunca me simpatizó, así, se expresaba don Guadalupe de Manuel Mier y Terán y prosiguió – pero me pesa su muerte y sobretodo el hecho de su suicidio; ¿quién sabe qué pasaba en su cabeza, qué le atormentaba?.

Don Manuel, cincuentón como Victoria, era uno de esos individuos contradictorios y de personalidad, posesiva; se le apreciaba como individualista, orgulloso y ávido de poder. Frustrado respecto de sus objetivos finales, sin embargo había con brillo propio destacado, no sólo como militar, sino como hombre de conocimiento. Joven, muy joven se unió como muchos criollos al movimiento insurgente y sus estudios en el Colegio de Minería, le dieron ese don tanpreciado para los militares de carrera: entender y dominar las leyes de la física, la geometría y los números; quizás por ser un hombre muy racional, fue que se le invitó y cayó en la trampa de traicionar los trabajos del Congreso de Chilpancingo, manifestando desde entonces que si bien quería la Independencia, lograda ésta, deseaba un papel protagónico en el nuevo orden de gobierno. Quizo, después de ese ruin golpe, hacerse fuerte y liderar la insurgencia, pero tuvo para su desfortuna poco eco y perdió amigos.

Don Guadalupe, al tonto de Manuel – para no usar otro calificativo más corriente – sólo le tuvo un institucional respeto, y de él, porque había que aceptarlo, (pues hasta de los enemigos se aprende), entendió que el país, una vez independizado haría poderosos sólo a aquellos que cuidaran su territorio. Por ello y además porque aquél se había sabido colocar (hasta en el primer imperio, como diputado), al defender el ideal de un país independiente, cuando se instauró el gobierno republicano, mandó llamarlo como su Ministro de Guerra. Victoria. No obstante su poco apego a don Manuel, se dolió del suicida - Míra, eso de matarse en el lugar donde Iturbide fue recluido antes de ser fusilado; no lo entiendo; quisiera pensar que Manuelito, igual que yo, estaba dolido por ver el país desmoronarse.

La pérdida inminente de Texas hizo reflexionar a don Guadalupe, al recordar que Mier y Terán, allá en 1827, había participado en esa Comisión de Límites,

para determinar la frontera legal de México y los Estados Unidos; sobretodo ante la amenaza expansionista de los Norteamericanos.

— ¿Le habrá pesado, como a mí, la muerte de Guerrero, del negro Vicente? y sin contestarse, don Guadalupe solicitó de uno de sus ayudantes, le auxiliara en la preparación de un documento que le dictaría.

— Sí mi general, usted ordene.

— Toma papel y escribes lo que te dictaré y en tu memoria olvidarás cada frase que consignes, porque lo que te señalaré no deberá ser del dominio público, ¿me entendiste?.

— Sí mi general.

Era el segundo semestre de 1841, año de eventos varios, que a don Guadalupe mucho hacían reflexionar; invitándolo al autocuestionamiento.

Y por ello, con sus 55 años encima, casado ahora pero enfermo, no sólo del cuerpo, sino del alma, Victoria dispuso hacer un repaso, no de su vida misma, sino de sus logros, sí éstos en verdad podían considerarse como tales.

Así, después de dictar horas y horas, el resultado fue un legajo muy apretado de recuerdos; muchos sólo comprensibles para sus protagonistas. Pero como fuera, el ejercicio había dado un alivio al general, pues asemejaba una especie de confesión, de la que sin embargo él no esperaba absolución.

Parte de ese escrito, que por cierto fue quemado semanas después por el propio don Guadalupe, el ordenanza, faltando a su promesa de guardarlo en la confidencialidad, dio noticia a esa jovencita, que como hija natural del general, quería a través del recuerdo escrito, recuperar al padre que nunca tuvo.

— Muchacho, presta atención.

— Sí mi general.

— Tengo la funesta ocurrencia, desde mi tránsito de esta vida a la nada y al olvido, de recopilar algunas reflexiones muy personales de las que, por supuesto me hago responsable. Y así lo he dispuesto, porque aunque no nos alivia en nada, el hacer un recuento de fracasos y logros, hacerlo o al menos

intentarlo, es actividad sanadora; sobretodo, como es mi caso, para los espíritus atacados de melancolía, tristeza y frustración. Creo que eso que llaman historia me juzgará y tal veredicto, desconocido para mi persona será, no lo dudo, ingrato y digo ingrato, porque no seré valorado, pero tengo mi conciencia tranquila, toda vez que aún esforzándome como lo hice siempre, mis logros, creo, no han trascendido; me he convertido irónicamente en marioneta del destino, en un circunstancial protagonista. Pero y en verdad, con el decoro correspondiente, creo que yo, Guadalupe, tuve victorias; sí, tuve diversos logros que espero sean suficientes, para que mi ánima descanse en paz.

Primero quiero reconciliarme con mis raíces familiares. He sido, lo confieso, un gran ingrato y de ello me he dado cuenta al recordar a mi fallecido hermano Francisco, al quien mucho extraño y ahora valoro más. Su fusilamiento se llevó parte de mi vida, aquella que no viví; me duele respecto de él, lo que nunca hice y pude haber hecho, lo que me hubiera dado la oportunidad de ser un mejor hermano y no el extraño, el distante con quien llevaba mi sangre, ¡perdóname hermano!. pero más me duele Francisco, que hayas sucumbido en compañía de un enemigo; que te hayan identificado con él y además como traidor que creo nunca lo fuiste. Pero si me arrepiento de no haber sido el mejor de los hermanos, de lo que no me arrepiento y que Dios me perdone, es que nunca dejaré de odiar al maldito de Rosains, aquél arribista, seudo – insurgente, que para mi gusto siempre abusó de la confianza que el gran Morelos le dispensó. Arda en el infierno del olvido.

¡Qué diferencia entre el gran Morelos y ese Rosains, su secretario!, ¡cuánto me odió él! y qué alegría haberme distanciado de su injusto mandato.

Por otra parte, hago más las reflexiones de Morelos cuando públicamente, lo recuerdo, en una carta enviada al Congreso, creo, en junio de 1814, decía - dame oportunidad - dijo don Guadalupe, de buscar copia de ese escrito. El joven ordenanza, tomó un respiro y en un rato más copiaba el siguiente texto:

“...digan cuanto quieren los malvados, muevan y promuevan todos los resortes de su malignidad los enemigos, que yo jamás variaré de un sistema que justamente he juzgado, ni entraré en una discordia a que tantas veces he huido. Las obras acreditarán estas verdades y no tardará mucho tiempo en descubrirse los impostores, pues nada hay escondido que no se halle, ni oculto que no se sepa, con lo que el pueblo quedará plenamente satisfecho...”

El ordenanza se atrevió a decir – Bonitas palabras mi general, no cabe duda que el gran Morelos, como gusta usted nombrarlo, era hombre sencillo, humilde, pero en verdad y perdone mi ignorancia, poco entiendo.

Don Guadalupe sólo le dijo: - Eres joven, ya entenderás, pero míra, seguiré dictándote... y por favor, no me distraigas más.

— Sí señor, ordene usted.

Victoria, el ex-presidente solicitó se escribiera, para que constara, lo siguiente:

— Siempre he sido republicano; nunca acepté el planteamiento de Iturbide, del que sólo me queda un reloj y ahora un recuerdo más benigno, pues igual que yo, fue, como lo soy, un protagonista circunstancial con errores, pero también con aciertos y me pregunto, como en su momento lo hice, ¿por qué no me le enfrenté?, ¿por qué preferí aceptar un segundo plano?. Estaba escrito, no era el momento, ni mi momento. Además, al haberle enfrentado abiertamente, seguro habría debilitado la imagen de la unión que en esa época se daba entre los mexicanos, fueran criollos, mestizos, indígenas, insurgentes...No era mi momento; no lo era.

— Señor, permítame preguntar: ¿Lo que usted quiere decir, es que pudo haber frustrado el plan de Iturbide?; que pudo, en su momento, haberle debilitado y ¿consecuentemente impedido que hubiera llegado a donde llegó?. El ordenanza dió con su aparente ingenua pregunta en el blanco, Victoria pensativo, no supo contestarle como hubiera querido, sólo acertó decir:

— Bueno, eso pudo haber sucedido y entonces Iturbide no hubiera llegado a donde llegó; no hubiera sido emperador, no lo hubieran expulsado del país, yo no tendría el reloj que me regaló y no lo hubieran fusilado, pero...

— ¿Pero?, tímidamente preguntó el ordenanza

— Todos, hijo, tenemos nuestro destino marcado. Somos protagonistas, con errores y aciertos.

— ¿Y por qué hacer recuentos de los aciertos o victorias?, volvió a preguntar el joven escribano.

— Hijo, al ser éstas menos, pero al fin victorias, en mi caso justificarán el compromiso que tuve conmigo mismo, al cambiarme de nombre. Por eso quiero que escribas “*Las Victorias de Guadalupe*”; pero no te preocupes, no es tu obligación entender, lo que ni yo a ratos alcanzo a comprender.

El ordenanza pidió un receso – Estoy cansado mi general, permítame un respiro. La respuesta fue – Prométeme que mañana temprano regresarás; a ti te sobra tiempo; a mi me falta.

— Sí señor; y don Guadalupe quedó solo, solo con sus recuerdos y esa noche soñó con lujo de detalle su juventud perdida; recreó en la ensoñación a aquella joven mujer indígena que fielmente le seguía y discreta, hacía las veces de su pareja. Hasta que un día desapareció, quizás murió y lo que no hizo en la vida real ante la pérdida de esa joven, en el sueño sucedió. Lloró por ella, por aquella rosa perfumada que todo le entregó a cambio de nada. Vertió lágrimas por los hijos que ella le pudo dar. Sollozó, porque se sintió solo, abandonado, sin mucho que llevar al juicio final, porque un hombre solitario siempre hará menos que acompañado. Lloró porque fue injusto, injusto con ella y consigo mismo; porque fue orgulloso, porque le daba vergüenza admitir que le amaba; porque tuvo miedo de ser cursi, él, el gran general, el que no se entregaba a nadie y sólo a sus ideales, pero, ¿cuáles eran sus ideales?.

Al día siguiente muy temprano, sintiéndose bien, lo que no le sucedía desde hacía varios días, pensó en su Toñita, en la bella y tímida María Antonia Bretón, su legítima esposa, ¿qué estará haciendo?, ¿le visitaré en Puebla?. Sus pensamientos fueron distraídos, cuando el ordenanza se le presentó con una taza de humeante café, dispuesto a seguir con el dictado.

— ¿De dónde viene este café, muchacho?

— Se la mandan de Manga de Clavo.

— Buen café...mal dueño

— ¿Cómo dijo mi general?

— Olvídalo, nada dije que sea de tu incumbencia y repasó, como un relámpago, la personalidad del enigmático Santa Anna; aquél que ahora,

decíase preocupado por su salud. Aquél que fustigó a los insurgentes y al rato, chacoteó con el Imperio, para derribarlo como un castillo de naipes; aquél que ahora estaba en mejor posición que él y del que poco, aunque se esforzara, podía dejar de aceptar. Pero ¡carámbal!, tenía que ser institucional y ahora, Santa Anna era el jefe y seguro seguirá como la autoridad, a la que hay que obedecer: – sólo eso me faltaba, no ser obediente de quien ahora gobierna.

— Me dicta general; estoy listo

— Escribe muchacho; hoy rescataré del baúl de mis recuerdos, otra batalla ganada. Otra victoria.

El tema fue: *El país que queríamos, o mejor: El país que no pudimos construir...*

El general Victoria, sentía el soplo helado de la muerte que al rondar se hace la interesante; a ratos con la rapidez y la sorpresa, a veces, con avisos oportunos o inoportunos; se percibió infeliz, amargado ante la impotencia de no haber podido hacer más. Se aceptó débil, enfermo, abandonado, pobre, pero sobre todo incomprendido. Poco lo llamaban, pocos aprovechaban sus talentos, si los tenía, o al menos, su experiencia. Se había aislado y no era interesante par los demás. El ordenanza, ese joven escribano por disciplina y quizás algo de simpatía hacía quien había sido presidente de la República, le toleraba, le guardaba respeto, pero, ¿qué tanto era respeto, y qué tanto interés a estas reflexiones que le dictaba y que eran una especie de memorias?.

— Hijo, escribe. Hoy te dictaré de soledades y recuerdos; no, olvídalo. Creo que éstos me los guardaré. Poco habría de interesar y menos cuando la intención de este dictado es sólo divertimento, no deseo de lectores.

— Como usted ordene mi general; ¿me puedo retirar...?

El ordenanza interpretó el silencio del general y respetuoso se dio a la fuga; le esperaba aquélla jovencita y la oportunidad no la perdería.

Don Guadalupe entró entonces en un estado de melancolía. La soledad; las soledades eran estadios por los que toda su vida había transitado, pero ahora le pesaban y ello así era, porque propiciaban el monólogo. Siempre tuvo la convicción de su acendrado individualismo; por eso huyó a la montaña y

cada vez que se sentía por las circunstancias acosado, huía, corría, desaparecía, porque sólo así se encontraba con su verdadero yo; en solitario, en soledad, sin compañía...

No cabía duda, la tierra caliente le excitaba. Lo mismo cuando la recorría en su corcel, que cuando se transportaba en aquellos carruajes tirados por mulas. Gustaba de ese camino del Puerto de Veracruz a la montaña; del calor al frío, de la selva al bosque. Añoraba el difícil camino, pero más el río con su sonoridad. *La Antigua* y el gran puente, *Puente del Rey*, ahora Puente Nacional. Su territorio, con sus negros soldados, jarochos malhablados pero sinceros, simpáticos.

Le excitaban sus mujeres, pero no para la permanencia. Arisco por naturaleza, desaprovechó infinidad de veladas propuestas matrimoniales y sólo aceptó la entrega sin compromiso. Pero, ¿qué pensaba cuando le propuso matrimonio a María Antonia?

Recordó las palmeras, cocoteros, naranjales y limoneros y aspiró esos aromas húmedos que igual son de la selva, del bosque, o de la compañera que refrescan y hacen a uno sentirse bien.

Recordó las tabernas, los mesones de mala muerte y el ruido casi escandaloso de los soldados, para luego en gran contraste, imaginarse con lujo de detalle las grandes mansiones de la Ciudad de México, de ese lugar en donde estudiante se enamoró de ese sueño llamado *Patria libre* y a la que regresó, quien lo pensara, como político, como personaje o protagonista, señor de gran poder que quiso y lo logró; ser presidente de la República, el primero.

Recordó esas reuniones, entonces más formales y menos sinceras, porque eran de una dizque naciente sociedad republicana; donde todos, por cierto, estaban contra todos. Añoró las tenidas en las logias y con cierta satisfacción, cómo impulsó crear *La Gran Legión del Águila Negra*; creyó que la utilizaría, ahora entendía, aceptaba, el utilizado había sido él. Utilizado y manipulado por quienes se decían sus amigos, ¡qué ironía!

Recordó a Zavala, que le traicionó, a Santa Anna que le ningunea; a su secretario Tornel y Mendivil⁷⁰ que le llevaba la corriente y tantos, tantos más, como Arizpe – que por cierto dicen que está enfermo – y aquél gringo, Poinsett, que tanto lo enredó.

Se acordó de don Lucas Alamán, quien en verdad no le simpatizaba, pero a quien le reconocía valor civil y mucha inteligencia y también por qué no, a Bravo, a quien él traicionó, dejándolo con sus escoceses y afiliándose a los yorkinos.

¡Hombres de la Independencia!, ¡cómo habían cambiado al paso del tiempo!

¿Fui entonces buen insurgente?, se preguntó.

¿Fui buen militar?

¿Fui buen presidente?

¿Soy un buen hombre?

Esa noche don Guadalupe durmió y su descanso consistió en no soñar nada y sin embargo, no descansó. Días después decidió no dictar más; pidió a su ordenanza le entregara lo redactado y le manifestó que él, cuando se sintiera con vena le llamaría, lo que nunca jamás sucedió.

Don Guadalupe aceptó que no había victorias; que había fracasos; tanto en su vida personal, como al servicio, malogrado por cierto, a la Patria. No entendía qué le sucedía; no aceptaba el estado de la situación. Dolíale la muerte de algunos compañeros, porque ahora con benevolencia les juzgaba, pero también se le recrudecía el odio a ciertos personajes que a él y/o a la Patria, sentía, habían vilmente traicionado.

Dolíale haber matado o mandado matar. Entristeciále lo que él consideraba su fracaso como presidente; su debilidad, el ser ingenuo. El no ser un buen conversador y por lo mismo no haber hecho más amigos, sobre todo del sexo femenino, de quien había desaprovechado haberlas hecho sus confidentes y de las que abusó como si fueran sólo objetos del deseo, del placer, del servicio sin nada a cambio; sin un *muchas gracias*, sin un *te amo*, sin un *me gustas*. Ser parco, tímido, pero eso sí, muy honrado y por lo mismo, imprudente. Ser, en fin, indolente.

No, no había victorias. No era digno de ese nombre. *Las victorias de Guadalupe?* ¿Cuáles?

Era, *El General Cuevita*. No el que huyó del indulto por no aceptarlo; sino el que huyó; simplemente el que se fue, pero que no pudo escapar a su destino.

Estaba solo; añoró a su Toñita y sintióse débil, porque muy enfermo estaba.

De vez en vez, el joven ordenanza le visita. Le trae noticias; trata de animarle

- Cuénteme general, ilústreme, tengo tanto que aprenderle.
- Hijo, no vale la pena...

Y así pasaban los días, las semanas. Se intentó reconquistar Texas. Don Nicolás Bravo, ¡qué ironía!, se hacía de la presidencia. Hubo elecciones para un nuevo Congreso. Había nuevos políticos. Los iniciadores poco a poco desaparecían; toda una generación, por muerte natural, o forzada, desaparecía...

Que murió doña Leona Vicario⁷¹. Que se va a nombrar una Junta de Notables.

¡Qué país!

El médico informa – está muy malo; no sólo del cuerpo que está cansado; es su ánimo. Está triste. Le acongoja el estado de la Patria; sin embargo le reza a la Virgen. Hasta se asegura que se ha reconciliado con la Iglesia. Otros dicen que no es cierto. Otros más, aseguran que no se siente digno de llamarse Guadalupe, ni mucho menos Victoria...

¡Qué país!, es frase que repite; sobre todo cuando entra en esos estados de melancolía, ¡qué país!...

De doña María Antonia, pocas noticias.

Los ataques se repiten. Se le atiende, pero más por consideración a su estado, que por sus méritos.

Se le traslada de un lugar a otro; de Tlapacoya a Tezautlán. Se acerca la navidad de 1842.

Un parte médico recomienda moverlo hacía el frío; no le conviene el clima caliente.

Llévenlo a Perote; ahí hay médicos que le atenderán.

Santa Anna ordena se le cuide, después de todo, él también fue presidente...

A ratos pierde la calma. Lloro sin aparente motivo. Tiene sensaciones de furor; de temor; las medicinas poco ayudan.

- Se está muriendo de tristeza.

El general habla dormido. El ayudante del médico que le atiende, poco entiende, pero logra percibir nombres de hombres muertos y vivos. Desfilan en la inconciencia de don Guadalupe infinidad de nombres: amigos, enemigos, desconocidos

Libra, dicen, su lucha final. Busca Guadalupe su victoria...

EL ADIOS

El 29 de marzo de 1843, en la sección necrológica de El Siglo Diez y Nueve apareció una nota:

“Era don Guadalupe Victoria esbelto, amable y jovial; sabía conciliar el efecto de la multitud, y tanto que los negros de la costa, a cuyas costumbres se amoldó, lo amaban cordialmente; jamás se mostró cruel o sanguinario, su corazón era compasivo, y su constancia en sostener la causa de la libertad, inimitable. El fondo de su corazón era el candor, y era fácil engañarlo; su espada era ardiente en el combate, más siempre dispuesta a perdonar aún a sus mayores enemigos...”.

Don Guadalupe se despidió del mundo y pareciera que el mundo no de él. Fue un lacónico adiós el que percibió en sus últimos momentos.

De él se despidió esa abstracción que es la Patria, la República que le decía: *Sí, tuviste victorias, pero éstas no han sido comprendidas, ni por ti mismo.* De él se despidió su hermano Francisco y le dijo: *No fuiste mal hermano;* también y en el último momento, llegó aquélla jovencita indígena que le dijo: *Te amé, me ganaste, fui otra de tus victorias.*

Su maestro Peimbert que igual le visitó en el lecho de muerte, le dijo: *Estoy orgulloso de ti.*

Morelos se le acercó y le dijo: *Guadalupe Victoria;* ese es tu nombre, *tu verdadero nombre.*

La que le dió una hija : *Le hablo mucho de ti y te descubrirá.* María Antonia Bretón no se despidió físicamente de él, pero toda su vida le recordó, caballero, carismático, viril, gran hombre y se refugió en el anonimato. Y así, poco a poco, sus logros, sus victorias desfilaron frente a él y con orgullo entregó su alma: *Aquí estoy Señor, me llaman Guadalupe Victoria* y lo último que alcanzó a ver, en el cielo, a lo lejos, fue una libre águila negra.



EL HUMILDE BENEMÉRITO DE LA PATRIA

Controvertido personaje. El hombre mito. El poco conocido.

El odiado y ninguneado Guadalupe. A quien sus enemigos consideraron un presidente sin pena, sin gloria.

Un protagonista de la historia de México que en 1823, junto con Guerrero y Bravo, se le llamó *Benemérito de la Patria*.

Un hombre sin fortuna; que tuvo mucho y nada, pero que sin embargo, entró a la historia oficial de ese México que mucho amó; recibió protocolarios homenajes y de nuevo, el 25 de agosto de 1843, una declaratoria del Congreso: *Guadalupe Victoria, Benemérito de la Patria*.



NOTAS

- 1) DON MANUEL GODOY Y EL MOTÍN DE ARANJUEZ. Su nombre completo, *Manuel Godoy y Alvaréz de Faría Sánchez Ríos Zarzoza*, nacido en Badajoz el 12 de Mayo de 1767 y muerto en el exilio, París 4 de octubre de 1851. Conocido como *Príncipe de la Paz*; durante el reinado de Carlos IV, fue favorito y primer ministro. Protegido de la reina María Luisa y por ello, según algunos historiadores, se dió su vertiginosa ascensión política, que le llevó a ser la fuerza tras el trono. Su caída producto del *Motín de Aranjuez* (19 de marzo de 1808), le hizo perder prestigio político y patrimonio, ya que sus posesiones que incluían palacios, fueron objeto de rapiña.
- 2) CONSTITUCIÓN DE BAYONA. Fue aprobada el 08 de julio de 1808 y jurada por José I de España, en la ciudad de Bayona, ante una asamblea de notables de España. Así, por renuncia forzada a la corona hispana de quienes a ella tenían derecho, Carlos IV y Fernando VII, queda como nuevo rey, el hermano de Napoleón quien soporta su función en el texto constitucional indicado.
- 3) DON GABRIEL DE YERMO. Dirigente de conspiradores, (*líder de los comerciantes hispanos de la Nueva España*) que el 15 de septiembre de 1808, propició contra el virrey Iturrigaray un golpe militar; condecorado que era de la abdicación del rey de España y de la llegada al poder de José I, el hermano de Napoleón. El interés era evitar mermar su poder como clase social dominante, ante los acontecimientos de la intervención napoleónica en España. Nombran con los conjurados, después de apresar a Iturrigaray, a un comandante para que lo sustituya, radicalizándose la posición de los criollos. Tiempo después la conspiración fue sofocada.
- 4) LA CONSPIRACIÓN DEL TRIANGULO. De inspiración masónica, en 1816, este movimiento clandestino tuvo por objeto secuestrar al rey (Fernando VII), para que jurara la Constitución de Cádiz de 1812. Se integró por militares y civiles identificados como liberales; denunciados, algunos de ellos fueron apresados y ahorcados. Historiadores coinciden que dicha conspiración es un antecedente de lo que sería años después, el alzamiento de don Rafael del Riego, que logró apuntalar la idea de una monarquía acotada por la Constitución de Cádiz.

- 5) FRANCISCO ESPOZ Y MINA. Nació en Navarra, el 17 de junio de 1701; murió en Barcelona, el 14 de diciembre de 1836. Militar, guerrillero, tío de Francisco Xavier Mina. Participó en la guerra de independencia contra los franceses. Igualmente en diversas conspiraciones; afiliado a la masonería se rebeló contra el régimen de Fernando VII a quien antes había defendido. Se exilió en Francia y al triunfo de don Rafael Riego, fue nombrado Capitán General de Navarra y Cataluña. Terminó en desgracia. Su joven viuda Juana María de la Vega, escribió unas memorias y más tarde fue nombrada ayudanta personal de la reina Isabel II.
- 6) DON RAFAEL DEL RIEGO. En su calidad de teniente coronel, se sublevó contra el régimen absolutista, golpe militar que obligó al rey a restituir la Constitución "*La Pepa*". Ese movimiento se dio a principios de 1820.

Riego nació el 24 de octubre de 1785 en Asturias y murió en Madrid el 7 de noviembre de 1823. Dio nombre al himno republicano liberal, comúnmente conocido como: "*Himno de Riego*". Tuvo estudios universitarios y militares, afiliándose a la masonería. Fue deportado a Francia por los invasores que acaudillaba Napoleón. Viajó por Alemania e Inglaterra. Después de su levantamiento, fue nombrado mariscal de campo, por el nuevo gobierno liberal progresista.

En 1820 se casó con su sobrina, doña María Teresa del Riego y Bustillos. Tiempo después el rey tendría su venganza, al lograr que Riego fuera considerado traidor; por ser uno de los diputados que había votado por la incapacidad del rey.

Juzgado, se le condenó a muerte.

- 7) LIC. JUAN NAZARIO PEIMBERT: Distinguido abogado y profesor universitario, maestro de quienes como Guadalupe Victoria, llegarían a ser insurgentes. De ideas avanzadas a su época, se ganó el respeto del clero, militares y autoridades civiles. Simpatizó con el movimiento independentista en la Nueva España. Tuvo una diferencia pública, dando a conocer unos versos que atacaban a José Mariano Beristain, canónigo de la Catedral de México, a quien acusó de adular al *Príncipe de la Paz*, don Manuel Godoy.

- 8) MORELOS Y PAVÓN, JOSÉ MARÍA. (1765 – 1815) *El Siervo de la Nación*. De él, *Quintana Roo da una semblanza*: “...de elevada estatura, color moreno, ojos oblicuos y cejas muy pobladas y juntas. De aspecto grave, señudo, impasible, sin revelar las sensaciones ni efectos de su alma y con una mirada penetrante y profunda. Astuto, reservado, de carácter moderado”. Tuvo hijos: Juan Nepomuceno Almonte, hijo de Brígida Almonte; José Victoriano, hijo de María Ramona Galván y otra hija, nacida en 1809 en Carácuaro, de la que se desconoce su nombre.

- 9) HERMENEGILDO GALEANA. Nació el 13 de abril de 1762 en Teapan. Hacendado insurgente, junto con familiares, se unió a Morelos, convirtiéndose en su “*brazo izquierdo*”; fue un dolor de cabeza para los realistas. Se le ofreció el indulto que rechazó. Fue nombrado, como Matamoros, mariscal. Fue muerto en batalla, cegándole la vida un disparo de carabina. Posteriormente le cercenaron con una espada la cabeza; era el 27 de junio de 1814.

- 10) MARIANO MATAMOROS. Lugarteniente de Morelos: su “*brazo derecho*” a quien hizo mariscal. Carlos María Bustamante lo describe: “...era un hombrecito delgado, rubio, ojos azules...”. Sacerdote, nacido en México, entre 1768 y 1770. Insurgente y de habilidades militares, fue apresado durante la batalla de Puruarán, el 4 de enero de 1814; procesado se le sentenció a muerte, y fué fusilado, al no haber resultado la negociación que Morelos intentó con Calleja, de intercambiarlo por 200 prisioneros realistas.

- 11) NICOLÁS BRAVO. Héroe de la Independencia. Gran maestro de la masonería del rito escocés, líder del grupo más adelante identificado como conservador.

- 12) LOS GUADALUPES. Grupo semisecreto de los insurgentes, identificados por números. Apoyaron la prensa de los independentistas y dieron respaldo económico a los mismos. Algunos fueron conspiradores y buscaban otra forma de gobierno.

- 13) CALLEJA, FÉLIX MARÍA. Nació en Medina del Campo, Castilla en 1753. Militar de carrera llega a la Nueva España, en 1789 entonces con grado de capitán y como parte del séquito del virrey Juan Vicente Guemes Pacheco y Horcasitas, Segundo Conde de Revillagigedo. Para 1800 se

le ubica en San Luis Potosí, desde donde saldría a enfrentar, en 1810, a los insurgentes. En 1807 contrajo matrimonio con la potosina Francisca de la Gándara. Se enfrentará a Hidalgo y después a Morelos, a quien apresó y mandó fusilar; en 1813 asume el virreinato y en diciembre de 1816, deja México para en 1818 recibir el título nobiliario de: *Conde de Calderón*. Participa en varias batallas y puestos políticos pero de menor importancia; muere en 1828, el 24 de julio, en Valencia.

- 14) VENEGAS. 1760 – 1838. Venegas de Saavedra, *Marqués de la Reunión*. Fue el virrey de la Nueva España (1810 – 1813), que enfrentó el levantamiento de Hidalgo. Le sustituyó Calleja.
- 15) VICENTE GUERRERO. (1783 – 1831) Su segundo nombre: Ramón. Se le llamó *“El Padre de los Pueblos”*. El historiador Chavari lo describe: *“No fue el militar insurgente más completo de la época, pero si se puede afirmar que fue el de más valor, el más resuelto, el más obstinado, el más honrado y noble, y sigue: “Cuando a través de su padre le ofrecieron el indulto si se rendía dijo: Compañeros: Este anciano es mi padre, viene a ofrecerme empleo y recompensas en nombre de los españoles. Yo he respetado siempre a mi padre, pero mi patria es primero...he jurado que mi vida pertenece a mi patria, y no sería hijo de un hombre honrado, si no cumpliera mi palabra”*.
- 16) ITURBIDE, AGUSTÍN DE. El exilio de el exemperador; su familia y grupo que le acompañaba, se inició a partir de su expulsión del país y el embarco, en Antigua Veracruz, rumbo a Liorna, en la Toscana Italia, en la fragata Rowllins. Llegados a su destino, después de penoso viaje, tuvieron que permanecer en cuarentena, antes de desembarcar.
- 17) CONGRESO DE CHILPANCINGO. Es éste la primera experiencia mexicana para tener una propia constitución. Se integró por los representantes de las diversas facciones insurgentes y propició la idea de formar un gobierno legítimo, que respaldara la independencia de la Nación. Fue un congreso transhumante y sus principales líderes, tiempo después, se enemistaron entre sí; sin embargo tuvo ese cuerpo colegiado, el mérito de dar legalidad a la independencia mexicana, toda vez que propició un sistema de gobierno y un estado de derecho que urgía.

- 18) CONSTITUCIÓN DE APATZINGÁN. Ésta es promulgada en 1814, producto legislativo del *Congreso de Chilpancingo, o Congreso de Anáhuac* y se le conoce también como: “*Decreto Constitucional para la Libertad de la América Mexicana*”. Los delegados al Congreso manifestaron ideales liberales, pero a salto de mata y trasladados a la población de Apatzingán, emiten ahí el Decreto Constitucional, considerado como la primera constitución de México.
- 19) LOS SENTIMIENTOS DE LA NACIÓN. Documento del gran Morelos, interesante para la historia de la Constitución en México. Sentaba las bases para el debate en el Congreso de Chilpancingo. Se presenta a éste, el 14 de septiembre de 1813. Proclama la independencia de América de España y de cualquier otra nación. Manifiesta lealtad al catolicismo.
- 20) ABADY QUEIPO, MANUEL. Nació en Asturias 1751. Estudia abogacía en Salamanca y en Guatemala se ordenó sacerdote. Pasó a Valladolid en la Nueva España en 1784, para desempeñar puestos de importancia, hasta ser nombrado obispo, título por cierto, no reconocido por el Papa, dado el hecho de que había sido designado por el Consejo de Regencia.
- Excomulgó a insurgentes, como fue el caso de Hidalgo. Fue expulsado de la Nueva España y murió como obispo de Tortosa, en Toledo, en 1825.
- Escritor de fina y clara pluma, abogó por una legislación agraria a favor de los indígenas.
- 21) LIC. LÓPEZ RAYÓN, IGNACIO. (1773 - 1832) Insurgente; nació en Michoacán. Abogado. Promovió la prensa insurgente, como el *Despertador Americano*. Presidente de la Junta Suprema Gubernativa, entidad que intentó una forma de gobierno. Ideólogo, se enemistó con los propios insurgentes, acusándosele de que quería controlar el movimiento independentista. Creía en la necesidad de tener una propia constitución, producto de un congreso y fue el que alentó, con otros, el nacimiento del Congreso de Chilpancingo. Fue preso y condenado a muerte, pero salvó la vida. Fue tesorero en San Luis Potosí. Su hijo escribió una obra, en la que defendió los ideales que como insurgente su padre tuvo.

- 22) LIC. ROSAINS JUAN NEPOMUCENO. Abogado y secretario de Morelos. Fue auditor general de guerra y tuvo serias confrontaciones con Guadalupe Victoria.
- 23) DON JUAN RUÍZ DE APODACA. (*Conde de Venadito*) 1754 – 1835. Virrey. Bajo su mandato fue apresado Mina y fusilado, lo que le valió como premio el título de conde. Juró el *Plan de Iguala* y entregó el mando al mariscal Novella, al partir a España donde murió.
- 24) FRAY SERVANDO TERESA DE MIER. Fue por el Estado de Nuevo León diputado al Primer Congreso Constituyente. Encabezó la facción centralista. Como dato anecdótico señalaremos que después de muerto fue historia, al descubrirse, en el Convento de Santo Domingo de la Ciudad de México, en 1861, del osario de los padres dominicos, trece momias, contándose entre ellas la de nuestro personaje que tuviera vida tan singular y que hizo época con sus actitudes y escritos políticos.
- 25) JAVIER MINA. Nació en Otano Navarra, el 1º de julio de 1789, hijo tercero de don Juan José Mina y de María Andrés Larrea. Estudió jurisprudencia en Pamplona y Zaragoza, pero interrumpió estudios dada la invasión napoleónica, la que lo condujo a la guerrilla; se identificó con la filosofía liberal de la que su tío, don Francisco Espoz Mina (cf. Cita No. 5) era un convencido. En Londres conoce a Mier, el fraile mexicano quien junto con otros connotados masones, le invita a sumarse a la aventura de apoyo a la insurgencia mexicana. Lo que sucedió después, está indicado en el texto de esta novela.
- 26) DON JOSÉ MIGUEL GÜRIDI ALCOCER. Diputado mexicano a las Cortes de Cádiz. Defendió la abolición del tráfico de esclavos. Sacerdote liberal representó a Tlaxcala.
- 27) DON JOSÉ MIGUEL RAMOS ARIZPE. Nació en Coahuila en 1775 y muere en 1843. Sacerdote, liberal, masón. Diputado a las Cortes de Cádiz. Se le reconoce como el *Padre del Federalismo*. Tuvo cargos diversos y gran influencia política.
- 28) LAUTARO, LOGIA. Fundada en Londres por el venezolano Francisco Miranda, la filial más importante de ésta la de Cádiz, que congregó a

diversos americanos con ideas independentistas. Por lo indicado, a su fundador el general Miranda se le considera el *Padre Espiritual de la Libertad Hispanoamericana*.

- 29) DON LUIS LÓPEZ MÉNDEZ. Nació en Carácas, Venezuela en 1758 y murió en Santiago de Chile en 1831. Profesor universitario y político, fue agente diplomático en Londres y representó a su propio país y a Colombia; junto con Bolívar y Andrés Bello, propició el reconocimiento de la naciente República de Venezuela. Tiempo después se opuso al movimiento y proyecto boliviano; sufrió prisión y se exilió, hasta su muerte, en Chile.
- 30) DON ANDRÉS BELLO LÓPEZ. Nace el 29 de noviembre de 1718 en Carácas y muere en Santiago de Chile, el 15 de octubre de 1865. Humanista, poeta, educador, jurista. Participó en la independencia de su país. Entre sus alumnos tuvo a Simón Bolívar. Se inicia en Londres, en la masonería (No. 7 de Caballeros Racionales Blanco White) por Francisco Miranda, e influencia de sus amigos.
- 31) DON FRANCISCO FRAGOSA. Formó parte del grupo intelectual de los libertadores de América; participó como masón de grado importante en *La Lautaro*.
- 32) MIRANDA RODRÍGUEZ, FRANCISCO DE. 1750 – 1816 Venezolano, militar. Muere en Cádiz; frecuenta a personajes norteamericanos y se inicia en la masonería; funda logias y en Londres, *La Lautaro*.
- 33) SIMÓN BOLÍVAR. Su nombre completo: Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios Ponte y Blanco; nació en Carácas, el 24 de julio de 1783, para morir en 1830 en Santa Marta. Participó en la fundación de La Gran Colombia y contribuyó a la independencia de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Panamá. Casóse con María Teresa Rodríguez del Toro y Alayza. Bolívar fue militar, político, masón; apoyó los movimientos independentistas de América y recibió el título de *El Libertador*. Falleció a los 47 años; fue llamado "*Sol de Colombia*".
- 34) BLANCO WHITE (11 julio 1775 – 20 mayo 1841) Periodista español (*José María Blanco Crespo*), estudió con los dominicos y formó con otros, la Academia de Letras Humanas de Sevilla. Se ordena sacerdote

pero tiempo después una crisis existencial le hace abandonar el catolicismo. Se exilia en Inglaterra y se dedica a la crítica política, convirtiéndose al anglicanismo, religión que posteriormente abandona. Liberal, se le identifica con grupos masónicos interesados en los movimientos independentistas de América.

- 35) HENRY GEORGE WARD. (1797 – 1860) Diplomático y político inglés. Publicó un libro de un viaje a México, en el que da información importante para conocer el país y sus oportunidades de inversión. Amigo de Guadalupe Victoria, propició que la Corona Británica reconociera la independencia de México. Fomentó la inversión en la minería en México. Fue electo miembro del Parlamento y tuvo varios puestos políticos. Fue gobernador de Ceylán y un cargo público en Madrás; murió de cólera.

- 36) MIER Y TERÁN, MANUEL. Nace en 1789 y se suicida en 1832, el 3 de julio. General, insurgente con estudios en el Colegio de Minería de México. Lucha por la Independencia y apoya al Primer Imperio. Diputado por Chiapas; durante la presidencia de Guadalupe Victoria, es nombrado Ministro de Guerra. Director del Colegio de Artillería de México; participa en 1827, en la *Comisión Encargada para Delimitar la Frontera entre México y los Estados Unidos*. Fue candidato a la presidencia de México.

- 37) ALBINO GARCIA. Nació en Salamanca, Guanajuato en 1780. Guerrillero insurgente; se le conoció como El Manco. Fueron notables sus logros que al ejército realista afectaron. No reconoció a *La Junta de Zitácuaro* y ello lo enemistó con algunos insurgentes. Hombre del bajo pueblo tuvo carisma y aunque le faltaba un brazo, era hábil en el manejo de la cuerda o lazo. Fue un gran estratega militar, aunque su educación fue muy reducida. Traicionado por uno de sus propios hombres, fue capturado en Valle de Santiago y fusilado junto con su hermano Francisco. Su muerte implicó para Iturbide un ascenso a teniente coronel.

- 38) LIC. LORENZO DE ZAVALA. Yucateco de nacimiento (3 de octubre de 1788); conspirador y posteriormente político de aguda inteligencia. Masón y periodista. Apoyó el federalismo mexicano y fue un influyente consejero de guerra, e incluso, aunque después se enemistaron, de don Guadalupe Victoria. Yorkino entabló amistad con Poinsett. Promovió la

independencia de Texas, donde tenía intereses económicos. Escritor; dejó crónica de su visión de protagonista de una época difícil para México: su consolidación como federación. Se le ha considerado un traidor de la patria, sin menoscabo de reconocerle gran inteligencia.

- 39) JOSÉ DE GÁLVEZ. *Marqués de la Sonora*; nació en Málaga en 1729 y murió en Madrid, en 1787. Político y miembro del Consejo de Indias. Visitador general en la Nueva España. Fue el encargado de la expulsión de los jesuitas en 1767. Artífice de la reestructuración administrativa y fiscal borbonista de la Nueva España. Fue de mano dura, pues reprimió todo aquello que fuera contra su mandato real.

La cita es del libro *La Administración Pública en la ciudad de San Luis Potosí, a finales del Siglo XVIII y principios del XIX*. 2ª Ed. San Luis Potosí. Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 1997 cuyo autor es el de esta novela.

- 40) SANTA ANNA. Militar veracruzano. Eterno dictador; presidente cuantas veces lo dejaron, jugador de gallos. Políticamente convenenciero. *El Quince uñas*; *Alteza Serenísima*. Satánizado, pero al fin, cojo y viejo, pretexto de lo que México merecía, al habersele incluso dejado perder parte importante del territorio. Mucho papel, tinta y crítica sobre su persona, pero malo, maloso y odiado, guadalupano y mujeriego, es uno de los personajes que por interesante, interesado, inteligente y pícaro, muchos países, con menos méritos que el nuestro, envidiarían. Es un reto para el lector; redescubrir en literatura histórica oficial u oficiosa, buscar a este personaje. Queda de tarea...
- 41) BUSTAMANTE CARLOS MARÍA. Nació en Antequera, Oaxaca en 1774; muere en 1848. Político periodista. Fundó el *Diario de México*. Luchó al lado de Morelos. Participó activamente al difundir ideas independentistas en *El Correo del Sur* y en *La Abispa de Chilpancingo*. Se adhirió al *Plan de Iguala* y tuvo posteriores desacuerdos con Iturbide; fue diputado al Congreso Constituyente, representante de su estado natal. Escribió, entre otras obras, *El Cuadro Histórico de la Revolución de la América Mexicana*, obligada fuente de consulta.
- 42) DON CELESTINO NEGRETE. 1777 – 1846. Español, militar que llegó para combatir el movimiento insurgente de la Nueva España. Se adhirió

al Plan de Iguala. Tiempo después se involucró con el *Plan de Casa Mata* secundándolo. Se le vinculó a la conspiración del padre Arenas, pero fue absuelto, aunque desterrado, dirigiéndose a Francia donde murió.

- 43) DON JUAN O'DONOJÚ. 1762 – 1821. Fue el último virrey de la Nueva España, aunque ciertamente tal título oficialmente no existía. Liberal y masón, llegó apoyado por el movimiento que en España había restituido la Constitución de Cádiz. Se dice participó en *La Conspiración del Triángulo* (Cf. Nota. 4). Firmó el *Tratado de Córdoba*, que fue posteriormente desconocido por la corona española. Fue efímero integrante de la Primera Regencia, pues le sorprendió la muerte, lo que dejó libre el camino a Iturbide para hacerse éste, emperador primero de México.

- 44) DON JOSÉ SIXTO VERDUZCO. Eclesiástico e insurgente mexicano. Nació en Zamora, Mich., en 1770. Con don Ignacio López Rayón, integró la denominada *Suprema Junta Nacional Mexicana* en los años 1811 a 1813. Firmó el *Acta de Independencia* que decretó el Congreso de Chilpancingo. Fue apresado y luego perdonado en 1820. Se sumó al movimiento de la República; senador por Michoacán, murió en 1830.

- 45) DOÑA ANA MARÍA HUARTE VDA. De Iturbide. Nació en Valladolid y murió en 1861, en Filadelfia, Penn., U.S.A., probablemente el 20 ó 21 de marzo del año indicado. Fue coronada emperatriz de México, en la Catedral Metropolitana. Después de la muerte de su esposo regresó a Londres, Inglaterra, para trasladarse con su familia a los Estados Unidos. De buen corazón perdonó a sus enemigos, cual fue el caso de Guadalupe Victoria “diciéndole – según afirma Arrangóiz - *que con él no podía tener ningún resentimiento, como que no debía favor alguno a su esposo*”. También mostró caridad con Echevarri, de quien el autor citado dice: “...reducido a gran pobreza, y dando lecciones de español para mantenerse, había muerto en Filadelfia, auxiliado en su última enfermedad por la señora viuda de Iturbide, a quien él había hecho bajar del trono”. A su muerte, don Benito Juárez dio instrucción a Zarco, su Ministro de Relaciones, diera el pésame a los Iturbide, por el deceso de tan apreciable dama. Don José Ramón Malo informa en su “*Diario de Sucesos Notables*”, que al morir la esposa del libertador, doña Ana Huarte (21 de marzo de 1861), “... de una fuerte hidropesía... fue sepultada donde están los restos de sus hijos Felipe y María de Jesús”, de quienes dice, en sus “*Apuntes Históricos...*”: *Don Felipe, empleado por el Gobierno en la*

Comisión de límites, murió de tifo en el Puerto de Matamoros". "Doña Jesús, al poco tiempo (unos años después) que falleció doña Juana, murió igual que ella, de consunción".

- 46) DON VALENTÍN GÓMEZ FARÍAS. Nació en Guadalajara, Jal., el 14 de febrero de 1781. Estudió medicina; aprendió francés para estudiar en el idioma de sus autores preferidos. Diputado a Cortes españolas, después al primer Congreso Constituyente. Liberal y masón. Hombre de inteligencia. Vicepresidente de la República. Inició la Reforma. Se le desterró dos veces; la segunda, duró hasta 1845, época en que cayó Santa Anna. Se le nombró vicepresidente. En 1850 fue postulado a la presidencia. Juró la Constitución del 57, el 5 de febrero, sobre el Evangelio. Considerado el patriarca de La Reforma, fue jefe de grupo de masones liberales denominado *Puros*. Fue honrado y desde su convicción, patriota, austero.
- 47) EL PADRE Y LA HERMANA DEL EMPERADOR. Se refiere a don José Joaquín de Iturbide y Arregui y a Nicolasa.
- 48) DON CARLOS BENESKI DE BEAUFORT (en algunos documentos Veneski). Según Manuel Mestre Ghigliazza, Efemérides Biográficas, México, 1945, fue: *"Teniente Coronel de Caballería el 5 de septiembre de 1822, acompañante del ex – emperador Agustín, cuando retornó a México en 1824; ex – comandante principal del territorio de Colima. Se suicidó en Saltillo (Coahuila), el 2 de mayo de 1836. Nació en Polonia en 1790"*.
- 49) EL GENERAL GARZA, FELIPE DE LA. Fue quien apresó a Iturbide cuando éste desembarcó en Soto la Marina. Nació en la misma villa en 1798, murió el 29 de marzo de 1832, también en el mismo lugar.
- 50) MICHELENA, JOSÉ MARIANO. (1772 – 1852) Insurgente que participó en la conspiración de Valladolid. Diputado al Congreso Constituyente. Figuró en cargos públicos; representó a México ante la Gran Bretaña en 1831. Pero poco tiempo fue Ministro de Guerra y gobernó Michoacán.
- 51) DON JOSÉ MARÍA FAGOAGA. Miembro de distinguida familia del marquesado de El Apartado. Como su hermano José Francisco, en Europa, se involucra con otros, en la búsqueda de la independencia

de México; se contactó con intelectuales que igual representaron a México en las Cortes de Cádiz. Su familia de recursos económicos importantes, destaca como una de las más generosas, por el auxilio a hospitales y casas de beneficencia; muere iniciada la segunda mitad del siglo XIX.

- 52) DON LUCAS ALAMÁN. 1792 – 1853. Historiador; político, académico, industrial y potentado. En sus ratos libres, científico. Diputado, minero exitoso. Secretario de Estado, se le acusó de la muerte de Guerrero, pero fue absuelto; colaboró con Santa Anna. Ideólogo conservador.
- 53) DON TOMÁS VARGAS. Su lugar de nacimiento Guadalcázar, S.L.P., en 1777 y no Morelia como lo afirmaron algunos escritores, seguro porque estudió en el Colegio de San Nicolás, en Valladolid. En la Universidad de México obtuvo la borla de doctor en teología; formó discípulos que preparados se distinguieron. Consumada la Independencia fue nombrado, junto con el Lic. Luis Gonzaga Gordo y el Lic. José Guadalupe de los Reyes, diputado por San Luis Potosí, en el Soberano Congreso Constituyente; varias veces fue secretario y dos veces presidente del mismo. A él tocó entregarle la Constitución al triunvirato que formaba el Poder Ejecutivo (Victoria, Bravo y Domínguez); murió en 1835, en S. Miguel de Allende.
- 54) DON MANUEL CRESCENCIO REJÓN Y ALCALÁ. 1779 – 1849. Yucateco que apoyó la independencia de su lugar de nacimiento. De gran iniciativa, pronto destacó en la política no sólo local, sino nacional. Diputado, propició abolir la pena de muerte. Respaldó a los indígenas; pugó por abolir servicios y cargas a ellos; criticó a Iturbide, lo que le valió la cárcel. Fue posteriormente ministro de Relaciones Exteriores y diplomático. Brilló en el foro, como jurisconsulto de reconocido prestigio. Masón activo se dedicó al periodismo combativo, lo que le valió el escarnio y verse despojado de sus dietas como diputado. Es considerado como uno de los precursores de la Reforma Liberal. Falleció en la ciudad de México. Igual se le reconoce como uno de los padres del Juicio de Amparo, que él había incluido a nivel local, en la Constitución Yucateca de 1840.
- 55) BERUETE, MIGUEL DE. Natural de Castilla, nació probablemente en 1783. Después de desempeñar cargo burocráticos en su patria, se le

ordena trasladarse a la Nueva España en 1804, entonces como empleado de Hacienda, en el Ramo de Tabacos. Fue contador de la aduana de Zacatecas y tuvo otros puestos. Escribió un diario que recrea la elevación y caída de Iturbide. Muere en España.

- 56) DON PABLO DE LA LLAVE. Nació en Córdoba, Veracruz, en 1733. Se doctoró en teología. Canónigo y botánico, dejó literatura de esa especialidad. Fue ministro de Justicia durante la presidencia de Guadalupe Victoria y canónigo de la Catedral de Morelia. Historiador; protagonista de eventos nacionales de la época.
- 57) DON JOSÉ IGNACIO ESTEVA. Veracruzano. Muere en 1830. Diputado representante de su estado en el primer Congreso Constituyente. Varias veces fue ministro de Hacienda con Guadalupe Victoria. Periodista liberal y masón.
- 58) MIGUEL BARRAGÁN. Nació en la actual ciudad del Maíz, S.L.P, el 8 de marzo de 1789. Murió en la Ciudad de México, siendo presidente, el 1° de marzo de 1836. Rindió el Fuerte de San Juan de Ulúa, último baluarte en poder de los españoles en 1825. Formó parte del regimiento *Fieles del Potosí*, que derrotó a Morelos en 1813. Apoyó a Iturbide y formó parte del *Ejército Triguarante* (1821); se enemistó con él, cuando éste se proclamó emperador. Se adhirió al *Plan de Montaña* (1827) y combatió a la masonería yorkina. Apoyó a Santa Anna y, en su momento a Gómez Farías. Fue presidente sustituto del dictador. Introdujo el centralismo. Se casó con Manuela de Trebuesto y Casasola. Fue masón escocés.
- 59) JOEL R. POINSETT. Nació en Charleston, Carolina del Sur el 2 de marzo de 1779, hijo de Elisha Poinsett y Ana Roberts. Recibe educación universitaria e incluso militar en la academia de Woolwich, para dedicarse por breve tiempo a la abogacía. Viaja por el mundo y ello le da habilidades diplomáticas. Se casó a los 54 años, pero su predilección fue la política y la intriga; hombre carismático fue temido por amigos y enemigos y se le consideraba culto y firme en sus decisiones. Supo influir a personajes como Guadalupe Victoria y Vicente Guerrero, con quienes se hermanó en el secreto de las logias yorkinas, que tanto propició y apoyó.

- 60) ALPUCHE INFANTE, JOSÉ MARÍA. Nació en Campeche 1780 y muere en 1840. Inteligente ha quedado en la historia, como uno de los impulsores del rito yorkino de la masonería, que alentó Poinsett. Apoyó a Guerrero para que éste tomara la presidencia. Fue desterrado a Nueva Orleans. Estuvo posteriormente como senador, pero se enemistó con Santa Anna, lo que le valió prisión en San Juan de Ulúa.
- 61) HENRY CLAY. Nace en Virginia E.U. en 1777 y muere en Washington en 1852, Estadista. Con Adams y Webster coordinó el partido republicano. Aunque fue candidato a la presidencia de su país, jamás fue elegido para ese puesto, aunque si lo fue, y en varias ocasiones, del Congreso de su país.
- 62) FRAY JOAQUÍN ARENAS. Fue un sacerdote que estuvo, cándidamente al frente de una conspiración para devolver el poder a los españoles. Se dice que partidarios de Iturbide la apoyaban. Se le fusiló y con ese acto se recrudeció el odio a los hispanos, y el deseo popular de que se les expulsara.
- 63) DR. MORA, JOSÉ MARÍA LUIS. Nace en 1794, para morir en París en 1850. Político, escritor de inteligencia reconocida aún por sus enemigos. Opositor de Iturbide. Fue diputado, periodista y redactor de diversos proyectos de leyes. Entre sus obras destaca *El Catecismo Político de la Federación Mexicana*. Criticó la expulsión de españoles y se le consideró liberal moderado. Fue ministro plenipotenciario ante el gobierno de la Gran Bretaña.
- 64) GÓMEZ PEDRAZA MANUEL. 1789 – 1851. Político, orador, iturbidista. Inteligente, parlamentario. Se cree nació en Querétaro; otros dicen que en Soto la Marina. De noble familia se dedicó a la carrera militar. Fue miembro de los *Fieles del Potosí*, que vencieron a Morelos. Se le identifica como *moderado*. Fue llamado a desempeñar la más alta magistratura, por poco tiempo (1830). Posteriormente fue candidato a la presidencia. Falleció cuando era director del Monte de Piedad.
- 65) DON SEBASTIÁN CAMACHO CASTILLA. 1791 – 1847. Nació y murió en Veracruz. Diputado de dicho estado. Amigo y crítico de Guadalupe Victoria, con quien colaboró durante su presidencia. Diplomático, tuvo a su cargo la representación de México en varios países

- europeos. Senador y gobernador se opuso a movimientos generados en las logias, como el de *La Gran Legión del Águila Negra*. Hombre inteligente y moderado, pero firme en sus convicciones.
- 66) SAMUEL HOUSTON. Soldado, político y estadista norteamericano. Nació en Virginia, el 2 de marzo de 1793 y murió el 26 de julio de 1863. Es precursor de la historia, norteamericana, pues llegó a ser presidente de la *República de Texas*, senador y gobernador de ese territorio, al integrarse a los Estados Unidos; se casó a los 47 años con una joven de 21, en mayo de 1840, y procreó de esa relación 8 hijos. Murió de neumonía, y está enterrado en Huntsville, Texas.
- 67) DON ÁNGEL CALDERÓN DE LA BARCA. 1790 – 1861. Argentino de nacimiento, político y diplomático de habilidades reconocidas como escritor. Representó a España en Washington y posteriormente fue nombrado el primer embajador plenipotenciario en México. Se casó con Francés Erskine Inglis, marquesa de Calderón de la Barca. Fue traductor y ocupó puestos diversos en España. Tuvo época de exilio en Francia.
- 68) SRA. DE CALDERÓN DE LA BARCA. 1806 – 1882. Esposa del anterior. Mujer culta. Nació en Escocia, pero emigró a los Estados Unidos. Su correspondencia, sobre todo la generada durante su estancia en México, es obligada fuente de consulta histórica: *“La vida en México”*. Alfonso XII le concedió el título de Marquesa Calderón de la Barca. Escribió memorias vinculadas a su gestión ante la corte de España, como institutriz que fue de la infanta Isabel, hija de Isabel II.
- 69) DOÑA MARÍA ANTONIA BRETÓN. Esposa de Guadalupe Victoria, probablemente poblana; se desconocen datos fidedignos que la puedan identificar; era muy joven cuando se casó con él. Se perdió en el anonimato.
- 70) TORNEL Y MENDIVIL, JOSÉ MARÍA. 1789 – 1853. Militar; nació en Orizaba, Veracruz y fue insurgente, adhiriéndose al *Plan de Iguala*. Destacó como secretario particular del presidente Guadalupe Victoria. Fue después diputado y escribió obras entre las que destaca: *“Breve Reseña Histórica de la Nación Mexicana”*. Apoyó la educación, e impulsó en México el Sistema Lancasteriano.

- 71) LEONA VICARIO (1789 – 1842) Esposa de Andrés Quintana Roo. Apoyó a los insurgentes, al participar activamente con *Los Guadalupe*; es considerada uno de los prototipos de las heroínas mexicanas. Era pasante de abogado don Andrés Quintana Roo, cuando conoció a la sobrina de don Agustín Pomposo Fernández, quien tenía el bufete en el que aquél trabajaba. Ésta, la joven Leona Vicario, no recibió permiso de casarse con su pretendiente, pero le apoyó en forma secreta y así auxilió a los insurgentes, hasta que fue descubierta y encerrada, en 1813, en el Colegio de Belén, de donde escapó para casarse, en Tlalpujahua, con don Andrés, quien llegaría a destacar como presidente de la Asamblea Constituyente, diputado, senador, secretario de estado, magistrado de la Suprema Corte y periodista (se dio su nombre al actual estado de Quintana Roo), sobreviviendo a su esposa, al morir éste en el año de 1851.

*Por acuerdo del señor Rector
de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí,
Lic. Mario García Valdez,
el libro De soledades y recuerdos o las victorias de Guadalupe
(Novela de una historia no oficial)
se terminó de imprimir en enero de 2011 en los Talleres Gráficos
de la Editorial Universitaria Potosina.
La edición estuvo al cuidado de su autor.
Se imprimieron 0000 ejemplares.*